

HARLEQUIN

Recrea el tiempo para ti

JAZMIN

Cuando el destino se equivoca

Cuando el destino se equivoca

La tímida Helen Crosby había decidido que debía tomar medidas drásticas si quería encontrar un hombre. Llegó incluso a dormir en la supuesta encantada casa D'Amour esperando conjurar un marido. Pero nunca hubiera imaginado que lo que se iba a encontrar era a aquel extraño.

Damien Lord le había dado la espalda al mundo que una vez lo había adorado. Un acto de heroísmo le había dejado cicatrices en el cuerpo y en el alma, y eso despertó el instinto protector de Helen. Sabía que podía ayudar a Damien si él la dejaba, pero ¿cómo iba a ser aquél el hombre de su vida si, en cuanto estuviera curado, inevitablemente se marcharía?

CAPÍTULO 1

HELEN SE despertó sobresaltada. La envolvía una extraña oscuridad y levantó los brazos, como protegiéndose de algo. Medio dormida, se restregó los ojos, intentando eliminar de su mente las telarañas del sueño.

Cuando oyó lo que parecía un aullido lastimero, saltó del sofá hacia adelante y se golpeó la espinilla contra algo duro. Intentando recuperar el equilibrio, se apoyó en una mesa y derribó con la mano algo que cayó al suelo con enorme estruendo.

El pánico hizo que Helen se despertara del todo y recordara dónde estaba y por qué. En aquel momento, envuelta en la oscuridad, oyendo aullidos de animales salvajes en la distancia, se dio cuenta de que pasar la noche allí no había sido una buena idea.

Volvió a oír el grito de un animal herido, ¿o había sido el ruido de las tablas del suelo? Fuera lo que fuera, algo o alguien se estaba acercando. ¿Cómo era posible? Aquella mansión llevaba años cerrada. Allí no debía haber nadie.

Sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad y podía distinguir algunas figuras, entre ellas la del sofá sobre el que se había quedado dormida. Estaba en un salón con las paredes forradas de madera; los muebles, cubiertos por telas, parecían en la oscuridad figuras fantasmales.

Le pareció ver una sombra moverse en el umbral de la puerta, pero no podía estar segura. De lo que sí estaba segura era de que, poco rato antes, había oído un ruido. Allí había algo o alguien y no pensaba quedarse a averiguar qué era. Asustada, rodeó la mesa, saltando por encima de la lámpara que había derribado al levantarse y se dirigió hacia la ventana por la que había entrado en la mansión.

Mientras corría para escapar, se enfadó consigo misma por su cobardía. Por una vez en su vida, había tomado el destino en sus manos y, cuando estaba a punto de lograr su objetivo, salía corriendo. Aquel ruido no sería más que uno de los típicos ruidos de las casas vacías, pensó. Pero no podía quedarse allí para comprobarlo porque no era una persona muy valiente.

La luz de la luna entraba a través de las semicerradas cortinas y hacia allí se dirigió, con los nervios en tensión. Qué tonta había sido al pensar que sería una buena idea comprobar el mito de la mansión D'Amour. Sus hermanas se quedarían lívidas si se enteraran. Pero no lo harían, porque aquella escapada sería su secreto; ni el mismo demonio podría hacer que se lo contara a nadie.

Cuando iba a apartar la cortina, una mano sujetó la suya fuertemente y Helen dio un grito de terror. Aquello la obligó a darse

la vuelta para enfrentarse a algo que no veía; algo que, en la oscuridad, parecía un fantasma. ¿Habría conjurado al propio demonio al pensar en él?

Intentó soltarse, pero no podía.

-Por favor, por favor... -rogó con un hilo de voz. Temblando de miedo, se apartó cuanto pudo, aunque su mano seguía aprisionada por aquella otra.

-¿Qué demonios estás haciendo aquí? -rugió la aparición.

-Yo...

Helen no podía decir nada porque tenía el corazón en la garganta. Aterrorizada, temiendo por su vida, lo miró, pero no pudo ver más que unos ojos penetrantes y un mechón de cabello oscuro cubriendo unas facciones angulosas. Pero, más importante que lo que podía distinguir en aquella oscuridad, era la fuerza y la ira que desprendía.

Cuando creía que iba a desmayarse, su raptor la soltó.

-¡Fuera de aquí!

No estaba segura de cómo lo había hecho, pero se encontró a sí misma saltando por la ventana y cayendo sobre la hierba húmeda de rocío. Después, corrió tan rápido como pudo hasta llegar al camino del bosque, iluminado por la luna. Allí, dejó de correr y se apoyó en un roble, respirando con dificultad.

-¡Idiota, idiota, más que idiota! ¡Helen, no tienes cabeza! -susurró, limpiándose una lágrima y dándose cuenta de que la idea de pasar la noche en aquella casa había sido una peligrosa estupidez.

Había dejado que sus deseos infantiles nublaran su sentido común, reconoció. Desde que podía recordar, lo único que deseaba era encontrar un hombre que la amara y tener una familia grande y ruidosa; una familia completa, con muchos niños. Pero, viviendo en el campo, no tenía muchas oportunidades de conocer hombres y además dudaba de que alguno se pudiera sentir atraído por una chica tan normal y tan tímida como ella. Era el momento de tomar el destino en sus manos y el mito de la mansión D'Amour parecía perfecto para lograr su objetivo. Conseguir un marido probaría que ya era una adulta, incluso a sus hermanas que seguían tratándola como a una niña.

Pero, si ellas se enterasen de la tontería que acababa de hacer, le dirían que aquello era lo más infantil que habían oído y tendrían toda la razón.

Deprimida, se irguió, tomó aire y se dirigió hacia su casa. Mientras caminaba, se repitió a sí misma que sus hermanas nunca se enterarían de lo que había hecho. Cuando llegó a la verja que rodeaba el hotelito que sus hermanas y ella estaban renovando, se prometió a sí misma

que nunca jamás volvería a la mansión D'Amour. Dentro de aquella casa se escondía un criminal, un demente o el propio demonio.

Había tenido suerte de escapar con vida.

Helen se despertó en su habitación del sótano con una sonrisa en los labios. Hacía un día precioso, más caluroso de lo que era habitual a mediados de septiembre en Missouri. Con cuidado, apartó a su gata, Thalia, y recibió un maullido como respuesta.

Saltó de la cama y, sintiéndose tan ligera como una pluma, se puso a bailar sobre la alfombra. Después, se subió a un taburete y abrió la ventana para ver el paisaje montañoso del condado de Ozark y sentir la suave brisa en la cara. Aquella mañana, Helen se había dado cuenta de algo en lo que no había pensado la noche anterior, cuando el miedo la tenía atenazada.

Bajó del taburete y se miró en el espejo que había sobre la cómoda. ¿Qué importaba si no tenía el cuerpo de una modelo, su cara era como la de cualquier chica, sus ojos grises nada espectaculares y su pelo castaño se negaba a rizarse, aunque se hiciera la permanente? Tampoco importaba que fuera tan tímida que estaba más a gusto entre animales que entre personas, porque aquella mañana se había despertado con una revelación: había cumplido todos los requisitos de la mansión D'Amour. Había pasado al menos parte de una noche de luna llena, la noche de su cumpleaños, dentro de la casa. No había estado durante mucho tiempo porque llegó después de medianoche y se marchó antes de las dos de la madrugada, pero había estado allí y había dormido allí.

La noche anterior, tras el horrible encuentro con lo que fuera, había intentado convencerse a sí misma de que el mito no era más que una fantasía de adolescente. Pero aquella mañana, sin fantasmas que la asustaran, podía ver la maravillosa verdad; había hecho todo lo que pedía el mito, con demonios escondidos o sin ellos. Ahora sólo quedaba esperar.

Aquel día conocería a su auténtico amor. El primer hombre que viera se convertiría en el marido que siempre había soñado, el hombre que la querría siempre.

Aunque su vestimenta solía consistir en camisetas y pantalones vaqueros cortos, ese día se puso un vestido lila de algodón que hacía que sus ojos parecieran plateados. Tarareando una canción, subió los escalones de dos en dos hasta la recepción y se dirigió hacia la puerta, que estaba entreabierta.

-Buenos días -dijo a su hermana mayor, Elissa, que había salido al

porche a buscar el periódico.

La mayor de las hermanas Crosby siempre se levantaba al amanecer y seguía vistiendo como solía hacerlo cuando era abogado en Kansas, antes de que hubiera reunido la herencia que les dejó su padre para comprar el hotelito. Apartándose el pelo de la cara, Elissa sonrió.

-Buenos días y feliz cumpleaños. Lucy está haciendo tu desayuno favorito, tontitas de mora. Espero que tengas hambre.

Helen sonrió, pasando al lado de su hermana.

-Ahora no podría comer nada. Voy a dar un paseo, ¿te importa?

Su hermana se colocó el periódico debajo del brazo, con expresión sorprendida.

-No, pero, ¿dónde vas a estas horas y tan arreglada?

-¿Este vestido? -dijo, encogiéndose de hombros-. Lo tenía por ahí. Vuelvo enseguida.

-Bueno, es tu cumpleaños y puedes hacer lo que quieras, pero ten cuidado.

Helen sonrió. Ni siquiera que la trataran como a una niña podría estropearle aquella mañana.

Cuando Elissa volvió a entrar en la casa, Helen se dirigió hacia una silla de mimbre en el porche, sobre la que estaba durmiendo, Cracker, su perro. Cuando la vio acercarse, el animal intentó levantarse torpemente sobre sus tres patas.

-Quédate aquí, Cracker -dijo, dando golpecitos al cojín-. Volveré enseguida.

Desde que había encontrado a aquel perrillo herido, dos años antes, y le había curado, éste la seguía a todas partes. Pero aquella mañana, no quería que lo hiciera; no podía arriesgarse a que asustara a su verdadero amor.

El perro volvió a tumbarse sobre el almohadón y le dijo adiós con un ladrido. Saludándolo con la mano, Helen bajó los escalones de madera con el corazón lleno de ilusiones. En alguna parte, cerca de allí, su amor estaría esperándola.

Cruzó la verja y tomó alegremente el camino de asfalto que llevaba a Branson, a unos cinco kilómetros de allí. Estaba tarareando una canción cuando, después de unos minutos, oyó el ruido de un coche que se acercaba por detrás y se quedó parada, con el corazón anhelante. Si era un hombre, sería el hombre que el destino tenía preparado para ella.

No sabía si debía darse la vuelta. ¿Sería alguien a quien ya conociera? ¿Sería guapo y simpático? Tendría que ser simpático si iba a ser su marido, pensó. Emocionada, oyó el ruido de unos frenos.

-¡Está parando! -murmuró, nerviosa.

Estaba a punto de experimentar el momento más importante de su vida y no podía moverse. Después de unos segundos, consiguió darse la vuelta y mirar al destino a la cara. Cuando lo hizo, se sintió confundida y pensó que sus ojos la engañaban. No podía ser...

La sonrisa desapareció de su cara porque frente a ella estaba la desvencijada furgoneta verde de reparto que solía ver todas las mañanas. A un lado, tenía pintado en amarillo las palabras: Granja Boggs.

-¿Hirk Boggs? -se preguntó, desolada.

¿Hirk Boggs, el repartidor de leche y huevos, era su destino? El hombre sacó la cabeza por la ventanilla y la saludó con la mano. Después, abrió la portezuela desde fuera y salió de la furgoneta.

Helen estaba tan desilusionada que ni siquiera pudo levantar una mano para saludarlo, pero Hirk no pareció darse cuenta. Con su larga y desgarbada figura se acercó a ella, mostrando una sonrisa en la que faltaban algunos dientes.

-Hola, señorita Crosby -dijo, aunque sonó como «zeñorita Crozby»-. ¿Qué está haciendo por aquí?

Con una torpe maniobra, se quitó el sombrero de paja y Helen pudo ver que por dentro estaba rodeado de papel de aluminio. Había oído decir que Hirk se ponía papel de aluminio en el sombrero para que los extraterrestres no le robaran el cerebro y, por lo visto, los rumores eran ciertos.

-¿Señorita Crosby? -repitió el hombre-. ¿Se le ha roto el coche, necesita ayuda? -preguntó ruborizándose.

Helen tragó saliva, intentando apartar de su mente la idea de que algún día sería la señora de Hirk Boggs. Además de su aspecto, él era tan tímido como ella. ¿Cómo iban a poder casarse?

-No, Hirk, no necesito ayuda -dijo, intentando sonreír, aunque sólo le salió una mueca-. Sólo estoy paseando -contestó, aclarándose la garganta.

-¿Está usted triste por algo, señorita? Si puedo ayudarla... -dijo, colocándose de nuevo el sombrero sobre la cabeza, seguramente pensando que su cerebro estaba en peligro mortal.

Helen tenía el corazón en un puño e intentaba seguir sonriendo. Aunque Hirk era un excéntrico, un poco retrasado y le doblaba la edad, era amable y bueno. Sería un buen marido y un buen padre para sus hijos. Este pensamiento le dio un escalofrío.

-No, no estoy triste -mintió-. Hace tan buen día que... -se quedó sin voz. El destino era un bruto desconsiderado, pensó.

-Desde luego que hace buen día, señorita -dijo el hombre aún más

colorado que antes-. Bueno, tengo que volver a la ruta. Como se suele decir, no se debe malgastar la luz del día.

Helen asintió, confiando en parecer normal.

-Sí, no se debe... -él ya se había alejado y no podía oírla.

Cuando cerró la puerta de la furgoneta, volvió a saludarla sacando su manaza por la ventanilla.

-Ya nos veremos -gritó por encima del ruido del motor.

Cuando desapareció, Helen cerró los ojos y contó hasta diez. No estaba enfadada, pero había descubierto que contar hasta diez ayudaba a contener las lágrimas. Y en aquel momento, estaba a punto de llorar. Hirk Boggs era su destino. Su maldición.

Abatida, empezó a correr, huyendo de aquello con todas sus fuerzas. No se dio cuenta de dónde iba hasta que llegó a la parcela de la mansión D'Amour.

Triste y desesperada, se paró. ¿Qué hacía precisamente allí?

-De la sartén al fuego -musitó sin aliento.

Una cosa era estar en compañía de un retrasado sin dientes que tenía fobia a los extraterrestres y otra muy distinta lanzarse de cabeza hacia el escondite de un lunático sediento de sangre. Obviamente, el descubrimiento de quén iba a ser su marido la había afectado más de lo que creía.

Aún no estaba demasiado cerca de la mansión, aunque podía ver su sólida estructura y las seis chimeneas levantándose hacia el cielo, rodeada de robles y nogales. En ese momento, oyó un ruido y se asustó; debía ser un pez en el lago o algo parecido, pensó. Tenía los nervios de punta y se alteraba por cualquier cosa.

Cuando iba a tomar el camino de vuelta a casa, volvió a oír aquel ruido peculiar y empezó a preocuparse. ¿Y si fuera un animal herido, un pato o un cisne? No podía marcharse sin estar segura. Armándose de valor, se dirigió hacia los árboles que tapaban el lago y, apartando los arbustos, llegó hasta el borde del agua. Una vez allí, se agachó entre la hierba.

Cuando comprobó lo que era, se quedó atónita y tuvo que morderse los labios para no emitir ningún sonido. No era ningún cisne; lo que vio fue un hombre nadando, un hombre alto y musculoso que cruzaba el lago con poderosas brazadas. Sin embargo, notó que su patada era torpe, algo sorprendente en alguien que parecía tan fuerte.

Cuando llegó al otro lado del lago, el hombre dio la vuelta y empezó a nadar hacia ella y Helen dio un respingo cuando vio su cara. Llevaba un parche en el ojo izquierdo y tenía una cicatriz que iba desde la mejilla hasta la oreja. Estaba bronceado y su pelo, oscuro y brillante, era más largo de lo normal.

El drama estaba escrito en su cara; su expresión hostil parecía estar diciéndole al mundo que se fuerá al infierno. Mientras lo miraba nadar hacia ella sintió miedo, pero se dio cuenta de que, a pesar de su cicatriz, era un hombre guapísimo y, extrañamente, se sintió excitada.

Aquel era el fantasma con el que se había encontrado la noche anterior en la mansión. No era ningún demonio, después de todo, si no un hombre de carne y hueso y se preguntó qué haría escondiéndose en la mansión D'Amour. Quizá era realmente un criminal peligroso.

Helen no sabía qué debía hacer. Podría denunciarlo a la policía, pero una vocecita irónica dentro de ella le dijo que él podría hacer lo mismo, considerando que había pasado parte de la noche en una casa que no era la suya.

Cuando llegó al borde del lago, el hombre salió del agua y Helen se dio cuenta de que estaba completamente desnudo. Un magnífico ejemplar masculino, pensó Helen, sorprendiéndose de sus propios pensamientos.

Poco acostumbrada a ese tipo de visión, emitió un sonido ahogado e intentó levantarse, pero perdió el equilibrio. Se levantó de un salto y, cuando estaba a punto de echar a correr, se volvió a mirar al hombre sin poder evitarlo.

Con una extraña mezcla de alivio y decepción, vio que se había enrollado una toalla alrededor de la cintura. Aún así, su fuerte cuerpo masculino era demasiado para ella y siguió mirándolo, como hipnotizada.

Cuando sus miradas se encontraron, la del hombre era de asombro.

-¡Qué demonios...! ¿Tú otra vez?

Helen estaba aterrorizada, pero no podía moverse. Como en trance, vio que el hombre se acercaba a ella cojeando y que tenía el muslo izquierdo lleno de cicatrices.

-¿Qué es lo que quieres?

Al mirarla, el hombre tropezó y cayó sobre una rodilla, maldiciendo.

-¿Estás buscando monstruos, bonita? -dijo entre dientes, intentando levantarse con gran esfuerzo-. Esta vez te habrás traído la cámara, ¿no?

Helen sintió compasión al ver el sufrimiento en su mirada y dio un paso hacia él, pero cuando vio que tomaba un bastón del suelo, su instinto de supervivencia hizo que saliera corriendo.

Cuando estuvo suficientemente alejada de la casa, se paró. ¿Por qué siempre tenía que salir corriendo como una ardilla asustada? Aquel hombre necesitaba su ayuda, pero era demasiado hostil, parecía tener no sólo cicatrices en el cuerpo, sino en el alma.Cuando recordó

su mirada, sintió un escalofrío. Podría ser la mirada de un asesino.

Además, ella tenía sus propios problemas. En algún momento, en un futuro lo más lejano posible, pensó, se convertiría en la esposa de Hirk Boggs.

-Feliz cumpleaños, Helen -murmuró desesperada.

Cuando llegó al hotel, seguía pensando en aquel hombre extraño.

-¿Y si no es un asesino? ¿Y si no es más que un hombre solitario y herido? -se preguntó en voz alta.

Desgraciadamente, no tenía respuesta. No podía hacer nada por él porque era demasiado cobarde.

CAPÍTULO 2

DE REPENTE, Helen se dio cuenta de quién era aquel extraño. Había estado pensando todo el día en aquella cara que resultaba vagamente familiar y, justo cuando estaba apagando las velas de su tarta de cumpleaños, recordó quién era y tuvo que contener el aliento.

Sus dos hermanas la miraron, preocupadas.

-Helen, bonita, tienes que apagar las velas soplando, no tragándote el aire -dijo Elissa.

Lucy, que estaba al lado de Helen, la tocó en el hombro.

-¿Qué te pasa?

Mientras soplaba las velas, Helen murmuró algo sobre un dolor en el costado, por haber estado pintando todo el día.

-No me extraña, has estado pintando como si estuvieras poseída -dijo Lucy-. Te dije que fueras más despacio, pero tú has seguido como si te persiguiera el diablo.

-No lo volveré a hacer -murmuró.

-Es estupendo que trabajes tanto sin quejarte, cielo -dijo, tomando su mano-. Las dos sois estupendas. A este hotel le hacía falta mucho trabajo cuando lo compramos y lo estáis haciendo de maravilla. Os debo más de lo que pueda paganos nunca, especialmente por haber puesto vuestra parte de la herencia pana que pudiera comprar este hotel -dijo Elissa con lágrimas en los ojos-. Sobre todo tú, Lucy, que estás a punto de casarte y podías haber usado el dinero para comprarte una casa.

Lucy sonrió, mientras cortaba un pedazo de tarta.

-No seas boba, Elissa. Sabes que cuando nos dijiste que esta casa estaba en venta, las tres pensamos que era una estupenda oportunidad para montar un hotel. Branson está creciendo por días y hubiera sido un crimen no aprovechar la ocasión. Además, Helen y tú haréis todo el trabajo cuando Stadler vuelva a Kansas -dijo dándole un plato a Elissa-. Yo me llevaré mi parte sin mover un dedo, así que es justo que trabaje ahora.

-Y a ti, cariño, -dijo, mirando a Helen- te he sacado de Kansas y he usado el dinero con el que podías haberte pagado la Universidad.

-Lo has invertido, Elissa -dijo Helen ante las repentinas dudas de su hermana-. Cuando decidiste que no querías seguir siendo abogado y que lo que realmente querías hacer era llevar un hotel en el campo, yo pensé que eso era justo lo que siempre decía papá, que había que intentar hacer los sueños realidad. ¿Recuerdas? Tú ya sabes cuál es mi sueño; quiero tener una familia y eso no lo enseñan en la Universidad. Me encantaba cuidar niños en Kansas, ni siquiera me molestaban los pañales sucios, así que sé que esa es mi verdadera vocación.

Estaba sonriendo, cuando recordó a Hirk Boggs y le costó trabajo mantener su alegre expresión. Algún día sería la madre de los hijos de Hirk Boggs. Lo mejor era no pensar en ello.

-Bueno, chicas, es mi cumpleaños. ¿Dónde están mis regalos? -preguntó para cambiar de conversación.

Lucy salió corriendo de la cocina para buscar los regalos y Helen se dio cuenta de que Elissa se sentía más tranquila después de aquella conversación. Eso hizo que ella también se animara un poco, aunque seguía pensando en el extraño habitante de la mansión D'Amour. Era tan difícil de creer que no podía contárselo a nadie hasta que estuviera completamente segura.

Lucy volvió a .entrar con la cara roja de emoción y dos cajas en la mano. Una era grande, como si contuviera algo de ropa, y la otra muy pequeña.

-Bueno, niña -dijo Elissa-. No tenemos mucho dinero, pero recuerda que lo que cuenta es la intención.

-¿Cómo ¿Quieres decir que no me habéis comprado un collar de diamantes ni un coche deportivo? ¿Y cómo voy a presentarme en sociedad? -bromeó Helen.

Las tres hermanas rieron, mientras abría el paquete pequeño de Elissa.

-Pero Elissa... si es una cadena preciosa.

Helen había esperado que su práctica hermana le regalara un testamento legal o algo parecido. Desde luego, nada tan poético como aquello. Para verla mejor, levantó a la luz una cadenita de plata de la que colgaba una mano sujetando un gatito.

-No es gran cosa -dijo Elissa-. La vi en una tiendecita en Branson y me acordé de ti y de tu amor a los animales.

-Es maravillosa. Prefiero esta cadena a cualquier collar de diamantes.

Elissa sonrió con cierta timidez, algo poco usual en alguien que había pasado cuatro años de su vida defendiendo a los peores delincuentes de Kansas.

En el segundo paquete, Helen encontró un jersey blanco de punto.

-Así que esto es lo que escondías cada vez que yo entraba en tu habitación.

-No está mal para una aficionada -dijo Lucy, observando la prenda-. Tú has sido mi conejillo de Indias. Ahora que sé que me sale bien, le voy a hacer uno a Stadler.

-Más grande, espero -broméo Helen mientras se lo ponía. Haciendo como que caminaba sobre una pasarela, se dio un par de vueltas para mostrar el jersey-. ¿No me queda perfecto?

-Claudia Schiffer se moriría de envidia -bromeó Elisa.

La pequeña fiesta de cumpleaños fue agradable y Helen se comportó como si nada fuera de lo normal estuviera ocurriendo en su vida, aunque para ello tuvo que hacer un gran esfuerzo. Un poco antes de las once, cuando sus hermanas se habían ido a dormir, su naturaleza compasiva venció al miedo y volvió a la mansión D'Amour con una cesta de comida, que dejó en los escalones del porche. Después, volvió a casa sin sufrir percance alguno..

Alentada por lo ocurrido la noche anterior, Helen decidió volver a llevar una cesta esa noche y lo hizo ya casi sin miedo. Después de todo, el extraño no era un criminal. Todo lo contrario.

Damien Lord era un héroe.

Todo el mundo lo conocía y sabía lo que había hecho. Así que, a pesar de su expresión aterradora, no podía ignorarlo y menos después de haber visto lo que le había costado su heroicidad.

De nuevo, cuando sus hermanas dormían, se dirigió hacia la mansión. Cuando estaba a punto de llegar, se paró para recobrar el aliento y calmar su desazón. La silenciosa majestad del edificio no calmaba precisamente su miedo pero, como no se veía luz en ninguna de las ventanas, Helen imaginó que el señor Lord estaría durmiendo y rezó para que así fuera.

Caminando por la hierba que rodeaba la casa, se dirigió hacia los escalones del porche, que estaba medio escondido entre la maleza. La noche anterior había dejado la cesta en el primer escalón y, como no estaba, pensó que podría volver a hacerlo sin problemas.

Cuando llegó a los escalones, su corazón latía a tal velocidad que pensó que se le iba a salir de las costillas. Respirando con dificultad y deseando alejarse de allí, dejó la cesta en el escalón y se dio la vuelta pero chocó contra algo duro, algo que un segundo antes no estaba allí.

Ese « algo»la tomó del brazo.

-¿No quieres llevarte los platos? -la pregunta llevaba tal veneno que igual podría haberle dicho que pensaba estrangularla.

Helen estuvo a punto de gritar, pero no podía. La cara que tenía frente a ella se desdibujaba y creyó que se iba a desmayar.

-¡No te desmayes! -dijo el hombre, apretando su brazo más fuerte-. Si te caes al suelo no podré levantarte.

Esa advertencia hizo que Helen se recuperara un ¡poco y se irguiera, intentando soltarse.

-No me voy a desmayar.

-¿Ah, no? ¿No me digas?

Después de esto, el hombre la obligó a subir los escalones tras él. Como tenía que usar bastón, la arrastraba despacio, pero con seguridad.

-¿Dónde me lleva? -preguntó, intentando soltarse.

-Vamos a por la cesta de anoche. Y te vas a llevar la de hoy también.

La llevó a través de un pasillo, iluminado apenas por la luz de la luna. El sonido de su bastón hacía eco en las paredes vacías y parecía que algún espíritu les acompañara en la oscuridad.

-¡No pienso seguir!

Ignorando sus protestas, la llevó a través de un estrecho pasillo hasta lo que parecía una cocina. Incluso sin luz, Helen se dio cuenta de que era antigua y estaba llena de polvo. Aquella cocina no se había usado en mucho tiempo.

Cuando Damien Lord la soltó abruptamente, Helen casi se cae de rodillas.

-¡Ahí está! -dijo, señalando una larga mesa en la que estaba la cesta, sin abrir-. ¡Llévatela y no vuelvas!

Sus ojos encontraron el interruptor de la luz y, con un movimiento rápido, lo encendió. Él la miró y, durante un segundo, Helen creyó ver la más completa desolación en su mirada, pero rápidamente volvió a ver aquel brillo cruel y aterrador.

-¡Apaga esa maldita luz!

Su instinto le decía que saliera corriendo de allí, pero esta vez no lo escuchó.

-Si es por sus cicatrices...

Él soltó una blasfemia que la dejó parada y después preguntó:

-¿Crees que es por vanidad?

-No estoy hablando de las cicatrices que se ven.

Dijo aquello y luego se mordió los labios. El estaba tan enfadado que su ira irradiaba como una llama. Helen sabía que estaba invadiendo su privacidad, pero no lo podía evitar. No podía dejarlo solo, sufriendo. No se lo haría a un animal, ¿cómo podía hacérselo a un ser humano?

-¡No necesito tu piedad! ¡Vete de aquí con tu cesta de caridad!

Su vehemencia la aplastó contra la pared, pero intentó mantener la calma. Había ido allí para ayudar a un hombre dolorido, un hombre fuerte destrozado en la flor de la vida, incapaz de seguir haciendo el trabajo que le había hecho famoso. Damien Lord la necesitaba y no pensaba abandonarlo.

Buscando algo que decir que le hiciera olvidar su enfado, sólo se le ocurrió susurrar:

-No sabía que fuera el dueño de esta casa.

Él se había dado la vuelta, esperando que se marchara. Sin duda había esperado que saliera corriendo como un ratón asustado y, cuando se dio la vuelta, su expresión era de incredulidad.

-Si tanto te interesa, es un préstamo -dijo apretando las mandíbulas-. ¿Qué tengo que hacer para librarme de ti? ¿Pegarte un tiro?

-No creo que fuera capaz de pegarme un tiro -susurró, intentando disimular su miedo-. Sé quién es usted, señor Lord, y quiero ayudarlo.

-Tampoco necesito tu ayuda -dijo después de unos segundos, dándose la vuelta y alejándose-. Vete de una vez.

No había discusión, era imposible hablar con él. Cuando pasó, cojeando, al lado de una ventana rota, la luz de la luna le permitió distinguir sus anchos hombros a través de la arrugada camisa y los poderosos músculos de su brazo, al apoyarse en el bastón. Bajó la mirada hacia la pierna herida, que arrastraba ligeramente, haciendo un ruido áspero a cada paso y pensó cuántas veces lo había visto en televisión. Damien Lord, uno de los corresponsales más famosos de la CNN, informando sobre situaciones terribles en zonas de guerra por todo el mundo; siempre fuerte y seguro de sí mismo, sin mostrar miedo ni siquiera bajo las balas.

Había sido el amante soñado para millones de mujeres, atraídas por su aspecto físico y su valor, pero en ese momento no era más que un recluso herido, que se escondía de todo y de todos, incluso de la luz.

A pesar de sus cicatrices y su actitud, Damien Lord era el hombre más maravilloso que había visto nunca. Pero un hombre tan famoso y sofisticado como él nunca estaría interesado en una chica tan normal como ella. Helen se pasó la mano por los ojos, intentando apartar aquel pensamiento de su mente.

Además, el destino había hablado y Hirk Boggs era su verdadero amor. Para Damien Lord no era más que un estorbo, pero aquel hombre necesitaba su ayuda inmediatamente y no se libraría de ella tan fácilmente.

-Tendrá que comer si quiere recuperarse.

-¿Aún sigues aquí?

-Me recuerda usted a mi perro, Cracker. Sólo tiene tres patas -dijo ella, intentando acercarse a él, pero descubriendo que le temblaban tanto las piernas que tuvo que apoyarse en la mesa.

-¿Un perro de tres patas? -repitió él irónico-. Muy acertado, pero poco diplomático.

Helen se dio cuenta de que él la había malinterpretado. Había

pensado que se refería a su bastón como una tercera pierna y, nerviosa, intentó explicarse:

-¡No he querido decir eso! Lo que quería decir era que cuando encontré a Cracker, él también actuaba como usted -dijo dando unos pasos hacia él.

-¿Tienes ganas de morir, niña?

Su actitud era la de un oso herido. No se había afeitado y la sombra de la barba le daba una apariencia aún más masculina y amenazante.

-Cuando encontré a Cracker -dijo casi sin voz- me gruñó e intentó morderme, pero sólo porque estaba herido y hambriento. Yo soy una buena cocinera, señor Lord y pienso venir aquí cada día a traerle comida.

-¡No te atreverás!

-Y..y pienso dejar la cesta que he traído. Si no se lo come todo, se arrepentirá.

-¿Y qué vas a hacer para que me arrepienta?

No tenía ni idea. Incómoda, intentó imaginarse cuál podía ser el talón de Aquiles de aquel hombre y, después de unos segundos, se le ocurrió una idea.

-Le contaré a todo el mundo que está aquí -dijo Helen, mirándolo a los ojos.

Por su expresión, Helen supo que había acertado. Lo último que deseaba era ser objeto de la curiosidad de la gente.

-El chantaje es mal negocio, niña -dijo, pasándose la mano por el pelo.

-Entonces, ¿va a comer? -preguntó ella, sabiendo que había ganado la batalla.

Aunque seguía mirándola con aquella expresión feroz, había un ligero cambio en su actitud; como la de un lobo herido que se sabía acorralado.

-Será mejor que mantengas la boca cerrada.

-Es por su bien.

-Si vuelvo a oír eso... -dejó la frase sin terminar y señaló la puerta con la cabeza-. Ahora vete de una maldita vez.

-Volveré mañana.

-Qué emoción.

-No tiene que emocionarse, sólo tiene que comer.

Él soltó una maldición, pero a Helen no le importó. Sólo estaba gruñendo de nuevo, como Cracker. Lo importante era que había prometido comer y eso la hacía sentirse feliz.

Corrió hasta el hotel con una sonrisa en los labios y un sentimiento

de gozo en el corazón. El destino no podía ser tan cruel como para recompensar el heroísmo de Damien arruinando su vida; él era un hombre valiente que se merecía lo mejor. A pesar de que había perdido un ojo y que tendría cicatrices toda su vida, Helen se prometió a sí misma ayudarlo a curar las heridas de su espíritu para que pudiera volver a ser él mismo otra vez y aceptara la felicidad que le correspondía.

Después de una semana, empezaba a ser difícil guardar su secreto. Elissa y Lucy habían empezado a pensar que tenía la solitaria o algo peor, porque se pasaba el día cocinando platos que desaparecían rápidamente. Aquella mañana, mientras sus hermanas estaban en Branson de compras, Helen decidió que le llevaría al señor Lord el desayuno en lugar de la cena.

Su mala suerte hizo que, cuando estaba llegando a la mansión, oyera tras ella la furgoneta de Hirk Boggs. El hombre frenó ante la casa y saltó del coche, tocándose el sombrero.

-Buenos días, señorita Helen -dijo sonriendo y soltando más saliva de lo normal-. ¿Qué hace aquí con esa cesta, dándole la bienvenida a nuestro misterioso vecino?

Aunque sintió una náusea al pensar que aquello era su futuro marido, intentó sonreír. Estaba claro por su comentario que nunca había visto al ocupante de la casa y, como la idea de que hubiera ido a darle la bienvenida era tan buena como cualquier otra, asintió.

-Sí, he pensado que traerle un par de cosas sería un bonito detalle.

Hirk dio la vuelta a la furgoneta y, abriendo la portezuela trasera, sacó dos docenas de huevos.

-Es usted una persona muy buena, señorita Helen dijo, mirándola con algo que a Helen le pareció afecto y que la dejó temblando.

Por suerte, Hirk no pudo ver su reacción porque se dirigía hacia el porche para dejar los huevos.

Cuando volvió, se paró delante de ella con las mejillas coloradas y la nuez subiendo y bajando en su largo cuello, en silencio, y Helen pensó con terror que le iba < < pedir que saliera con él.

-Señorita Helen -dijo, apoyándose alternativamente en el pie derecho y el izquierdo.

-¿Sí, Hirk? -contestó Helen, pensando que no podía luchar contra su destino, aunque fuera aquél.

-Bueno, es que yo..., quería saber si iba a ir al baile del sábado en la Cámara de Comercio.

Helen se pasó la pesada cesta al otro brazo y miró al suelo para

que Hirk no pudiera ver sus ojos.

-Pues no, Hirk, nadie me ha invitado a ir -dijo, inlcntando sonreír.

-¿No me diga? Pues yo había pensado que, a lo mejor, querría ir conmigo -dijo el hombre, jugando con el cuello de su camisa.

Helen asintió con la cabeza, porque estaba segura de que su voz traicionaría su falta de entusiasmo y, después de unos segundos, consiguió decir:

-Me encantaría, Hirk.

El hombre sonrió, mostrando más encías de las que a 1 lelen le hubiera gustado ver.

-Bueno, señorita Helen, qué bien. Pues la recojo a las siete.

-A las siete, muy bien.

Él dijo algo más, pero Helen ya no lo escuchaba; se sentía incapaz de soportarlo. Aparentemente, el destino no iba a perder ni un minuto.

Le dijo adiós con la mano y, cuando la furgoneta se perdió por el camino, cerró los ojos diciéndose a sí misma que Hirk debía tener muchas cosas buenas que no se veían a simple vista. Aquel baile le daría la oportunidad de descubrir todas aquellas cualidades escondidas.

Intentando controlarse, abrió los ojos y cuando lo hizo, le pareció ver que algo se movía en el porche.

-¿Amorcito? -dijo una voz profunda y burlona.

-¿Ha estado ahí todo el tiempo? -preguntó, humillada, aunque no sabía bien por qué.

Él salió de detrás de un pilar de piedra del porche y Helen tuvo que contener el aliento. No llevaba camisa y los vaqueros eran tan bajos que mostraban gran parte de un vientre bronceado y terso, una visión a la que no estaba en absoluto acostumbrada.

-Perdona que esté en mi propio porche -dijo él, burlón.

La manera en que la miró, de arriba a abajo, hizo que deseara taparse, aunque llevaba una camiseta y unos vaqueros cortos.

-Creí que me había librado de ti hasta la noche.

Helen sostuvo la cesta con las dos manos y subió los escalones del porche.

-Si tengo que conservar su secreto, no puedo hacerlo en un horario fijo -contestó tomando los huevos y colocándolos sobre la cesta, antes de indicar la puerta-. ¿Entramos?

-¿Los dos? -preguntó él, con el ceño fruncido.

-Hoy voy a cocinar. El desayuno es la comida más importante del día, no sé si lo sabe.

-Las niñas que se meten en cosas que no les atañen pueden acabar mal, no sé si lo sabes.

-Veo que hoy está de mejor humor -dijo, abriendo la puerta-. Eso es porque come mejor.

Aunque levantó las cejas, Damien no lo negó.

-Bueno, ¿cómo le gustan los huevos?

-A solas.

-Me alegro de que haya recuperado el sentido del humor -dijo, riendo por primera vez.

Una vez dentro de la cocina, limpió la mesa alegremente y empezó a preparar el desayuno. Por supuesto, Damien no la acompañó durante los preparativos, pero l lelen sabía que iría a la cocina cuando la comida estuviera en la mesa. Sabía aquello tan bien como que él no la haría daño.

Aquella semana había aprendido una lección sobre sí misma. Helen Rose Crosby era una mujer adulta que podía ser valiente cuando era necesario. No era una heroína, como Damien, pero tampoco era una cobarde y aquél había sido un descubrimiento importante. También había aprendido otras cosas, como que, después de todo, un hombre herido no era muy diferente de un perro herido.

Helen se sentó frente a Damien en la mesa de la cocina, sonriendo mientras lo veía comer. Se había puesto una camisa antes de ir a desayunar, lo que significaba que seguía siendo un ser civilizado. Ese pequeño gesto había confirmado su fe en que, con el tiempo, conseguiría que aquel hombre volviera a sentirse seguro de sí mismo. Cuando él la miró con aquella mirada suya t,m antipática, Helen simplemente sonrió.

Cuando estaba terminando el desayuno, Helen saltó de la silla.

-¿Quiere más de zumo de naranja? -preguntó.

-He tomado tanto zumo que no pienso volver a probar un cítrico en la vida.

Ignorando su comentario, Helen sacó el frasco de zumo de naranja de la nevera y volvió a llenar su vaso.

-Necesita mucha vitamina C.

-Mira, niña, lo sé todo sobre la vitamina C. Yo entrevisté a Linus Pauling.

-¿A quien?

-¿Cuántos añitos tienes, guapa?

-¡Deje de tratarme como a una niña! ¡Tengo veintiún años! -exclamó, colocando el vaso lleno frente a él-. ¡Beba!

-Olvídalo, pequeña nazi. Me va a salir el zumo por las orejas -dijo él, intentando levantarse.

-Está bien. Admito que ha tomado un buen desayuno.

-¿Ahora te irás?

-Tengo que limpiar esto.

-Yo lo haré -dijo él, con las mandíbulas apretadas.

-Sí, claro. Esta casa estaba inmaculada antes de llegar yo.

-De acuerdo. Haz lo que quieras.

Cuando él se dio la vuelta, Helen se sintió triste sin saber por qué. No había esperado que le diera las gracias, pero tampoco que la tratara así.

-¿Ese Boggs es tu novio?

Se asombró tanto de que le hiciera aquella pregunta que se le cayó parte del zumo sobre la mesa. Cuando se dio la vuelta, él estaba apoyado en la encimen.

-¿Por qué me pregunta eso?

-Porque eso lo explicaría todo -dijo él sonriendo, aunque su expresión seguía siendo irascible.

-¿Qué es lo que explicaría?

-Nada. Da igual.

-¿Por qué no viene al baile? A mis hermanas les gustaría conocerlo -dijo, intentando iniciar una conversación normal.

-No me apetece que la gente me mire -contestó él, con un brillo de dolor en la mirada que Helen no pudo dejar de notar.

-No lo mirarían.

Su expresión irradiaba hostilidad y sus mandíbulas apretadas decían claramente que no pensaba seguir hablando del tema, pero Helen siguió intentándolo.

-De verdad, no lo mirarían. 0, mejor dicho, lo harían durante cinco minutos. Yo no me quedo mirándolo hjamente, ¿no?

-¿Tú? Menudo ejemplo eres tú. Si nuestro desdentado amigo Boggs es uno de tus novios, me temo que tienes unos gustos muy raros.

Helen estaba tan asombrada de que él pudiera pensar que tenía más de un novio que se quedó mirándolo, sin decir nada.

-Por otra parte, cuando quieres quedarte mirando, lo sabes hacer muy bien.

-Yo sólo estaba...

-Olvídalo, no pienso ir a ningún baile -dijo él, golpeando el suelo con el bastón-. No se me da bien el tango.

-Ah, claro -contestó ella, sonrojándose.

Cuando volvió a mirarlo, él tenía sus ojos clavados en ella. No parecía enfadado, pero su expresión tampoco podía describirse como agradable. Sólo la estaba mirando fijamente.

-¿Por qué vas a ir al baile con un tipo que te dobla la edad, parece

un personaje de dibujos animados y tiene el cerebro de un mosquito?

-Eso no es asunto suyo.

-¿No es asunto mío? Me sorprende que una chantajista como tú reconozca que hay cosas que no son asunto de nadie.

Podía usar sus palabras como un cuchillo, pensó Helen, dándose la vuelta para seguir limpiando la cocina. Se dirigió con los platos al fregadero y eso la colocó más cerca de él.

-¿Qué encantos tiene nuestro desdentado amigo?

Tan enfadada que no podía contestar, abrió el grifo de golpe y las cañerías chirriaron unos segundos antes de soltar agua.

-¿Es bueno en la cama?

Helen se volvió hacia él, indignada. Él sonreía burlón y se dio cuenta de que tenía un hoyuelo en la mejilla. La imagen era tan inesperadamente seductora que tuvo que sujetarse a la encimera para mantenerse erguida.

-¿Qué, tampoco es asunto mío?

Cuando recobró el control, se dio la vuelta y empezó a limpiar los platos furiosamente. Podía sentir su mirada clavada en ella.

-Hirk es una persona estupenda -pudo decir por fin.

-Dicen que los buenos chicos nunca consiguen nada.

-Eso no es verdad. Por eso estoy aquí.

Cualquier sombra de humor desapareció de su expresión. El había comprendido lo que quería decir, pero no deseaba que la conversación siguiera esos derroteros.

El silencio en la habitación se volvió opresivo. Él la miraba, intentando intimidarla y ella sintió que le faltaba valor, pero no podía permitírselo. Aunque se vio a sí misma saliendo por la ventana, insistió.

-Mire, señor Lord, usted es un héroe. No es justo que sufra de esta forma.

-¿Tú crees que la vida es justa? Entonces, quizá debería pedir que me devolvieran mi dinero.

Tras el sarcasmo, Helen detectó una angustia que la ,afectó profundamente. Extendió el brazo para tocarlo, pero él se apartó.

-¡Maldita sea! ¡No me mires así! Hice lo que hice por instinto, no hubo nada de heroico en ello.

La pasión con la que dijo aquello hizo que se sintiera indefensa y no supiera qué contestar. Quizá estaba siendo una egoísta por abrir de nuevo aquellas heridas, quizá no era asunto suyo después de todo. Los seres humanos son demasiado complicados, pensó, sin saber qué hacer.

A pesar de la tensión en el ambiente, ella seguía a su lado. Seguía

queriendo ser su amiga, aunque estaba claro que él no deseaba ninguna ayuda. Sus pensamientos volvieron a la escena que había visto en televisión un par de meses antes, en la que Damien Lord arriesgaba su vida para salvar a un niño de un incendio. Todo el accidente había sido grabado por las cámaras de la CNN, que estaban cubriendo la noticia.

-Mire, señor Lord -dijo con un hilo de voz-, da igual que lo niegue. Millones de personas estaban viendo la televisión aquel día, como yo. Y todos pudimos ver que usted fue el único que entró a buscar al niño. Allí había veinte personas más, pero sólo usted arriesgó su vida para salvarlo.

Recordar la escena hizo que se afirmara en su resolución. No estaba equivocada, la bondad nunca podía estar equivocada.

-¿Es que no lo ve? Eso es un héroe, alguien que ayuda a los demás sin pararse a pensar en las consecuencias.

-Sí, y mira el resultado. Un inválido medio ciego que asusta a los niños por la calle. Vete a casa, niña. Tú no puedes ayudarme -dijo, apartando la mirada.

Aquello dolía, pero Helen sabía que sólo decía aquellas cosas para esconder su propio dolor.

-Yo creo que sí puedo -murmuró Helen.

-Y seguro que también crees en los duendes.

-No pienso volver -dijo, tomando en un segundo una decisión que había meditado toda la semana.

-¿Y a qué le debo esta buena noticia? -preguntó, inclinándose hacia ella.

Estaba encantado de no volver a verla y aquello dolía más que un insulto, pero Helen no sabía por qué.

-No voy a volver porque usted va a cenar en mi casa mañana. No puedo seguir haciendo esta charada, mis hermanas creen que tengo algo de estómago.

-No lo dirás en serio.

-Completamente en serio, señor Lord. Pero no se preocupe, mis hermanas son muy discretas.

-Ni lo pienses, niña -dijo él, con mirada asesina.

-Si no viene, se lo contaré a todo el mundo.

Aquello había sonado muy infantil, pero no lo podía evitar. La aversión de Damien a ser descubierto era su única baza y tenía que usarla, por su propio bien. Si no lo hiciera, estaba segura de que Damien se dejaría morir de hambre.

-Lo esperamos a las siete en punto.

Como respuesta, recibió una maldición entre dientes.

CAPÍTULO 3

HELEN MIRÓ su reloj; eran las siete y diez de la tarde. Se pasó la mano por el cuello. Le dolían la espalda y los hombros de la tensión y tenía el corazón acelerado.

Ella misma había preparado la cena. Helen insistió en que sus hermanas tomaran un baño relajante y que se cambiaran de ropa para cenar. Les había dicho que tenía preparada una sorpresa, pero no les había adelantado de qué se trataba.

También ella se había arreglado cuidadosamente y se encontraba muy sofisticada con su jersey de cuello vuelto beige y su falda de cuadros. ¿Por qué había pensado en la palabra sofisticada?, se preguntó. No tenía por qué impresionar a Damien Lord. Sólo quería invitarlo a cenar.

Volviendo a comprobar su reloj, miró a través del

cristal de la puerta de entrada, intentando ver cualquier signo del hombre en la oscuridad.

-La cena huele bien -dijo Elissa detrás de ella, asustándola sin querer-. Tengo hambre. ¿No podemos empezar a cenar?

Helen se dio la vuelta, intentando calmar su corazón antes de hablar.

-Dentro de cinco minutos.

-¿Estás esperando a alguien?

-Pues... -Helen sintió que se sonrojaba-. He invitado a una persona.

Elissa inclinó la cabeza para mirarla. Con la luz sobre su cabello rojo, incluso vestida con un simple traje de tweed, iluminaba la habitación.

-Helen, cariño, no me digas que es otro de tus gestos humanitarios -dijo Elissa, colocándose las manos en las caderas-. ¿Recuerdas la última vez? El tipo robó la cubertería de plata de mamá. Ésa fue su manera de decir gracias, supongo.

-Bueno, yo no creo que... -contestó Helen, tragando saliva.

-Tú nunca desconfías de nadie -dijo Elissa rodeando a su hermana con un brazo-. No se puede ir arreglando la vida de todo el mundo. Créeme, yo he trabajado con algunos de los peores casos y no siempre te lo agradecen.

El agudo ladrido de Cracker les hizo dar un salto. Con renovadas esperanzas en el corazón, Helen se apartó de su hermana. Cracker estaba en la puerta trasera, ladrando a algo invisible. Por supuesto, Damien llegaría a través del bosque. Sabía que haría lo que fuera necesario para evitar que lo vieran, incluso arrastrar la pierna por un bosque lleno de barro.

-¡Es él! -gritó, incapaz de ocultar su alegría.

-¿Quien? -preguntó Elissa.

Helen llegó hasta la puerta y miró hacia afuera. Al principio no vio nada, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad del bosque, lo vio al lado de la valla de madera. Allí, casi imperceptible en medio de la negrura, estaba aquel extraño hombre alto, apoyando una mano sobre la verja.

Elisa apartó la cortina de encaje de la ventana para ver qué era lo que llenaba a Helen de tanta alegría.

-Por Dios bendito -susurró-. Parece un hombre muy fuerte. ¿Tú crees que haces bien?

Helen apretó el brazo de su hermana para tranquilizarla.

-Espera y verás -dijo, saliendo para saludar a su forzado visitante antes de que éste se arrepintiera y diera marcha atrás-. Avisa a Lucy. Ahora podemos cenar.

El olor a cola del papel pintado los acompañó durante toda la cena en el comedor, mezclado con los aromas del asado, patatas y zanahorias. Helen había colocado a Damien en la cabecera de la mesa, ella misma a su derecha y sus hermanas a la izquierda. La cena casi había terminado, rodeada de un extraño silencio, el comportamiento dictado por el solemne invitado.

Helen estaba acostumbrada a su comportamiento hostil y sonreía sirviendo la cena. Lucy y Elissa, sentadas como estatuas, apenas probaban bocado y se habían quedado sin palabras ante el famoso héroe sentado a su mesa.

Helen no podía culparlas. Era como si el presidente de los Estados Unidos hubiera ido a tomar el té. Bueno, quizá más como si el presidente hubiera ido a tomar el té a punta de pistola.

-¿Quiere más patatas, señor Lord? -preguntó Helen con su sonrisa más encantadora.

Damien Lord tenía aspecto de no haber dormido. No se había afeitado y llevaba la ropa arrugada. Pero, a pesar de todo, estaba allí y estaba cenando. Helen estaba tan contenta como una niña con zapatos nuevos.

-No -contestó por fin y con esa palabra volvió a mirar su plato.

Helen notó que sus hermanas intercambiaban una mirada de preocupación y las miró sonriente.

-¿Y vosotras, queréis más patatas?

Las dos negaron con la cabeza a la vez y después Lucy se aclaró la garganta. Helen pensó que iba a volver a intentar que su invitado se sintiera cómodo. Aunque dudaba de que tuviera éxito, esperó que

sucediera el milagro. La natural dulzura de Lucy era difícil de resistir para cualquiera.

-Me han dicho que es usted de Nueva York, señor Lord -dijo la joven, sonriendo. Esperó a que hubiera una respuesta y cuando el hombre la miró de soslayo dando a entender que le daba igual lo que le hubieran dicho, tragó saliva y siguió a pesar de todo-. Nuestra madre era de Nueva York. Murió de leucemia cuando Helen tenía cuatro años, pero cada vez que oigo a alguien con acento de Nueva York, me recuerda a mi madre.

Damien levantó una ceja, escéptico, como si pensara que el acento de Nueva York no pudiera ser algo agradable para nadie y después volvió de nuevo la vista hacia su plato y siguió comiendo.

-Pero el señor Lord ya no tiene acento de Nueva York -dijo Elissa-. Los periodistas de televisión tienen que quitarse cualquier acento. ¿No es verdad, señor Lord? -preguntó sonriendo, confiando en que eso haría que el hombre dijera algo.

La pregunta se quedó en el aire, sin respuesta, y el hombre siguió comiendo sin decir palabra.

Helen no estaba en absoluto sorprendida por su grosería y miró a sus hermanas con una mirada de agradecimiento.

-Bueno, -dijo levantándose- como postre, he hecho un pastel de manzana. ¿Quién quiere un poco?

Sus hermanas la miraron, mudas. Damien no levantó la cabeza del plato.

-Entonces, pastel para todo el mundo.

Mientras se volvía para dirigirse a la cocina, Elissa y Lucy dijeron a la vez, levantándose de la silla.

-Yo te ayudaré.

-No, quedaos aquí charlando con el señor Lord.

Casi le da la risa ante la expresión desesperada de las dos, mientras volvían a sentarse.

Las tres hermanas y su invitado tomaron el postre sin decir una palabra. Cuando Damien hubo terminado su pastel, miró a Helen de reojo y se levantó de la mesa.

-Ya he hecho lo que me pediste. Ahora me marcho.

-Por supuesto, señor Lord. Ha sido un placer cenar con usted -dijo volviéndose hacia sus hermanas-. ¿Verdad?

Las dos tenían un aspecto tristísimo, pero asintieron.

-Un placer -murmuró Lucy.

-Desde luego -susurró Elissa.

Las dos mujeres se levantaron, sonriendo tímidamente.

-Vuelva a venir cuando quiera -ofreció Elissa, extendiendo su

mano.

La única respuesta fue una mirada hosca.

-No le digáis a nadie que he estado aquí.

Las hermanas de Helen se volvieron, sorprendidas, para mirarla. Cuando ella asintió con la cabeza, las dos volvieron a mirar a Damien.

-Si eso es lo que usted... -empezó a decir Elissa.

-Adiós -su despedida cortó la conversación-. ¿Ahora me dejarás en paz? -preguntó, mirando a Helen.

Ella había esperado que su actitud fuera un poco más amistosa para entonces y lo miró suplicante, pero él le devolvió una mirada helada.

-¿Es que no puede meterse en la cabeza que lo único que queremos es ayudarlo?

-¿Y tú no puedes meterte en la cabeza que no quiero tu ayuda? -contestó con la mandíbula apretada. Se dio la vuelta, cojeando desde el salón hacia la puerta trasera de la casa. Por suerte para Helen, su cojera no le permitía desaparecer rápidamente.

-¿El próximo viernes a la misma hora? -preguntó Helen, armándose de valor.

Él ni siquiera se volvió.

Helen apretó los dientes. No le gustaba tener que amenazarlo, pero él no le dejaba otra opción, el muy testarudo.

-Recuerde que si no viene...

-Lo sé. Se lo contarás a todo el mundo.

-Entonces, ¿vendrá? -preguntó ella, esperanzada.

-¿Tengo elección?

-No.

Damien no vio su expresión satisfecha, porque cerró la puerta de un portazo y desapareció.

Cuando se dio la vuelta, su alegría desapareció porque sus dos hermanas avanzaban hacia ella con cara de terrible preocupación. Su primer instinto fue correr hacia la cocina o hacia su habitación, pero sabía que tendría que enfrentarse con ellas más tarde o más temprano. Se apoyó en la puerta e intentó sonreír, pero sintió que su gesto era más un gesto de cansancio que una sonrisa.

-¿Bueno, qué os ha parecido?

Lucy lanzó lo que parecía un gemido, pero fue Elisa la que tomó las riendas.

-Helen, cariño, has traído a casa un montón de vagabundos durante estos años, pero éste es, es...-dijo tomando la mano de Helen-. Niña, este tipo es diferente. Nunca he visto a nadie tan enfadado con el mundo entero -dijo moviendo la cabeza, sin saber qué decir por

primera vez en su vida-. Sé que tienes muy buen corazón y que Damien Lord es tan, tan... masculino -añadió después de unos segundos-. No dejes que tu compasión por él se mezcle con otros sentimientos. Lo que intento decir es que no te enamores de ese hombre como una niña, Helen. El pertenece a otro mundo y algún día se curará y se irá de aquí.

Helen estaba sorprendida por esa advertencia. Era una locura pensar que ella podría enamorarse de Damien Lord. Sonrió, para tranquilizar a sus hermanas, pero su expresión delató cierta intranquilidad.

-No soy tan ingenua. Ya sé que se recuperará y se irá, pero ahora necesita un amigo y yo quiero serlo.

-Lo que estás haciendo es muy bonito. Está claro que ese hombre necesita saber que hay alguien que se preocupa por él. Si hay alguien que pueda hacerle sonreír de nuevo, ésa eres tú-dijo Lucy.

-Mientras sepas lo que estás haciendo -dijo Elissa-. Bueno, final de la charla. Es hora de que Lucy y yo nos pongamos a lavar los platos.

Helen se quedó pensando, mientras sus hermanas se dirigían hacia la cocina.

-Elissa, ¿quien es Linus Pauling?

-¿Qué? -preguntó la pelirroja, volviendo la cabeza.

-Linus Pauling. ¿Es el hombre que descubrió la vitamina C o algo así?

-¿Y a qué viene eso ahora? -pregunto, con expresión confusa.

-Cuando estaba intentando que el señor Lord se tomara el zumo de naranja, me dijo que él había entrevistado a Linus Pauling y que sabía todo lo que había que saber sobre la vitamina C.

-Ah, ya veo -contestó su hermana riendo-. Linus Pauling ganó dos Premios Nobel, uno por química y el otro no me acuerdo por qué. El caso es que insistía en que para tener buena salud había que tomar mucha vitamina C.

-Ah -dijo Helen, con expresión triste, sintiéndose una ignorante.

-¿Y ahora qué pasa? -preguntó Elissa con curiosidad.

-Él cree que soy una cría.

-Supongo que te refieres al señor Lord, no al señor Pauling. Creí que habías dicho que eras demasiado lista para enamorarte de ese hombre.

Helen se ruborizó y se apartó de Elissa.

-¡No seas tonta! Tú también me tratas como si fuera una cría y no estoy enamorada de ti.

-Ya -Elissa no parecía muy convencida.

-¡Cree lo que quieras! -dijo Helen de muy mal humor, mientras se

lanzaba escaleras abajo hacia su habitación-. Yo sólo quiero ser su amiga.

Esa era la verdad. Y algún le día le contaría a sus hermanas que Hirk Boggs era su verdadero amor. Eso probaría que no estaba enamorada del señor Lord.

Cerró la puerta de un portazo y sintió un extraño dolor recordando a quien le había deparado el destino como marido. Irritada consigo misma, dijo en voz alta:

-¡Dentro de poco les hablaré de Hirk!

Las siete y media y Damien no había aparecido. Helen echaba humo. Su trucha marinada se había convertido en trucha tiesa y ya no se podía comer. ¿Cómo podía ser tan insensible?

Se dirigió hacia el comedor, donde sus hermanas estaban esperando.

-No puedo soportar su actitud de oso herido. Vamos a buscarlo.

Incluso Elissa, la dura abogado, la miró asustada.

-No lo dirás en serio. No podemos traer a ese hombre aquí a la fuerza. Eso sería un secuestro.

-Por no mencionar lo grande que es. Tendríamos que darle un golpe en la cabeza y me parece que eso también es ilegal -dijo Lucy.

-¿Y qué queréis que haga, que lo deje allí sólo para que se muera de hambre?

Elissa se levantó con expresión decidida, pero compasiva.

-No se va a morir de hambre. Joe, el de la tienda, me ha dicho que le envían comida cada dos- o tres días. Está perfectamente. Sólo quiere que lo dejen en paz.

-Entonces, ¿no vais a ayudarme?, ¿no vais a ir conmigo?

-¿No querrás decir que piensas ir de verdad? -preguntó Lucy alarmada.

Helen no sabía que ella también podía ser tan testaruda.

-Me voy allí ahora mismo.

-¿Qué hacemos? -dijo Lucy, mirando a Elissa con preocupación.

Helen no pensaba seguir discutiendo ni quedarse allí para debatir el tema. Había tomado una decisión y se dio la vuelta para salir del comedor.

-¡No os molestéis intentando detenerme! -dijo tomando las llaves del coche de la recién construida recepción en la entrada-. ¡Lo traeré aquí aunque tenga que pegarle en la cabeza con una silla!

-¡Te demandará! -advirtió Elissa.

-Pues muy bien.

-Elissa, por favor -dijo Lucy-. No podemos dejar que vaya sola.

Helen estaba saliendo por la puerta, cuando Elissa dijo:

-¡Vamos contigo!

Helen se sintió aliviada porque sus hermanas habían decidido acompañarla, pero no era tonta. Iban con ella, pero sólo para intentar disuadirla. Helen siguió hacia su viejo coche. Si querían acompañarla, tendrían que darse prisa.

-¡Oh, Dios mío!

Helen oyó la exclamación de Elissa en el piso de arriba. Se habían separado para buscar a Damien en la enorme casa y, cuando oyó a su hermana, salió corriendo por las escaleras. Cuando llegó arriba, Elissa estaba inclinada sobre Damien, que estaba tumbado en el suelo, sin moverse. Le salía un hilo de sangre de una pequeña herida en la sien y tenía sobre el pecho un pedazo roto de la barandilla de la escalera.

-Lo mejor será que no lo movamos -dijo Elissa presionando ligeramente sobre su carótida-. Tiene buen pulso, gracias a Dios. Helen, llama al doctor Holly.

Helen salió corriendo y casi se chocó con Lucy. Después de hacer la llamada, pareció que pasaba una eternidad hasta que el anciano doctor, ya retirado, lo examinó y les dijo que no era nada grave y que podían moverlo. Rogándole al médico que guardara el secreto, lo llevaron hasta el coche y de allí al hotel.

Damien había recuperado el conocimiento cuando el médico terminó de ponerle la venda.

-Ha sido una mala caída, muchacho. Podías haberte matado.

-¿Está seguro, doctor? -pregunto Damien con un gesto de dolor.

Con gesto de preocupación, el doctor se volvió hacia Helen y le indicó que saliera con él de la habitación para darle instrucciones.

Cuando se marchó, Helen reunió valor y volvió a entrar en la recién pintada habitación que habían asignado a Damien. El hombre era demasiado grande y parecía fuera de lugar en aquella habitación llena de encajes, bajo el elaborado edredón de su abuela. Por la expresión de su perfil, Helen se dio cuenta de que él también se sentía fuera de lugar.

-¿Tiene hambre? -preguntó forzando su mejor sonrisa.

Él se volvió al oír su voz e hizo un gesto de dolor. Como no contestó, Helen tomó una silla y se sentó al lado de la cama.

-¿Quiere un poco de trucha helada?

-¿Se te ha terminado el caldo de pollo? -preguntó él, mirándola de reojo.

¿Sería eso un toque de buen humor?, se preguntó Helen.

-Puedo hacerlo si quiere.

Él volvió a apartar la mirada.

-¿Pero tú qué quieres, niña? ¿Ganar una medalla o algo así?

Helen contó hasta diez para no enfadarse. ¡Era un hombre imposible!, pensó maldiciéndolo. Pero no dejaría que la hundiera con sus gruñidos. Se inclinó hacia él, pero no se atrevió a tocar su brazo.

-No sé si ya se lo he dicho antes, señor Lord, pero lo único que quiero es ayudarlo.

Él apretó las mandíbulas y se mantuvo en silencio durante unos segundos antes de decir algo. Helen frunció el ceño porque le pareció no haber entendido bien.

-¿Qué? -preguntó asombrada.

Cuando él se volvió de nuevo hacia ella, había un ligerísimo asomo de simpatía en su mirada.

-He dicho gracias.

Aunque su tono era irascible, Helen supo que lo decía de verdad.

Su situación era difícil de soportar para él. Estaba tan débil que necesitaba ayuda incluso para sentarse. Debía ser dificilísimo para cualquier hombre soportar aquella situación y más para uno que había sido tan vital, tan fuerte y tan reconocido internacionalmente. Helen pensó que ésta debía ser la primera vez que necesitaba la ayuda de alguien. Ahora, en una habitación tan femenina, tenía que sentirse inútil y frustado y aún así le daba las gracias.

De repente, Helen se sintió tan emocionada que casi no le salía la voz. Asintió con la cabeza, intentado que las lágrimas no asomaran a sus ojos.

-No te sientan bien las expresiones de gratitud, ¿verdad niña? Me gustaría darte un gruñido, pero me duele demasiado -dijo, señalando la venda.

-Voy a hacerle una sopa de pollo, pero tendrá que ser de lata -dijo Helen, levantándose temblorosa y limpiándose-una lágrima.

-Maldita sea -pero aquello no sonó como otras veces.

-La vida es injusta, señor Lord. ¿Quiere que le de vuelvan su dinero? -preguntó con una sonrisa desde la puerta.

-Muy graciosa.

Al día siguiente, por la mañana, Helen esperó hasta las nueve para llamar a la puerta de Damien. Como no contestaba, tomó la bandeja del desayuno de la mesa del pasillo y entró.

-Buenos días, dormilón... -la sonrisa se heló en sus labios.

Estaba sentado en la cama como si hubiera intentado levantarse y se hubiera mareado. Pasándose la mano por el pelo, la miró.

-¿Qué te pasa?

-No está vestido -dijo ella tragando saliva.

-El doctor me ayudó a quitarme los pantalones cuando no estabas en la habitación -dijo intentando levantarse con un gesto de dolor-. Además, ya me has visto desnudo. No deberías asustarte de verme en calzoncillos.

Con las manos temblorosas, Helen dejó la bandeja en el escritorio al lado de la puerta.

-Es que yo no esperaba... -pero no siguió hablando. Ese tema no llevaba a ningún lado-. Debería tomar el desayuno en la cama.

-No me trates como a un inválido -dijo volviendo a intentar levantarse. Los músculos de sus brazos se marcaban por el esfuerzo. Aquella vez tuvo éxito y se mantuvo de pie unos segundos, sujetándose al cabecero-. Me marcho.

Ella lo miró incrédula.

-¡De eso nada, señor Lord! Aquella casa es una trampa mortal. Además, el doctor Holly ha dicho que necesita descanso durante unos días. Y buena comida.

-La última parte la has añadido tú, ¿verdad? Incluso enfermo como estaba, parecía demasiado

grande para aquella habitación. Helen miró hacia la ventana. Toda esa carne masculina la ponía nerviosa.

-Por favor -susurró-. Vuelva a la cama.

-¿Dónde está mi bastón?

-No lo sé.

-Claro que lo sabes.

Helen notó el dolor en su voz y lo miró a la cara. El esfuerzo se marcaba en sus facciones.

-¡Nunca he visto a nadie tan testarudo como usted! -dijo empujándolo-. ¡Vuelva a la cama!

Como lo pilló por sorpresa, Damien cayó de espaldas en la cama. Helen se colocó sobre él con las piernas entre sus rodillas, enfadada.

-No se pase conmigo, señor Lord. Voy a ayudarlo a recuperarse, aunque tenga que matarlo.

Él la miró, más sorprendido que enfadado. Durante unos segundos estuvieron en silencio; sólo se oía el sonido de las agujas del reloj. Él ni se movió ni discutió sus órdenes.

-¿De qué clase de terapia estamos hablando? -preguntó, con una extraña sonrisa, mientras con sus rodillas acariciaba suavemente los muslos de ella.

La sugerencia de esa pregunta estaba clara. Helen sintió el roce de sus piernas contra las suyas y se apartó rápidamente.

Señalándolo con el dedo, durante unos segundos buscó las palabras adecuadas.

-¡Eso... eso ha sido despreciable!

-También lo es esconder mi bastón -dijo, apoyándose en un codo, con una sonrisa amenazadora.

-Bueno, quizá he mentido sobre eso. Pero si se lo doy, tendrá que prometerme que no se irá de esta casa.

-Claro que no, niña.

-Si intenta marcharse, llamaré al doctor Holly y él lo llevará a un hospital. Entonces sabrá lo que es bueno -por la expresión de él, supo que había dado en la diana-. ¿Me promete que no intentará marcharse? -preguntó, aún con el pulso acelerado.

-De acuerdo, Marquesa de Sade. Ahora, por favor, ¿me puedes devolver el bastón? Quiero lavarme un poco.

Reconociendo que el hombre necesitaba cierta libertad de movimientos, se dirigió hacia un armario y sacó el bastón. Su camisa y sus vaqueros también estaban colgados allí; la camisa estaba manchada de sangre.

-Me llevaré esto para lavarlo -dijo tomando las dos prendas. Al menos sin ropa no podría marcharse.

Cuando le dio el bastón, evitó mirarlo a los ojos.

-No olvide comerse el desayuno.

-En la cama, ya sé -interrumpió él-. Ahora, a menos que quieras bañarme tú, sugiero que te vayas.

Tuvo la impresión de que se reía mientras ella prácticamente huía de la habitación.. Una vez fuera, se apoyó en la puerta e intentó recuperar la tranquilidad. ¿Qué le estaba pasando? Se sentía nerviosa y mareada.

Se dio cuenta de que su nerviosismo era debido a que él estaba en calzoncillos. Cualquier mujer normal se hubiera puesto nerviosa, era perfectamente comprensible. Y, además, aquel comentario tan sugerente había añadido leña al fuego. Y la forma de rozarla con sus piernas...

Ojala hubiera llevado pantalón largo en lugar de unos vaqueros cortos. Tenía que admitir que cuando la había rozado con sus piernas, había sentido una sensación extraña. Pero un hombre tan mundano como Damien no le daría ninguna importancia a aquello; sólo era una pequeña venganza. Ese roce no había significado nada para él.

Cuando su gata, Thalia, empezó a frotarse contra sus piernas, Helen dio un salto. Avergonzada por estar tan nerviosa, se agachó

para acariciarla.

-Para que lo sepas. Que el señor Lord me haya tocado no significa nada para mí.

Por supuesto que no.

CAPÍTULO 4

AUNQUE Helen se sentía como una delincuente por chantajear a Damien de aquella manera, sabía que era por una buena causa. La mansión D'Amour necesitaba reparaciones y no era un lugar seguro para un hombre en su estado; podía haberse roto el cuello en aquella escalera. Cerró los ojos con un nudo en el estómago y pensó que, seguramente, a él no le hubiera, importado.

Eso era lo que más le molestaba, el poco interés de Damien por las cosas. Lo único que le interesaba era que lo dejaran en paz.

Abrió los ojos y empezó a subir las escaleras. Tenía que decirle algo y no sabía cómo iba a hacerlo.

-¿Está visible? -preguntó, llamando suavemente a su puerta.

-No, estoy bailando desnudo sobre la bandeja del desayuno.

Su voz sonaba más suave, a pesar del sarcasmo.

-Menos mal que me he traído la cámara.

Cuando abrió la puerta lo encontró de pie frente a la ventana, mirando el paisaje otoñal de los últimos días de septiembre. Aunque nunca se acostumbraría a verlo en calzoncillos, intentó que no se notara en su expresión.

-Llevo en la cama treinta y seis horas. Necesito mis pantalones.

-Apenas ha estado en la cama. Lo he oído caminar por la habitación toda la noche -dijo ella, pensando que él estaba allí de pie, medio desnudo, para que se fuera rápidamente, pero Helen tenía una misión y no se dejaría amedrentar.

El hombre no dijo nada.

-Le daré sus pantalones. De hecho, he traído toda su ropa de la casa. No puede quedarse allí y usted lo sabe -dijo acercándose a él.

-¿Y quién demonios te ha dado derecho para hacer eso?

Los dos sabían que no tenía ningún derecho. Elisa le había estado recitando toda una página del código penal sobre el asunto, pero ella siguió creyendo firmemente que hacía lo mejor para él.

-Te estás pasando de la raya, niña.

-Lo sé -interrumpió ella, con convicción-. Y a pesar de todo, está hecho. Y si no le gusta, tendrá que aguantarse. Recuerde que mis hermanas y yo hemos prometido mantener el secreto, pero una caída más por esas escaleras lo mandaría al hospital; una situación muy pública para alguien que lo que busca es que todo el mundo lo deje en paz.

-Excepto tú, claro.

-Si tengo que cuidarlo, tendré que entrar y salir -dijo ella cruzándose de brazos.

-Eso también lo hacen los secuestradores.

Helen lo miró para decir algo, pero no encontró una buena respuesta.

-Si de verdad tienes veintiún años, espero que te des cuenta de que te juzgarán por secuestro y robo como a cualquier adulto.

Aquella amenaza la dejó asombrada, pero no la creyó. Lo último que él deseaba era notoriedad.

-Como ya le he dicho, tengo veintiún años y usted tiene treinta y cinco. Yo peso cincuenta quilos y usted unos ochenta. Yo mido un metro sesenta y usted un metro ochenta y cinco. Yo no tengo armas y usted lleva un bastón magnum del cuarenta y cuatro. ¿Quién iba a creerse que yo podría secuestrarlo?

Ella buscó algún signo en su cara de que se estaba ablandando, pero no encontró nada. Con una sonrisa que desaparecía a la vez que su valor, dijo:

-Vale. Comprendo que no quiere caridad, así que cuando se le pase el dolor de cabeza puede ayudamos a pintar el resto de las habitaciones. No abriremos hasta dentro de un par de semanas, así que podrá ganarse la comida y mantener su privacidad. Además, así hará algo -dijo metiendo las manos en los bolsillos del pantalón-. Y Elissa dejará de recitarme todas las leyes que estoy saltándome a la torera.

-También podría marcharme de la ciudad -dijo él.

-Por supuesto -dijo ella, encogiéndose de hombros, aparentado que no le importaba.

Damien volvió a mirar por la ventana. Viajar de incógnito hubiera sido demasiado complicado para él. Su cara era tan conocida que llamaría demasiado la atención. Y, además caminaba con mucha dificultad. Helen sabía que estaba sopesando las opciones. Cuando se volvió, sonrió con amargura.

-¿Cómo puedo declinar tan amable invitación?

-Estupendo. Traeré sus cosas para que se vista -dijo Helen sin poder ocultar su alivio.

-Eres demasiado buena para mí.

Helen recogió la bandeja y salió de la habitación.

-¡Damien! -la exclamación de Lucy era de preocupación-. No debía estar levantado.

Helen acababa de entrar en la cocina para preparar el almuerzo y se encontró a Damien con un bote de pintura en la mano.

-Dime dónde está el salón.

Lucy miró a Helen como pidiéndole consejo, pero no dijo nada.

Helen apretó las mandíbulas, sabiendo lo testarudo que podía ser aquel hombre.

-Yo lo llevaré al salón.

-Pero, Helen... -objetó Lucy.

-¿Qué podemos hacer? Es más testarudo que una mula -contestó a su hermana.

Salió de la cocina y esperó a que Damien la siguiera. Cuando llegó a su lado, intentó tomar el bote, pero él apartó el brazo.

-Yo lo llevaré.

-No estamos pintando el salón de ese color, señor Lord -dijo intentando volver a quitárselo-. Ese es color cereza para los dormitorios de arriba.. La pintura azul mar para el salón está en el armario al lado de la escalera.

Él dejó que ella le quitara el bote de la mano y que volviera a llevarlo a la cocina. Después, se dirigió hacia el armario. Se había quitado la venda de la frente; la herida estaba casi curada. Se había afeitado y llevaba unos vaqueros claros y una camiseta verde.

-¿Va a pintar con esa ropa? -preguntó Helen acercándose a él-. ¿No tiene ropa vieja?

Sin contestar, buscó el bote de pintura azul. Cuando lo encontró se volvió hacia ella.

-Esta es ropa vieja -contestó, yendo hacia el salón.

-Creí que no sabía dónde estaba el salón.

-Sé orientarme bien.

Entraron en el salón donde los muebles habían sido amontonados en el centro y cubiertos con telas. Elisa estaba pintando el rodapié y los miró desde su posición en cuclillas.

-¿Pero qué hacéis aquí?

-Creo que está planeando destrozamos el salón para que lo echemos -dijo volviéndose hacia Damien, que había dejado el bote de pintura, y se apoyaba en el suelo con una rodilla-. ¿No es así, señor Lord? ¿Es ése su plan? -sólo estaba bromeando a medias y confió en que su expresión no reflejara su ansiedad.

Damien la miró y después miró a Elissa.

-Tu hermanita es un poco paranoica, ¿verdad?

Elissa no sabía cómo reaccionar. Obviamente era una broma y empezó a reírse. Helen nunca había visto a su hermana reírse como una niña pequeña. ¡Hasta se había puesto colorada! Damien Lord podía no tener buena salud y podía haber perdido parte de su atractivo, pero no había duda de que, a pesar de sus cicatrices y su carácter, seguía teniendo carisma.

-Helen siempre ha sido muy confiada. Por el contrario, yo no lo

soy. 0 se lo he pegado yo o usted la está influyendo.

-Una mala influencia, supongo.

-Eso parece. Pero quizá sea lo mejor. Ella vive en otro mundo. No estaría mal que nos robara la cubertería para que Helen se diera cuenta de cómo es la realidad.

-Una de esas personas que llevan el corazón en bandolera, ¿no? -Damien miró a la persona de la que hablaban-. Qué lástima.

-Es verdad -dijo Elissa riendo.

A Helen no le hacía ninguna gracia que hablaran así de ella, como si fuera una extraña especie de hongo.

-¿Perdón? Hola, estoy aquí -los dos la miraron-. Siento interrumpir vuestra reunión de Cínicos Reunidos, pero por si queréis saberlo, no tenéis ninguna gracia.

Damien tomó el calzador con el que abrían las latas de pintura y volvió a mirarla, esta vez con seriedad.

-No voy a tirar este azul mar por el suelo, si es lo que estás pensando.

-¿Es que no entendéis una broma? ¡Estaba bromeando!

-Claro que sí, niña -dijo Damien abriendo la lata.

-Voy a subirme a la escalera para pintar el techo -dijo Elissa-. Helen, ¿te importa sujetarla?

La mirada de Damien volvió a la lata de pintura. Se había dado cuenta de que, debido a sus heridas, le dejaban que pintara la parte más fácil. Un hombre que había atravesado pantanos llenos de serpientes venenosas en sus reportajes sobre el narcotráfico, que había hecho sus crónicas esquivando las balas, tenía que conformarse con pintar la parte más fácil. Aquello le dolía, pero no dijo nada y empezó a pintar en silencio.

El sonido del teléfono hizo que Helen se asustara. Últimamente se asustaba por todo. Hasta el ladrido de Cracker le hacía saltar de la silla.

-¡Yo contestaré! -dijo Lucy levantándose de la mesa, donde estaban cenando los cuatro y yendo, a través de la despensa hasta el comedor para contestar la llamada-. ¡Es Stadler! -dijo gritando de alegría.

Cuando el corazón de Helen volvió a latir con normalidad, miró a Elissa.

-¿Quién es ese Stadler tan emocionante? -preguntó Damien.

Helen miró su plato y siguió comiendo. No se atrevía a hablar mal del novio de su hermana. Elissa se movió incómoda en la silla, sin duda también intentando guardarse la opinión sobre Stadler Tinsley

para sí misma.

La risa de Damien hizo que Helen lo mirara y se quedara paralizada. Su expresión alegre, cuando decidía usarla, era una transformación. No sabía lo que la había causado, pero ya no parecía tan aterrador. Quizá era porque comía regularmente o el hecho de que las hermanas reían y bromeaban unas con otras, involucrándolo en sus cosas sin darse cuenta. 0 quizá era la actividad lo que hacía que las preocupaciones se hubieran borrado de su mente. No tenía ni idea, pero fuera lo que fuera su corazón dio un vuelco ante aquella sonrisa abierta.

-Veo que ese Stadler del que no queréis hablar es un imbécil.

Helen intentó no sonreír, pero perdió la batalla. 0 Damien era muy perceptivo o su hermana y ella no tenían ningún control sobre su expresión facial.

-Bueno, no es eso -dijo por fin Helen-. Es que Stadler y Lucy debían haberse casado el verano pasado. Él es profesor de teatro en la Universidad de Kansas, pero unas semanas antes de la boda le ofrecieron la oportunidad de interpretar a Hamlet, así que la boda se retrasó. Ahora está de gira en Australia. La llama una vez a la semana y habla sobre sí mismo durante diez minutos. Lucy intenta hacernos creer que el retraso no le afecta, pero...

-Lucy es una chica preciosa, y parece una buena persona. Ese Stadler no debe ser muy listo.

Helen sintió una sensación extraña. Lucy era dulce y guapa como un ángel y Damien se había dado cuenta, como lo habría hecho cualquier hombre. Además, ¿a ella qué le importaba que se fijase en otras mujeres? Eso no era asunto suyo.

-Bueno, nosotras creemos que lo de ser actor es algo que tenía que hacer alguna vez y que el aro que viene se casará con Lucy -dijo Elissa.

-¿El año que viene? -preguntó Damien mirando hacia el comedor-. Espero que nadie se la robe antes de que vuelva -dijo murmurando como para sí mismo.

El corazón de Helen dio un vuelco, pero no dijo nada.

-Lucy es muy fiel -dijo Elissa para romper el silencio-. Ella nunca miraría a otro hombre.

-Entonces ese tío tiene suerte -dijo Damien mirando a Helen-. Y hablando de suerte, la cena estaba muy rica, niña -dijo sonriendo de nuevo.

Helen sintió que esa sonrisa le llegaba hasta lo más hondo y que se ruborizaba hasta la raíz del pelo. Aquella rara muestra de agradecimiento la pilló tan desprevenida que no pudo ni moverse.

-Tampoco sabe aceptar un cumplido -dijo Damien mirando a Elissa.

Elissa miró a Helen con curiosidad.

-¿Ah, sí? No me había dado cuenta.

-¡Claro que sé aceptar un cumplido!. Lo que ocurre es que dice tan pocos que no me lo esperaba.

-La mayoría de las cosas que haces son ilegales, así que no puedo hacerte demasiados.

-¡Muchas gracias, señor Lord. Recuérdeme que no le salve la vida la próxima vez que se caiga por las escaleras!

Elisa dejó la servilleta sobre su plato vacío, sin molestarse por la discusión.

-Perdónela, señor Lord. Es muy joven y aún no ha aprendido buenas maneras, como por ejemplo, no gritar a un invitado.

Helen pensó que iba a explotar. Se sentía humillada.

-Yo lavaré los platos, Helen. ¿Por qué no haces algo para calmarte? Meter la cabeza en un cubo de agua fría, por ejemplo.

Aún mortificada como se sentía, Helen sabía que su hermana estaba recordándole que no mezclara sus emociones con Damien Lord. Desgraciadamente, debía haber notado la expresión de su cara cuando Damien empezó a hablar de su hermana Lucy. Pero esta vez estaba equivocada, pensó Helen. Muy equivocada. No estaba celosa porque Damien Lord encontrara a Lucy guapa y encantadora. Sólo estaba enfadada porque... porque...

Decidió dejar de pensar en las razones por las que se había enfadado.

-¡Estoy muy bien, gracias! -aunque estaba gritándoles a los dos, intentó evitar su mirada y se quedó mirando el mantel-. Y además... -de repente, recordó algo-. ¡El pájaro!

Salió corriendo de la cocina y bajó a saltos las escaleras hasta una de las habitaciones del piso de abajo, la que utilizaban como cuarto de lavar.

Sobre la lavadora había una caja con agujeros. Helen quitó el libro que había sobre la tapa y levantó ésta cuidadosamente.

-No pasa nada, bonito. Enseguida te suelto.

Subió la escalera con la caja y se dirigió hacia la puerta que daba al jardín desde la cocina. Intentó abrirla, pero lo que había dentro de la caja se movía demasiado.

-¿Pero qué es eso? -preguntó Damien detrás de ella.

Elissa la miró mientras quitaba los platos de la mesa, con una de esas miradas suyas que querían decir que era un caso perdido. Pero era una mirada cariñosa, Helen lo sabía.

Damien abrió la puerta antes de que ella pudiera hacerlo y la acompañó hasta los escalones.

-¿Has ido al psiquiatra a consultarle sobre tus pasatiempos?

Sin hacer caso del comentario, bajó los cuatro escalones hasta el jardín, donde las ramas de los robles y las matas de algodón se movían con la brisa. Sujetando fuertemente la caja, levantó la tapa y casi inmediatamente un montón de plumas marrones salieron volando hacia el cielo.

-Adiós -dijo sonriendo tristemente-. Ten cuidado, Marvin.

-¿Marvin? -la voz sonó tan cerca que a Helen se le cayó la caja al suelo-. Es gratificante ver que a algunos los dejas ir.

-Ojala pudiera meterlo a usted en una caja -dijo Helen dando un paso atrás.

-¿Dónde crees que estoy, niña?

No le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación y se agachó para recoger la caja.

-Tengo que volver para ayudar a mi hermana.

Damien la tomó por la muñeca y ese roce la dejó in

capaz de articular palabra.

-¿Qué ha hecho ese animal para recuperar su libertad?

Helen apretó los dientes, reuniendo valor para soltarse. De un tirón, se soltó y dijo:

-Ese gorrión se golpeó contra el cristal de mi ventana esta mañana. Estaba asustado y lo guardé en una caja para que mi gata no se lo comiera.

-¿Para qué te has molestado? Hay millones de pájaros como ese.

-Cada uno es importante, señor Lord.

-Nunca has vivido en Nueva York -dijo él bromeando.

Le gustaba que bromeara, pero no sonrió. Había vuelto a sujetarla del brazo y la llevaba hacia la casa.

-¿Le pones nombre a todos tus clientes?

Ella no lo miró. Siguió mirando las ramas de los árboles, preguntándose si Marvin la estaría mirando desde alguna de ellas, dándole las gracias o irritado por haber perdido todo un día tontamente.

-Sí -admitió ella-. Le pongo nombre a cada criatura que cuido.

-¿Y a mí cómo me has puesto? -preguntó, obligándola a darse la vuelta para mirarlo. Los ojos de Helen estaban a la altura del cuello de él y sintió la absurda urgencia de acercar sus labios y besarlo, de acariciarlo con la lengua.

-¿Y bien? -insistió él.

Ella estaba sorprendida por lo que la estaba pasando. Con un

movimiento de cabeza que era más un escalofrío que una respuesta, se dirigió hacia la puerta.

-El cabezota -musitó.

-¿Quieres que te diga cómo te llamo yo?

-¡No! -dijo cerrando la puerta tras de sí e incapaz de hacer nada más que apoyarse en ella.

Unos segundos más tarde, unos golpecitos en la puerta hicieron que se asustara y volviera a tirar la caja.

-Me parece que el señor Lord quiere entrar -dijo Elisa desde el fregadero-. Vamos, digo yo.

Lucy estaba secando un plato y se volvió para encontrarse con su hermana apoyada en la puerta, a punto de desmayarse.

-Helen, ¿qué te pasa?, ¿te ha picado el pájaro?

-Ojala sólo fuera eso -musitó Elissa.

Descorazonada por la insinuación de Elissa, Helen se apartó de la puerta como si fuera un hierro candente.

-No está cerrada, señor Lord -dijo con voz entrecortada dirigiéndose al sótano.

Mientras escapaba hacia su habitación, oyó cómo entraba en la cocina con su bastón, pero no quiso verlo y no quiso saber cómo la llamaba. Seguramente sería algo así como «La pequeña secuestradora» o «La chantajista» o «La pequeña Helen Hitler», algo desagradable y sarcástico.

Cerró la puerta de su cuarto de un portazo, deseando apartar a Damien Lord de su mente. En un par de días iría al baile con su verdadero amor, Hirk Boggs. Todas las absurdas fantasías sobre el hombre del piso de arriba tenían que desaparecer. ¡Y tenían que hacerlo rápidamente!

El sábado por la noche llegó lleno de malos presagios. Helen intentó con todas sus fuerzas encontrar las cualidades en la personalidad de Hirk Boggs. Después de interminables horas bailando e intentando mantener una conversación con él, no había sido capaz de sentirse ni siquiera mínimamente atraída hacia él.

Lucy y Elissa también habían ido al baile, pero sin pareja. Lucy, naturalmente, porque ya estaba prometida y en la vida de Elissa lo único que existía era su futuro hotel. No tenía ni tiempo ni interés en mantener relaciones. Pero las dos sabían que era su obligación, como nuevas propietarias, mezclarse y charlar con los vecinos de Branson.

A Helen no le había sorprendido que sus hermanas fueran amables con Hirk, aunque ambas la habían mirado como si estuviera loca por

aceptar una cita con un hombre que podía ser su padre, y un padre no muy listo, por cierto.

Aunque no habían hecho ningún comentario, Helen sabía que tenían razón. No sentía nada por Hirk Boggs y cuando la llevó a casa, lo único que deseaba era salir corriendo del coche. Fingiendo un tremendo dolor de cabeza, evitó el temible beso de despedida. Cuando entró en la oscura casa, estaba punto de llorar.

Thalia y Cracker la recibieron alborozados y su amor levantó un poco su ánimo. Pero cuando, después de recibir sus caricias, se alejaron, Helen seguía sintiéndose demasiado alterada como para dormir.

Lucy y Elissa se habían quedado charlando con el alcalde y otras personalidades de Branson y tardarían al menos una hora en volver a casa. No podía contárselo a nadie. ¿Qué iba a hacer? Lo había intentado, de verdad lo había intentado. ¡Pero casarse con Hirk Boggs sería como casarse con el espantapájaros del

Mago de Oz!

Sabía que, incluso si conseguía dormirse, sus sueños seríann horribles. Soñaría con la horrible boca de Hirk Boggs buscando la suya. Se sujetó a la barandilla de la escalera e intentó apartar de su mente aquel pensamiento tan desagradable. Dándose la vuelta se dirigió hacia el jardín y allí dejó que sus lágrimas brotaran libremente.

Sollozando tan violentamente que casi se ahogaba, salió del jardín y abrió la verja de un golpe. Cuando Llegó al bosque la oscuridad era absoluta, justo lo que ella deseaba. Prefería que el ambiente fuera tan negro como su alma. Estaba destinada a una vida sin amor, sin felicidad, con un retrasado tímido y excéntrico.

-Helen, ¿qué te ocupe? -dijo una voz ronca.

Ella levantó la cabeza y buscó entre las sombras, limpiándose las lágrimas.

-¿Dónde está? -preguntó.

-Aquí -dijo él saliendo de detrás de un árbol-. ¿Estás herida?

Ella negó con la cabeza, pero no podía hablar.

Damien se acercó a ella y le pasó un brazo un poco torpe sobre los hombros. Helen pensó que no debía estar acostumbrado a consolar mujeres.

-¿No me digas que tu amigo el desdentado ha intentado propasarse?

Mientras hablaba, su barbilla rozaba su frente y, sin darse cuenta, Helen levantó la cara y la puso en su cuello. Olía al aroma del bosque en una noche de otoño y a algo masculino, invitador que la calentó por dentro. Sintiéndose sola y perdida, presionó su mejilla contra él y

cerró los ojos, saboreando aquel contacto con su piel. Curiosamente, su corazón pareció menos pesado y su espíritu empezó a salir del infierno en el que la había hundido Hirk Boggs.

-¿Helen? -repitió él suavemente-. ¿Qué te ha hecho?

Aunque su abrazo era protector y suave, Helen se dio cuenta de que era aún más fuerte de lo que parecía y se encontró a sí misma deseando apretarse contra él. En su interior, una vocecita le decía que lo hiciera, pero su timidez lo impidió; nunca se atrevería a hacer tal cosa. Al fin y al cabo, él sólo estaba siendo amable.

-Hirk es un hombre muy bueno -dijo temblorosa-. Él no me ha hecho nada.

Durante unos segundos se quedaron en silencio y el mundo de Helen pareció reducirse a aquellos brazos. Los brazos de Damien eran suaves y cálidos; la presión de sus dedos en su espalda, era reconfortante, transmitía seguridad. No había ninguna lujuria en su acción y Helen sintió una absurda pena por ello; la tomaba por una niña.

-¿Entonces, estás triste porque no ha intentado nada? -preguntó acariciándola con su aliento-. Su pon,go que eso también puede ser triste.

El empezó a aflojar la presión de sus brazos y Helen se irguió, incómoda.

-¡No! -gritó, abriendo los ojos con tristeza. ¿Significaba ese grito una súplica para que no la soltara?.

Helen respiró con dificultad. Aunque apenas podía ver su cara, sabía que su expresión tenía una pizca de sarcasmo, como si creyera que estaba teniendo los típicos problemas de una niña cuando se enfrenta con la sexualidad adulta.

-No es lo que está pensando -protestó ella.

-¿Y qué es lo que estoy pensando?

Ella cruzó los brazos sobre su pecho, sintiendo frío al haberse quedado sin el calor masculino.

-Que me da miedo el deseo de un hombre. Y no es verdad.

Él pareció un poco sorprendido y ella se quedó cortada. ¿Cuándo se iba a meter en la cabeza que él no pensaba en ella como en una mujer en absoluto?

-¿Crees que eso es lo que estaba pensando?

-Pues...

-Sólo estaba pensando que me alegro de que no te haya pasado nada.

Ella se quedó mirándolo, atónita por aquella declaración de amistad.

-¿De... verdad?

-¿Me he comportado como un cerdo, verdad? -preguntó riéndose-. No te lo tomes como algo personal, niña. Yo no te odio -dijo solemnemente.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, pero no pudo responder porque se sentía como en trance. ¿Que no la odiaba? ¿Podría eso querer decir que le gustaba? El corazón de Helen dio un vuelco.

La expresión de él se volvió seria y ella tuvo la terrible sospecha de que había leído sus pensamientos. Probablemente había tenido que apartar de sí a cientos de mujeres enamoradas y, sin duda, estaba pensando que ella podía convertirse en otra de esas pesadas.

Además, ella quería un hombre dulce y normal como marido. Quizá un poco más guapo y menos raro que Hirk, pero Damien Lord era la antítesis de su marido ideal. Siendo la clase de hombre famoso y atrevido que era, era obvio que le encantaban el peligro, la adulación de las mujeres, las luces y la acción, la falta de raíces. Cuando se recuperase volvería a todo aquel mundo de glamour. Sería una idiota si dejara que un hombre tan poco apropiado le robara el corazón.

Inconscientemente, se apartó un paso de él.

-No se preocupe, señor Lord, yo tampoco estoy loca por sus huesos.

Después de decirlo, pensó si él la habría entendido. Ni ella misma sabía lo que estaba diciendo, cuando añadió:

-Además, yo ya estoy... -su voz se cortó al acordarse de Hirk, la razón por la que había salido corriendo envuelta en sollozos.

-¿Qué demonios te ha pasado esta noche?

Ella se tragó un sollozo y se frotó los brazos para entrar en calor.

-No quiero crearle ningún problema.

-Cuéntamelo.

-Vale -dijo mirándose las manos. Incapaz de mirarlo, miró a la oscuridad. Sólo podía ver la sombra fantasmal de algunos nogales-. He intentado cumplir mi destino, pero no puedo hacerlo, no puedo casarme con Hirk Boggs. Lo único que siento cuando estoy con él es una náusea en el estómago -dijo frotándose las manos-. Además, insiste en que me ponga papel de aluminio en la cabeza.

Tenía el corazón acelerado, anticipando la risa de Damien. Una suave brisa movió las hojas sobre sus cabezas y removió su pelo. Se quitó un mechón de la cara, esperando, llena de pánico. Cuando Damien empezó a reírse, estaba preparada, pero, aún así, la dolió. Cerró los ojos, arrepintiéndose de haberle contado nada y se dio la vuelta.

-¿Papel de aluminio en la cabeza? -su risa sonaba como un trueno en la noche.

Se dio la vuelta para decirle que se callara, regañarlo, pero al ver sus anchos hombros tan cerca, tan viriles, tan invitadores, sintió algo por dentro. Enfadada consigo misma y sus traidoras emociones, dijo con rencor:

-¡Me alegro de hacerle tanta gracia, señor Lord!. ¡Buenas noches!

No había dado un paso, cuando él la sujetó por el hombro. Aunque no había insistencia en el contacto, ella se paró en seco como si él le hubiera lanzado un ancla.

-Espera un momento -la presión de sus dedos la hizo girarse hacia él-. ¿Qué es eso del destino? ¿Te prometieron a él unos gitanos o algo así?

Ella negó con la cabeza. Sin atreverse a mirarlo, dijo:

-Es el mito de la mansión D'Amour.

-No te entiendo -dijo él, poniendo ambas manos sobre el bastón.

Era obvio que llevaba demasiado tiempo de pie y que le dolía la pierna. Helen se sintió culpable por no haberse dado cuenta antes. Pero desde que aquello había empezado, no podía marcharse.

Aunque estaba segura de que era una pérdida de tiempo, le contó la historia del mito de la mansión D'Amour. Cuando le contó cómo se había colado aquella noche en la casa y cómo el primer hombre que se encontró después de aquello fue Hirk Boggs, lo miró para espiar su reacción, pero su expresión era hermética.

-¿Cómo puedes creer esas tonterías y llamarte a ti misma adulta?

Su reacción la dejó desinflada. Sabía que reaccionaría de aquella manera, así que no debía dolerle tanto.

-Olvídelo -dijo, dándose la vuelta-. No sé por qué he pensado que podía confiar en usted.

-No tengo ni idea, niña.

-¡A lo mejor ha sido porque usted me preguntó! Pero no se preocupe, no volveré ha molestarlo con la historia de mi vida -dijo, levantando la barbilla y alejándose.

-Una cosa -llamó él, impaciente-. Te equivocas en un detalle de la historia.

-¿Qué quiere decir? -preguntó, parándose en seco.

-Hirk Boggs no fue el primer hombre que viste.

Mientras su subconsciente absorbía aquel comentario, él la miró con una sonrisa sarcástica. De repente, Helen se dio cuenta de la verdad. ¡El primer hombre había sido Damien Lord!

-Oh, Dios... -murmuró, sujetándose a un árbol para no perder el equilibrio-. Usted.., no puede ser.

-Y tú que creías que las cosas no podían empeorar.

CAPÍTULO 5

SU EXPRESIÓN de asombro hizo que Damien dejara de sonreír.

-Muchas gracias por tu entusiasmo, me hacía falta una inyección de moral -dijo acercándose a ella-. Creo que es hora de que entremos. ¿Te importa ayudar a un inválido?

-Pero usted no es un hombre dulce y familiar. ¿Cómo podría ser mi destino? -preguntó-. Yo quiero tener niños y estoy segura de que usted no quiere tener ninguno.

-¿Qué? -el tono era de auténtica sorpresa, como si no creyera lo que había oído-. ¿Niños? ¿De qué estás hablando?

-Bueno, quiero decir que usted es un ser humano muy valioso, pero no es lo que yo esperaba.

-Espera un momento. Yo sólo estaba bromeando -mirándola fijamente, señaló la casa con la cabeza-. Entremos. Esta pierna me está matando.

Él empezó a alejarse, arrastrando la pierna lamentablemente. Con una sentido maternal de protección, o quizá la necesidad de tocarlo, se escurrió bajo su brazo como pudo e intentó ayudarlo a entrar en la casa.

Los pensamientos de Helen estaban alborotados; la idea de casarse con Damien Lord no la disgustaba en absoluto. Había sido un héroe romántico para la mitad de las mujeres del mundo durante mucho tiempo y ahora era el hombre que el destino había preparado para ella. Era todo tan nuevo que necesitaría un poco de tiempo para hacerse a la idea. Se sintió invadida por una súbita dulzura y pensó que quizá podría acostumbrarse a la idea de no tener hijos si de verdad él no los deseara.

-Gracias por tu ayuda -dijo él, apoyándose en ella-. Creo que hoy me he pasado con el ejercicio.

Helen pasó el brazo alrededor de su delgada cintura y sintió sus músculos en la palma de su mano.

-¿De verdad no cree en el mito? -preguntó con el corazón acelerado.

-Oye, niña, ¿quieres olvidarte del tema?

-¿Eso quiere decir que no?

No sabía qué pensar. Por un segundo, el aventurero robacorazones, Damien Lord, había sido su verdadero amor; al menos, en su mente. Pero, probablemente, no era más que una chiquillada. Cualquier persona sensata le diría que nunca lo había tenido, así que no podía haberlo perdido.

-Es un no -contestó él, interrumpiendo sus pensamientos.

Llegaron a los escalones. Él levantó el brazo para sujetarse a la

barandilla y se volvió para mirarla.

-Helen.

El corazón de ella dio un salto al oír su nombre de aquella forma tan dulce, pero contuvo el aliento, sospechando que estaba a punto de volver a herirla, aún sin desearlo.

-¿Sí? -preguntó intentando que las lágrimas no asomaran a sus ojos.

-El matrimonio nunca ha entrado en mis planes. Además, estoy comprometido con una persona desde hace mucho tiempo.

Helen intentó tragar saliva. Ésa fue su única reacción exterior, pero interiormente algo se había hundido, Se sentía extrañamente abandonada, como si su ingenua visión del mundo hubiera muerto para siempre.

Helen se preguntó si todas las jóvenes conocerían el momento exacto en el que se habían convertido en mujeres adultas. Desgraciadamente, ella sí; aquél era el momento. Pero no era una experiencia agradable, como ella había pensado. Sentía como si le hubieran dado un puñetazo.

Aclarándose la garganta, intentó sonreír.

-Me alegro por usted -la frase sonó ronca y al decirla se dio cuenta de que él tampoco parecía muy feliz-. ¿Dónde está ella?

La pena se reflejó en sus facciones. ¿0 era sólo una ilusión? En la oscuridad, no podía estar segura.

-Nanette lleva una vida social muy intensa. Está en Europa -dijo sujetándose de nuevo a la barandilla para subir los escalones-. Va a venir a verme la próxima semana.

Helen casi no entendió la última frase porque la dijo entre dientes. Cuando comprendió lo que había dicho, subió los escalones corriendo y se colocó frente a él.

-¿Aquí? ¿Va a venir aquí?

El subió el último escalón y se colocó a su lado.

-A menos que no quieras.

-No, no hay ningún problema. Nanette será bienvenida -dijo, rodeando de nuevo su cintura.

Al decirlo, experimentó un absurdo sentimiento de celos, considerando que ese hombre era muy diferente de lo que ella había imaginado como marido. Sin palabras, él acepto su ayuda y abrió la puerta.

En el silencio de la casa, su aroma masculino la envolvió y Helen quiso huir de los sentimientos que despertaban aquel olor y la proximidad de su cuerpo. Pero no lo hizo, no era capaz. Necesitaba su ayuda para llegar a la habitación. Cuando llegaron a la escalera, ella

se obligó a sí misma a preguntarle:

-¿Necesitará una habitación o...? -no podía terminar la frase. La imagen de Damien y aquella mujer entre las sábanas impedía que pudiera seguir.

Su risa triste la sorprendió y lo miró a la cara. La luz de la lámpara cerca de la puerta de entrada daba a sus facciones un relieve cortante. Con una sonrisa triste en los labios dijo:

-Hace tiempo que no me ve. Será mejor darle unos días.

Así que aquel era el problema, pensó Helen. Damien estaba preocupado por la reacción de Nanette ante sus cicatrices. Sentía tanta compasión por él que no pudo hablar. Durante todo aquel tiempo él había estado asustado como cualquier ser humano, asustado de ser abandonado por alguien que amaba. Su triste comentario reveló lo vulnerable que era en realidad. Parecía significar que si perdía a aquella mujer, se hundiría para siempre; el Damien Lord que había conocido desaparecería y lo que quedase sería sóloo el caparazón de un hombre.

Le hubiera gustado reconfortarlo, darle ánimos, pero no tenía experiencia y no sabía qué hacer. Incapaz de decir nada, sólo se atrevió a apretar su cintura ligeramente, de forma cariñosa. Él se paró en seco, mirándola.

-Tú crees que en el momento que vea en lo que me he convertido, me dejará como todos los demás, ¿no es así?

Helen estaba atónita por aquella animosidad y no pudo contestar.

-Claro, y tú eres la niña que cree que hasta los gorriones valen algo.

Su constante cinismo y hostilidad la exasperaban. ¿Por qué los hombres, especialmente los hombres de carácter se volvían locos cada vez que notaban el mínimo asomo de piedad por ellos?

-¡Si Nanette lo abandona, será por su espantoso carácter, no por otra cosa! -dijo ella furiosa, apartándose de él-. ¡Y yo no la culparía si se volviera a Europa corriendo!

Se alejó de él a toda velocidad, confundida, enfadada y con un rencor tonto hacia la mujer que parecía ser la dueña del corazón de aquel hombre.

Era extraño cómo el tiempo parecía tener el poder de alargarse y acortarse a voluntad. Aunque Elissa había estado ocupada toda la semana entrevistando cocineras para el hotel y, por lo tanto, la pintura había ido más lenta, los días parecían pasar a toda prisa como si fueran lanzados por una flecha.

Helen observaba discretamente a Damien mientras pintaba cada día. Podía ver lo cansado que estaba y cómo le dolía la pierna, aunque estaba de pie durante horas y horas, sin quejarse. Pero no era el dolor en su pierna lo que hacía que no dijera una palabra. Ella sabía que se pasaba el día pintando como medio de relajación hasta que llegase su preciosa Nanette para llenar su corazón o para romperlo.

Mientras sacaba una bandeja del horno, oyó el familiar ruido del bastón de Damien en el suelo cuando entraba en la cocina. La cena estaba casi lista. Al día siguiente por la noche, Nanette estaría allí.

-¡Bueno, por fin he contratado a una cocinera! -anunció Elissa, quitándose la chaqueta y tirándola sobre una silla-. Estará aquí a primera hora de la mañana para revisar la cocina y comprar todo lo necesario -Helen sintió en el hombro el golpecito cariñoso de su hermana mientras dejaba sobre la mesa la bandeja-. Ya no tendrás que volver a cocinar, hermanita. Aunque lo has hecho fenomenal.

Helen sonrió, aunque no se sentía feliz. Estaba tan nerviosa como Damien, incapaz de concentrarse en nada, excepto en que Nanette llegaría al día siguiente.

-¡Estupendo, Elissa! -dijo intentando parecer alegre-. ¿A quién has elegido, a aquella tan habladora o a la señora de las mejillas coloradas?

-A la de las mejillas coloradas. Se llama Bella Pizzola. Fue cocinera en St. Louis hasta que su marido se retiró el año pasado. Ha muerto de repente y ella se siente sola -dijo Elissa-. Tiene un currículum impecable y necesita sentirse útil. No puede haber mejores referencias. Tenemos suerte de que quiera volver a trabajar.

-¡Hurra! -gritó Lucy saliendo de la despensa. Acababa de hablar por teléfono con Stadler y eso siempre le levantaba el espíritu-. Stad dice que ha tenido unas críticas buenísimas. Está encantado.

Elissa, Helen y Damien se dieron la vuelta a la vez para mirarla y, encontrándose de repente como foco de atención, Lucy se puso colorada.

-Ah, perdón, no quería...

-¿No querías qué, hablar? -bromeó Elissa-. Bueno, mientras no vuelva a ocurrir -dijo señalándole a Lucy su silla-. Estaba diciendo que acabo de contratar a una cocinera.

-Bella, seguro -se adelantó Lucy, colocándose en su asiento-. Tenía una expresión muy agradable.

Elissa estaba sorprendida.

-Bueno, sí, pero no la he contratado por su cara agradable.

-Pues yo sí lo hubiera hecho -dijo Lucy sirviendo agua en todos los vasos-. Y hubiera hecho bien.

Helen se sentó frente a Damien y Elissa a su izquierda. Con una sonrisa, la pelirroja se colocó la servilleta en el regazo y miró a Damien con expresión sarcástica.

-¿Qué voy a hacer con ellas? -preguntó fingiendo seriedad-. Las dos tienen tan buen corazón que es un peligro.

Damien había sonreído muy poco durante toda la semana y Helen lo miró hipnotizada cuando sonrió con expresión burlona.

-Yo las encerraría en el sótano por su propia seguridad.

-Eres un sabio.

-No es sabiduría, es desfallecimiento por hambre. Elissa, vamos a comer, por favor -dijo Helen.

Helen seguía recordando la breve sonrisa de Damien mientras daba vueltas en la cama, incapaz de dormir. No sabía por qué se tomaba los miedos de él de una forma tan personal, pero sentía tanto pánico por la reacción de Nanette ante las cicatrices de Damien como él mismo.

Él le había contado que Nanette lo visitó en el hospital después del accidente, pero que se había tenido que ir a Europa para cumplir con sus obligaciones sociales, antes de que le quitaran las vendas. Era cierto que sus cicatrices eran atroces y que ya no tenía el aspecto de modelo de portada que solía tener, pero seguía siendo el hombre brillante e inteligente que había sido y Nanette tendría que darse cuenta. Tenía que apreciar el hecho de que un hombre de su calibre la amase.

Su gemido de frustración rompió el silencio de la noche. Helen estaba furiosa consigo misma por aquellos pensamientos. ¿Qué le estaba pasando? La vida amorosa de Damien no era cosa suya. Desde debajo de la almohada miró el despertador. Las cuatro de la mañana. Darle golpes al colchón no le había valido de nada y la pobre Thalia al final había saltado de la cama, cansada de intentar colocarse en una posición cómoda.

Helen tuvo que enfrentarse con el hecho de que debería hacer algo, ya que no podía dormir. Como cocí-, nar era algo que la relajaba, decidió subir a la cocina y preparar un pastel de higos, un postre tradicional en su familia.

Media hora más tarde, su mezcla de harina, azúcar, higos secos y melaza estaba preparada para entrar al horno. Se le hacía la boca agua y se sentía un poco menos tensa. No había nada como cocinar para olvidarse de los problemas.

Cuando levantaba la fuente para colocarla en el horno, se preguntó si a Nanette le gustarían los higos y, con un gesto, decidió que le

importaba un higo si le gustaban o no.

Se rió en voz alta.

-Nanette, me importa un higo si te gustan los... ¡Aaaay!

Acababa de resbalar con algo húmedo en el suelo y, aunque no había llegado a caerse, su cara, su cuello y la parte superior del camisón estaban empapados de la mezcla pastelera.

-Adiós al pastel de higos -susurró, limpiándose la cara.

Miró el reloj de la pared, eran las 4:36. Con un gemido de desesperación, se miró a sí misma; estaba hecha un asco. Se acercó a la pila y empezó a lavarse; la mezcla era demasiado pegajosa como para quitarla. Había que lavar el camisón de algodón inmediatamente si no quería que se estropeara.

Encogiéndose de hombros, se lo quitó. Nadie iba a ver que sólo llevaba las braguetas. Nadie se levantaría al menos en una hora, así que podía lavar el camisón tranquilamente.

Cuando estaba lavándolo, oyó un ruido cerca de la cocina y se dio la vuelta hacia la puerta.

Para su horror, Damien acababa de entrar. Cuando sus miradas se cruzaron, él se paró en seco y Helen vio un brillo de deseo en sus ojos.

Con el corazón en la garganta, intentó cubrir su pecho con las manos y dio un paso atrás buscando algo, lo que fuera, para cubrirse.

-¡Vaya! -exclamó Damien mirándola.

Tocó algo de tela y se lo colocó delante, pero cuando se dio cuenta de que no era más que un pequeño paño de té, lo volvió a tirar, con los ojos clavados en los de Damien.

-¿Es que... es que no sabes lo que tendrías que hacer?

Damien la miró de nuevo de arriba a abajo.

-Debería ponerte un billete de veinte dólares en el tanga.

Aunque estaba intentando bromear, su voz sonaba ronca; no se estaba tomando aquello tan en broma como hubiera querido. Ella no sabía mucho sobre los hombres, pero él no estaba mirando aquel cuerpo como miraría el de una niña. Y, aunque la mañana era fresca, había gotas de sudor en su frente.

-¿Te vas a quedar ahí mirándome y haciendo bromas? ¡No eres un caballero!

-Lo estoy intentando. Pero ha pasado mucho tiempo desde que...

Los dedos de ella tocaron otro pedazo de tela y lo tomó sin mirarlo. Era uno de los guantes para el horno y apenas podía cubrir unos centímetros de su anatomía femenina. Los ojos de Helen se llenaron de lágrimas, se sentía avergonzada hasta lo más hondo.

Con una maldición, Damien se acercó a la mesa. De un tirón levantó el mantel de flores y se lo puso encima. Al hacerlo, había

tirado el bol de madera lleno de fruta que había en el centro de la mesa, que ahora rodaba por el suelo, desparramando naranjas y manzanas a su alrededor.

Temblorosa y mortificada, se sujetó el mantel como si su vida dependiera de ello.

-¿Qué está haciendo en la cocina a estas horas de la noche? -preguntó respirando con dificultad.

-Creí que era la nueva cocinera -contestó él serio, pero no enfadado.

-¡Ja! -contestó ella, aún demasiado enfadada como para pensar con claridad-. ¿Y por qué iba a venir la cocinera a estas horas?

Casi al mismo tiempo, oyeron un ruido en la puerta de entrada y una mujer con una enorme bolsa de tela entró en la cocina y dejó la bolsa en el suelo antes de darse cuenta de la escena.

-Ah, no les había... -su alegre saludo se convirtió en expresión de alarma cuando se dio cuenta del aspecto de Helen-. ¡Por Dios bendito! -exclamó echándose las manos a la cabeza-. Perdón, volveré más tarde -dijo saliendo y dando un portazo. La bolsa se quedó allí, como un incómodo recuerdo de lo que había ocurrido.

-No entiendo qué le ha pasado. Yo llevo un pantalón de deporte y tú, un mantel muy respetable -dijo Damien, sonriendo.

Helen se estiró, deseando darle un puñetazo por encontrar la situación tan divertida.

-No tiene ninguna gracia. ¿Qué le voy a contar a Elissa cuando vea que la cocinera ha desaparecido?

-Volverá.

Helen lo miró fijamente y eso fue un grave error; aquel hombre era una obra maestra de virilidad, con el torso bronceado y fuerte de un atleta. Llevaba el pantalón del chándal muy bajo en las caderas, mostrando la bronceada piel de su vientre.

-Espero que no vuelva. No podría mirarla a la cara -dijo ella, apartando la mirada.

-Claro que podrás.

-Por favor. Pensará que soy una... una casquivana -dijo ella acercándose a él, sin poder evitarlo.

-¿Y? -preguntó él con una sonrisa aún más amplia-. Cálmate, Helen. Estamos casi en el siglo veintiuno, no en la Inglaterra victoriana.

Ella se encontraba perdida, con los nervios a flor de piel. Para decir la verdad, no era la cocinera lo que la preocupaba. Era Damien. Su proximidad, el erotismo que desprendía vestido sólo con el pantalón, su aroma, su sonrisa y aquella mirada, la que había visto

antes en sus ojos. El recuerdo de aquella mirada la tenía inquieta y excitada.

Además, la mujer que amaba llegaría ese mismo día. Ese era otro problema añadido. Pero aún así, no podía evitar sentir lo que sentía. Para disimular, lo miró tan fríamente como pudo.

-Supongo que la galantería no está de moda casi en el siglo veintiuno, ya que sigue aquí burlándose de mi situación.

-Bueno, yo diría que estamos casi empatados -dijo él sarcástico-. Tú me viste desnudo, ¿recuerdas?

Helen no podía imaginarse que sus mejillas pudieran enrojecer más de lo que lo estaban, pero en aquel momento sintió que iban a arder por combustión espontánea.

-Pero bueno, ¿qué estabas haciendo en la cocina? -preguntó él, oliendo a su alrededor e ignorando el bochorno de ella-. ¿Pastel de higos?

Helen había perdido la voz y lo único que podía hacer era asentir con la cabeza. Algo le dijo que él intentaba suavizar la tensión, cambiar de tema y tratarla de nuevo como a una niña, pero le iba a costar más de lo que él creía. Lo único que podría apartar su mente de aquella situación sería algo tan fuera de lo normal como que una araña gigantesca la atrapara en su tela.

Sonriendo francamente, se inclinó hacia ella como para hacerle una confidencia pero, en lugar de decir algo, lo que hizo fue pasarle la lengua por la barbilla.

-Me encanta el pastel de higos -murmuró-. Y siempre me lo como todo.

Helen se quedó sin respiración. El no la había tocado, ni la había abrazado apasionadamente, ni había metido la lengua en su oído. Y aunque no había sido más que un leve roce de su lengua, eso bastó para que Helen olvidara el incidente con la cocinera.

Cuando se apartó de ella, Damien había dejado de sonreír.

-No ha sido una buena idea, ¿verdad? -dijo él en voz baja.

-¿A usted qué le parece? -preguntó ella en un tono de voz más alto del que hubiera deseado.

Él la miró unos segundos más, antes de agacharse para recoger una manzana.

-Voy a llevarme lo que vine a buscar -señalando la pila, preguntó-; ¿Te importa?

Helen creyó que iba a decir algo más, pero debió pensárselo mejor.

-Haga lo que quiera. El camisón no se va a estropear -contestó Helen.

Después de lavar la manzana, salió de la cocina.

Helen se quedó allí, apretando el mantel contra ella y sintiendo un extraño calor. Pensó que en su sonrisa no había habido lujuria, sino sinceridad; una sinceridad peligrosamente atractiva.

Y aquella mirada había irradiado mensajes sensuales tan tentadores que tembló recordándola. Helen acababa de descubrir su nuevo e inquietante lado lascivo.

De pie en la cocina, envuelta en el mantel, Helen hizo una promesa. Se pondría como regla no ver nunca más a Damien Lord antes de que amaneciera. Era demasiado sexy a esas horas para que ella se sintiera tranquila.

CAPÍTULO 6

H ELEN NUNCA hubiera imaginado que un día podía hacerse tan largo. Aquel día no acababa nunca y no eran más que las dos de la tarde. La llegada de la pintura amarilla se había retrasado, así que no pudieron pintar la habitación del ático. Si la pintura hubiera llegado a tiempo, al menos hubiera servido para apartar su mente del tedioso tic-tac del reloj.

Por si aquello no fuera suficiente, Bella, la nueva cocinera, la miraba con cara rara. Aparentemente, a aquella mujer no le hacían gracia las mujeres «casquivanas». Seguramente, Damien venía de un mundo que se tomaba más a la ligera las desnudeces y los vestidos-mantel que las cocineras de St. Louis.

Lucy y Elissa habían salido a hacer unos recados y Helen no podía quedarse simplemente dando vueltas por el hotel. Thalia y Cracker estaban durmiendo y no parecían tener ganas de jugar, así que no tenía mucho que hacer excepto ir a algún lado; a cualquier lado.

Cuando abrió la puerta de entrada para salir a dar un paseo, se sorprendió al ver a Damien sentado en el porche.

-Hola -dijo él, con expresión solemne.

Helen se dio cuenta de que estaba pensando lo mismo que ella: Nanette llegaría en menos de cuatro horas.

-Hola -contestó ella mirándolo de reojo, avergonzada aún por el episodio de la madrugada.

-¿Dónde vas?

-A dar un paseo -contestó sin mirarlo, mientras bajaba los escalones.

-¿Te importa si te acompaño?

Helen sintió que su corazón se aceleraba. Deseaba estar sola. Bueno, más que estar sola, lo que deseaba era no verlo; la ponía nerviosa.

No oyó que se levantara de la silla, ni el sonido de su bastón. Aparentemente él se había dado cuenta de que ella estaba enfadada por su encuentro aquella mañana y no quería imponer su compañía.

Cuando llegó al último escalón, se paró sin darse cuenta. ¿Por qué no podía ignorar a aquel hombre y seguir su camino? Ella era la única que sabía que él estaba sufriendo, ésa era la respuesta. El hecho de que se hubiera despertado tan temprano aquella mañana probaba que se había pasado la noche dando vueltas en la cama, como ella, anticipando la llegada de Nanette.

Estar sentado, esperando, lo estaba matando. La compasión hizo que se olvidara de su deseo de alejarse de él y se volvió, sonriendo

incluso.

-Vamos -dijo con tono alegre.

Él asintió sin sonreír y se levantó de la silla. Helen lo esperó sin mirarlo; no quería mirarlo más de lo necesario. Nerviosa, su mirada se dirigió hacia el esplendor de las montañas Ozark en la tarde de octubre. Los nogales blancos y negros cubrían aquella tierra, con sus brillantes copas llenas de diminutas flores púrpuras.

Se había levantado una fresca brisa durante la noche y había dejado en el aire un cierto olor a invierno. Helen llevaba el jersey que le había regalado Lucy el día de su cumpleaños y lo apretó contra ella.

-¿Tienes frío? -preguntó él, a su lado.

La voz de él la tomó por sorpresa. No se había dado cuenta de que se había dejado envolver por el encanto del paisaje tan completamente. Lo miró, negando con la cabeza.

-Esto es precioso, ¿verdad? -preguntó ella a su vez.

Él miró a su alrededor pero por su expresión, Helen no supo decir si le parecía precioso o no le parecía más que una prisión multicolor.

-Huele a madera de nogal -añadió ella.

-¿Dónde quieres ir? -preguntó él sin sonreír.

-Por el camino, supongo.

-Vale -dijo él, cojeando a su lado.

-¿No te importa? ¿Y qué pasa si te ve alguien? -preguntó ella, tuteándolo por primera vez.

-No soy tan famoso. Ni siquiera tú me reconociste la primera vez.

-Lo decía por ti.

-¿De verdad? -preguntó él, mirándola fijamente.

Se había dado cuenta de que ella no deseaba estar con él y no se tragaba aquella preocupación por su privacidad.

-No quiero que volvamos a mencionar el incidente de esta mañana. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

Él abrió la verja de entrada para dejarla pasar y caminaron por el camino uno al lado del otro durante un rato sin hablar.

-¿Dónde está tu padre?

A Helen le sorprendió la pregunta por lo inesperado y porque de verdad parecía tener interés.

-Mi padre murió hace cuatro años, justo antes de que yo cumpliera los diecisiete

-Lo siento. .

-No fue de repente. Estaba enfermo del corazón y había vendido su negocio un año antes para descansar.

-¿Y os dejó el dinero para comprar el hotel?

Ella sonrió, sin preocuparse por lo directo de la pregunta. Al contrario, le encantaba que mostrara tanto interés.

-¿Esto es una entrevista? -preguntó sonriendo.

-Perdona -murmuró-. Es la costumbre.

Helen sintió por primera vez cómo debía echar de menos su trabajo.

-Mi padre nos dejó a cada una un poco de dinero. Y cuando Elissa decidió que no quería seguir siendo abogado, lo juntamos para comprar el hotel.

-Entonces Elissa os debe mucho -dijo él con expresión especulativa.

-La verdad es que no. Cuando murió mi padre, mi hermana nos mantuvo con su salario. Así que nosotras le debíamos primero -dijo Helen, metiendo las manos en los bolsillos de los vaqueros.

-¿No hubieras querido usar tu herencia para pagar la Universidad?

Helen miró hacia otro lado, con melancolía.

-Mi padre necesitó muchos cuidados durante su último año de vida. Y cuando murió, tuvimos que pagar todas las facturas del hospital. Cada una puso lo que pudo. Yo cuidaba niños y Lucy cosía. Incluso con el dinero que nos dejó mi padre, no teníamos suficiente para pagar algo tan caro como la Universidad -dijo Helen-. Lucy siempre ha sido muy hábil con las manos, sabe coser, bordar y yo...-dejó de hablar por un momento. Damien ya había oído lo que ella esperaba de la vida-. Bueno, decidimos juntar todo el dinero y montar un hotel.

Él se quedó pensativo unos segundos.

-¿Qué está pensando?

-Tu familia está muy unida. Eso ya no es habitual.

-A mí no me parece tan raro.

Él sonrió sarcástico, con una mirada de cínica sabiduría que hablaba de la crueldad, del vacío y la avaricia de los seres humanos, pero no dijo nada. Helen tuvo la sensación de que él había conocido lo peor del ser humano, no sólo por su trabajo si no por sus cicatrices. Siguieron caminando en silencio durante un rato. Cuando ella volvió a mirarlo, vio que tenía la mandíbula apretada y se dio cuenta de que volvía a pensar en Nanette. Después de unos interminables diez minutos, la atención de Helen se desvió hacia un ruido entre los arbustos no lejos de ellos y se quedó parada.

-¿Qué pasa? -preguntó Damien.

-Me parece que he visto algo -contestó ella, alejándose del camino.

-¿Y qué?

Ella le hizo un gesto para que se callara y se quedase donde estaba.

-Helen, no...

Ignorando su advertencia, se volvió hacia el ruido. Esta vez, estaba segura de que había visto algo entre los arbustos.

-Ven aquí, chiquitín -dijo agachándose y extendiendo la mano.

-Helen, ¿estás loca?

Ella se volvió sonriente con algo en las manos. Era una bolita de pelo blanco que maullaba y se debatía con sus patitas blancas.

-¡Damien! -llamó Helen-. Ven a ayudarme. Hay dos más.

Como no oyó que se moviera, se volvió con expresión suplicante.

-Por favor, ayúdame.

-¿Y si tienen la rabia?

-No pueden tener más de ocho semanas. Dudo que tengan algo más serio que un dolor de estómago -contestó ella, incrédula-. Ven.

Aún con expresión preocupada, él bajó por la pendiente de tierra hasta su lado. De pie, Helen, le ofreció el gatito.

-¿Qué quieres que haga con esto? -preguntó él.

-Apriétalo contra tu pecho para que se sienta seguro.

-¿Y si... -pero no terminó la pregunta.

-¿No estarás pensando en la palabra «caca»? -preguntó ella sorprendida.

-No, pero algo parecido -contestó él con media sonrisa.

-¿Esa pregunta es propia de un hombre que ha tenido que hacer reportajes en medio de una guerra? -preguntó ella, riendo.

Damien examinó al gatito con disgusto.

-Sí, pero en una guerra nadie te hace pis en la camisa.

Aún riendo, Helen se agachó para buscar a los otros gatitos. Estaban tan débiles que los atrapó sin apenas esfuerzo. Cuando tuvo en sus manos uno de color canela y otro de color castaño, miró a Damien indicando en la dirección del hotel.

--Tenemos que llevar a estos niños a casa.

-¿Por qué? -preguntó él, escéptico-. Aquí están bien. Aquí hay muchos ratones y cosas para comer.

-Pensar que unos gatitos pueden sobrevivir cuando son abandonados a su suerte no es más que una forma de no sentirse culpable. Estos animales están muertos de hambre y de cansancio -dijo poniéndoselos en la cara-. Aquí no sobrevivirían ni veinticuatro horas más. Si antes no se mueren de hambre, algún otro animal se los comería.

Helen sintió algo en su cara y sonrió.

-Están ronroneando. Saben que los vamos a ayudar y nos están dando las gracias. ¿No es precioso?

Él emitió una risa sarcástica, pero Helen tuvo el presentimiento de que ya no le preocupaba tanto si se hacían algo sobre su camisa.

-He tenido suerte -dijo Helen entrando en el baño con un cartón de leche evaporada y un cuentagotas en la mano-. He llamado a la tienda y allí estaba Lucy. Le he dicho que traiga algo de comida para ellos.

-Qué bien -dijo Damien, pero Helen no podía mirarlo en su lucha para mantener a los gatitos en el cuarto de baño y a Thalia fuera.

Cuando pudo por fin cerrar la puerta, lo miró. La mirada de él pasó de ella a los tres animalitos sobre la alfombra del baño. Los pobres apenas tenían fuerza más que para maullar débilmente.

-Mira niña, es tu casa, pero, ¿por qué tienen que estar en mi cuarto de baño?

Helen se sentó en el suelo y colocó uno de los gatitos en su regazo.

-Porque éste está más lejos de mi habitación y pensé que sería más fácil mantener a Thalia alejada.

Cuando estaba hablando, oyó un largo maullido y el sonido de unos ligeros golpes en la puerta.

-Sí, ya veo que Thalia no tiene ningún interés.

Helen no hizo caso. Llenando el cuentagotas de leche, lo puso en la boca del primer gatito, con cuidado para que no se atragantara. El cachorro empezó a chupar con avidez.

-Además, hay otra razón para traerlos aquí -dijo Helen, indicando que se sentara con ella en el suelo-. Así podrás darles tú la primera comida del día.

-Sí, claro.

Notó la ironía en su respuesta y lo miró con expresión solemne.

-¿Nunca has tenido que ayudar a una criatura indefensa?

-Sí, una vez -contestó él apoyándose en el lavabo.

¡Dios Santo!, pensó Helen, se está refiriendo al niño al que salvó la vida. ¿Cómo había podido olvidarlo? Incapaz de mirarlo, siguió llenando el cuentagotas.

-¿Nunca has tenido animales en casa?

-Mis padres apenas tenían tiempo para mí -contestó él, pasándose una mano por el pelo.

-¿A qué se dedicaban?

-Mi padre era arquitecto y mi madre cirujano. Ahora están retirados.

-Parece una familia con mucho éxito.

-¿Eso crees?

Su tono era irónico y ella lo miró, sorprendida.

-Bueno, pues ya que estás acostumbrado al éxito, ayuda a estos cachorros.

-Te olvidas que yo soy periodista. Nunca me comprometo.

Helen miró al animalito en su regazo. Había dejado de chupar y parecía ahíto, así que decidió dejarlo sobre la alfombra y alimentar al siguiente, la gatita de color castaño.

-Estás comprometido con Nanette -dijo, mordiéndose después la lengua. ¿Por qué había dicho aquello?

Helen notó que Damien se sentaba a su lado.

-Eso no es lo mismo -dijo sentándose y estirando la pierna herida.

-Quizá sí es lo mismo, ya que has dicho que no piensas casarte.

-Me estás dando la razón, niña. No me comprometo -dijo sonriendo.

A Helen le encantó aquella sonrisa, aunque era un poco cínica y se quedó sin saber qué decir. Para disimular su nerviosismo, le dio la gatita para mostrarle cómo debía alimentarla. Cuando él demostró que sabía hacerlo, Helen se levantó del suelo.

-Acabo de acordarme de que tengo otro cuentagotas.

-¿Me vas a dejar aquí?

Ella no tuvo más remedio que sonreír, ante el aspecto asustado de aquel hombre tan fuerte, con un gatito diminuto en la mano.

-Si te ataca, llámame. Vendré a salvarte -dijo con la mano en el picaporte.

-Muy graciosa -murmuró él.

Cuando volvió, Damien ya estaba alimentando al tercer gato.

-¿Qué tal?

-Bien. No se han muerto.

Helen se volvió a sentar a su lado, riendo.

-¿Te duele?

-¿La pierna?

-No. Ayudar a los demás.

-Me está matando -contestó él apartando la mirada. Estaba bromeando y los dos lo sabían. Mientras Damien alimentaba al gatito, ella observó su perfil. Tenía un mechón sobre la cara y la luz que entraba por la ventana le daba un brillo especial. Su presencia y su aroma masculinos eran demasiado fuertes para aquel diminuto baño. Seguía pareciendo emocionalmente tan lejano como si llevara un manto de soledad, pero Helen no creía que fuera algo deseado. Estaba atravesando un mal momento y, como a los animales del bosque, le gustaba estar solo para lamer sus heridas. Cuando se curase volvería a desear estar rodeado de gente.

Helen recordaba haberse fijado en su boca cuando lo veía en televisión. Siempre le había parecido una boca sonriente y agradable, pero ahora raramente exhibía una sonrisa que no fuera sarcástica. Aún

así, tenía una boca preciosa, con labios carnosos pero masculinos.

Desde esa posición no podía ver la cicatriz y su mirada subió hacia sus pestañas; eran largas y oscuras. Mientras lo miraba dar de comer a aquella bolita de pelo, Helen sintió que la envolvía una extraña calidez y sintió un escalofrío en su interior. ¿Qué era aquel sentimiento, aquella anticipación por algo que no se atrevía a mencionar?

Vio que movía los labios y cuando bajó la vista, el gatito estaba lamiendo su mano. Cuando sus facciones se suavizaron, el efecto fue devastador. Si le había parecido guapo antes, se había quedado corta. Damien era un ser humano maravilloso, no era sólo brillante y valiente si no un hombre tierno y sensible.

-Ya está harto -dijo él, soltando el gatito y mirando a Helen. Aquella boca firme y sensual estaba casi sonriendo-. ¿Ahora qué? -preguntó él dándole el cuentagotas.

Su proximidad y el roce de sus dedos enviaron un temblor por todo su cuerpo. De repente, sintió la urgencia de decirle que lo encontraba maravilloso. Con determinación, Helen se levantó y le dio un beso en los labios.

El roce de sus labios en los suyos le produjo tal placer que se tambaleó ligeramente y Damien tuvo que sostenerla para que no se cayera. Helen gimió, sujetándose a su cuello. No hubiera querido que aquel beso fuera más que un ligero roce, una expresión de aprecio, pero de repente sus labios no aceptaban las órdenes de su cerebro.

De la garganta de Damien salió un gemido ronco y Helen oyó cómo susurraba su nombre sobre su boca. Aunque tenía el presentimiento de que se arrepentiría de aquello durante mucho tiempo, abrió los labios como una invitación. Sabía que lo que estaba haciendo era una estupidez, pero ni podía ni quería evitarla.

Enredando sus dedos en el cabello de Damien, Helen apretó su boca lascivamente contra la de él, gimiendo con aquel contacto erótico. Damien era un hombre muy fuerte, podría haberla apartado de sí, pero no lo hizo. Al principio estaba sorprendido, pero la sostuvo cuando estaba a punto de caer y la apretó contra sí.

Helen no recordaba cuánto tiempo tardó, pero de repente sintió que él la estaba besando. El calor de sus brazos era masculino, excitante y ella se apretó más contra él mientras él le acariciaba los labios con la lengua. Sus manos se movían acariciando su espalda. Él gimió, mordiéndola el labio inferior.

Ella lo mordió a su vez y sus lenguas se unieron, rescatándola dulcemente de cualquier resistencia virginal. Ahora entendía las canciones de amor. Ahora entendía por qué la gente moría con el

corazón roto.

-Damien -suspiró ella, disfrutando su aliento y el sabor de sus labios.

-¡Maldita sea! -susurró él roncamente. Se mantuvo pegado a ella durante un instante, antes de apartarse. Su mirada echaba fuego y Helen sabía que aquel beso lo había afectado. Pero también pudo ver que estaba enfadado consigo mismo. Seguía pensando que era una niña.

-Damien, por favor... -su voz era tan suave que ni ella misma podía oírse-. Soy una mujer.

El la apartó suavemente de su lado. Su mirada la acariciaba, pero su expresión se había vuelto dura, distante. Con cada fibra de su ser temblando de deseo, lo único que pudo hacer fue quedarse en el suelo, humillada e hipnotizada por el conflicto que podía ver reflejado en la cara del hombre.

Con una maldición, Damien se apoyó en su bastón para levantarse.

-Será mejor que vaya a cambiarme.

Al principio, no entendió el significado de esas palabras, pero enseguida lo recordó; Nanette llegaría en una hora. La tristeza la envolvió mientras él salía del baño. Poniéndose las temblorosas manos en la cara, intentó ahogar un sollozo. Se estaba enamorando de Damien Lord. El se había dado cuenta y le había dejado claro que su afecto no era deseado.

Destrozada por aquel descubrimiento y sintiéndose tan indefensa como los gatitos, se limpió las lágrimas. Elissa tenía razón advirtiéndola que no pensara en un hombre como Damien Lord. Helen no sabía nada del mundo y no había podido evitarlo, aunque él no había hecho nada para tentarla.

Un escalofrío la recorrió y se abrazó a sí misma, apretando los ojos. Damien no era un perrito o un gatito herido. Era un hombre, un hombre adulto, sexual y terriblemente atractivo. Recordando las últimas semanas se dio cuenta de que su primer instinto era el correcto. Debía haber seguido corriendo y no haber vuelto la vista atrás. Pero ya era demasiado tarde. Ahora conocía a aquel hombre y le había dado su corazón, aunque sabía que estaba enamorado de otra mujer.

¡Qué estúpida, qué idiota había sido! En medio de su caos mental, Helen tenía un único pensamiento lúcido e irónico que se repetía una y otra vez, aunque ella deseara apartarlo de su mente.

Acunándose a sí misma en el suelo del baño mientras cantaba una absurda nana para los gatitos, miró al cielo con los ojos llenos de lágrimas.

-Escúchame, Nanette -dijo en voz alta ahogada por los sollozos-. Que tu alma se condene en el infierno si le rompes el corazón a Damien.

CAPÍTULO 7

ESTUVO mucho tiempo sentada en el suelo, antes de darse cuenta de que estaba monopolizando el cuarto de baño de Damien. De un salto, se levantó, tomó un pañuelo de papel y se sonó la nariz. Después se lavó la cara.

Cuando oyó el ruido de un coche que se acercaba, su corazón dio un vuelco. ¡Nanette! Con cuidado, pasó por encima de los gatitos y se metió en la bañera para mirar por la ventana.

Damien había salido al balcón que daba al jardín de la entrada y ella se apartó un poco para que no la viera. Se había puesto unos pantalones negros y un jersey de cuello vuelto del mismo color. Echándose hacia adelante, se apoyó en la barandilla y Helen se percató de que aquel movimiento marcaba aún más los músculos de sus brazos. La caprichosa brisa movía su pelo, que brillaba como el satén y Helen deseo poder tocarlo para apartarlo de su cara.

Incapaz de darse la vuelta, su atención se fijó en él, devorando con los ojos cada detalle de su cara, cada arruga de la ropa, cada músculo aparente debajo de ella. Aunque tenía un aire de autoridad y seguridad, de pie en aquel balcón, mirando el taxi que estaba parando frente a la casa, Helen vio que estaba apretando la barandilla tan fuerte que tenía los nudillos blancos.

Esa muestra de ansiedad la sorprendió y se dio cuenta de que no podía soportar su preocupación por otra mujer. Salió de la bañera y, apartando una lágrima, se agachó para mirar a los gatitos. Aquellos animalitos, cómodos y seguros, consolaron un poco su angustiado corazón.

Oyó el ruido del balcón de Damien al cerrarse y pensó que habría vuelto a entrar en la habitación para bajar a recibir a Nanette. Como Elissa y Lucy ya estaban abajo, Helen no tenía por qué bajar corriendo, aunque tenía que admitir que sentía curiosidad por saber cómo sería aquella Nanette. Damien no les había mostrado ninguna fotografía suya ni la había descrito nunca y ella no se había atrevido a preguntarle. Ahora se dio cuenta de por qué. No había querido oír a Damien describir los encantos de otra mujer.

Cuando salió del baño descubrió que Damien estaba a punto de bajarr la escalera, a escasos pasos de ella. Helen parpadeó con sorpresa, pero consiguió sonreír.

-Bueno, ¿cuál es el plan?

-Ya que Tom Cruise no me presta su cara, he decidido intentar el plan B -sonrió él, dejándola sin aliento.

-¿Cuál es el plan B? -preguntó Helen, atónita ante aquella tranquila actitud.

-Es un plan muy elaborado -bromeó él-. Tenemos que bajar la escalera.

Helen asintió, pero después se lo pensó mejor. Con dedos temblorosos, se alisó la camiseta y los vaqueros, diciendo:

-No estoy vestida para recibir a nadie.

-¿Tienes miedo? -preguntó él riendo-. No te preocupes, niña. Eres exactamente como Nanette espera que seas.

Helen no sabía si aquello era un cumplido o no y lo miró, indecisa, mientras él se daba la vuelta para apoyarse en la barandilla.

Lo observó mientras bajaba el primer peldaño, pero no encontró ningún signo de tensión en sus facciones; aquel beso había significado tan poco para él que la llegada de Nanette lo había borrado por completo de su mente, pensó Helen, sonrojándose.

Cuando llegaron al rellano, una morena bellísima apareció al final de la escalera, cada uno de sus cabellos largos colocado en su sitio, toda elegancia, toda sonrisas.

Helen observó la chaqueta burdeos entallada y la corta falda negra, que mostraba unas piernas perfectas. Un perfume delicado y caro llegó a su nariz; una fragancia tan odiosa para ella como la exquisita mujer que la usaba.

La sonrisa desapareció de aquellos labios carnosos durante unas décimas de segundo cuando vio a Damien, pero enseguida volvió a aparecer.

-¡Cariño! -dijo Nanette con los brazos abiertos-. ¡Dale un abrazo a Nan! -Helen vio varios anillos relucientes y carísimos, pero ninguno en el anular.

Elisa y Lucy aparecieron tras la recién llegada, con expresión amable pero seria. Helen se dio cuenta de que estaban nerviosas porque aquella mujer tan elegante iba a pasar la noche en un hotel que olía a pintura y en el que la mayoría de los muebles estaban cubiertos con telas.

Damien rió, un sonido rico en aquel silencio.

-¿Quién es esta extraña que quiere abrazarme? -su sonrisa era irresistible y aunque estaba mirando a Nanette, Helen tuvo que sostenerse apoyándose en la barandilla.

Los brillantes ojos azules de la morena se abrieron con sorpresa ante la pregunta de Damien.

-Te has dado cuenta de que llevo lentillas azules, ¿verdad? Nunca he podido esconderte nada, mi amor. ¿A que son ideales? -dijo riendo-. Los ojos grises están tan pasados de moda.

-No lo sabía -bromeó Damien-. Las revistas de moda sobre ojos llegan tarde a Kansas.

Elisa y Lucy rieron aquella broma mientras él bajaba laboriosamente la escalera. Helen no conseguía que sus piernas la obedecieran. Sólo podía mirar a Nanette, la mujer que nunca podía esconderle nada a Damien. La imagen que sugería aquella frase era tan dolorosa que Helen sintió envidia. Y también dolía saber que lo único que aquella mujer y ella tenían en común, además de su interés por Damien, era el color de los ojos. Y Nanette había cambiado los suyos a un azul eléctrico, sin duda un tono mucho más moderno.

Cuando Damien llegó al último escalón y Nanette lo abrazó y lo besó en la mejilla sana, sintió una punzada de dolor.

-Estás pálido, cariño -dijo la joven antes de apartarse de él.

-He encontrado un protector solar estupendo -contestó él, burlón.

-De verdad, Damien, eres incorregible. No te rías de tu salud. Por cierto, eso me recuerda algo -dijo quitándose una pelusilla de la chaqueta-. He ido a ver a tus padres en su fabulosa casa de Francia. Me preguntaron cómo estabas.

-Ah, ¿y cómo estoy?

Nanette estaba ocupada tirando la pelusilla al aire, pero aquella burlona pregunta hizo que levantara la cara para mirarlo.

-Damien, siempre estás de broma -dijo riéndose.

Se oyó un ruido en la puerta y Nanette se volvió hacia allí.

-¡Ah, el taxista! Necesito que suba mis maletas a la habitación. ¿Dónde está mi habitación, querida? -preguntó mirando a Elissa.

-Te hemos puesto al lado de Damien, en la habitación del mirador; es la más bonita.

-Fenomenal -dijo apartando la mirada y volviendo a mirar a recepción-. Arriba, por favor.

-Yo no cargo con maletas, señora -dijo una voz masculina.

Los resoplidos del taxista dejaban claro que Nanette no viajaba con poco equipaje y llevar sus maletas desde el taxi hasta el hotel había sido agotador.

-¿Cómo que no? -dijo ella haciendo un puchero-. ¿Es que no ve que el único hombre aquí no puede subirlas? -preguntó señalando a Damien.

-No te preocupes, yo puedo...

-No seas tonto, cariño -interrumpió ella con un gesto, sonriendo al taxista de nuevo-. Le daré veinte dólares si lo hace -dijo con una sonrisa tan brillante que podría rivalizar con un anuncio de dentífrico. Aparentemente, la sonrisa surtió efecto o quizá fueran los veinte dólares. Fuera lo que fuera, el taxista empezó a subir la escalera con dos enormes maletas de piel a juego, que cargaba como podía.

Helen estaba mirando el perfil de Damien y le pareció que

cambiaba de expresión. No fue algo evidente, pero notó que a él le había dolido aquel desprecio a su capacidad.

Con un esfuerzo, se acercó a la elegante morena y extendió su mano, pero antes de que pudiera presentarse, Damien la sorprendió poniendo una mano en su hombro y acariciando su cuello con los dedos.

-Perdona, Helen -dijo sonriéndole-. Nan, ésta es Helen, la más joven de las hermanas Crosby y, puedo añadir, una auténtica pesadilla.

Damien presionó su cuello un poco más fuerte para demostrar que estaba bromeando y ese roce fue como una dulce agonía. A Helen le pareció casi imposible permanecer de pie, mientras él la acariciaba de aquella manera. ¿Es que no sabía lo que le estaba haciendo? Agitada por aquel suave masaje, le dio un golpe con el codo.

-La vida es dura, chico.

Él gimió de broma como respuesta a aquel golpe y la soltó, riendo.

Aunque sabía que el motivo sólo había sido parecer natural y alegre, ella se sentía mareada por el contacto e intentó respirar hondo para no caer al suelo desmayada.

Nanette, varios centímetros más alta que Helen , los miró a Damien y a ella alternativamente. Su mirada era de curiosidad, como si por un segundo se preguntara si habría algo entre ellos dos. Pero rápidamente, sonrió con una de esas sonrisas suyas. Claramente, Nanette había decidido que ella era la única mujer en aquella habitación capaz de atraer a un hombre como Damien.

-Ah, claro -dijo Nanette ofreciendo su blanda, indiferente mano-. Eres ideal, Helga. Tú eres la niña de la que Damien hablaba en el mensaje -sin darle oportunidad para corregir su nombre, Nanette se volvió hacia Damien-. Perdona que no estuviera en mi apartamento para contestar tu llamada, pero es que me quedé en París una semana más. Por fin conseguí que Yvonelle hiciera un pase benéfico de su colección de otoño y, no me gusta presumir, pero recaudamos veinte mil dólares para su obra social favorita.

Damien cambió de posición, apoyándose en la muleta.

-Una residencia para diseñadores de moda retirados, supongo.

-Veo que el accidente no te ha hecho perder el sentido del humor, querido. Pues no, era algo relacionado con la asfixia erótica.

-¿Para o contra ella?

-No sé; ya sabes que mi francés es un poco regular -contestó Nanette con un gesto, como si no importara-. Además, eso da igual.

-Dios mío -murmuró Elissa.

-Lo importante es que, como recompensa, Yvonnelle me hizo un

precio especial en un vestido azul lapislázuli divino -siguió la morena, con una sonrisa.

-Ya que las hermanas Crosby están en comprensible estado de shock, yo te acompañaré a tu habitación -dijo Damien, pasando un brazo sobre sus hombros.

-Qué bien. Estoy deseando tomar un baño caliente antes de cenar.

Helen se acordó de los gatitos entonces y dijo:

-Señorita... -de repente se dio cuenta de que no conocía su apellido.

-Bane -dijo Damien.

-De los Bane de Nueva York -añadió Nanette.

Por el tono de superioridad de Nanette, Helen se dio cuenta de que debían ser muy importantes, así que asintió amablemente.

-Ah, los Bane de Nueva York.

La risita de Damien confirmó que se había dado cuenta de su ensayo diplomático.

Nanette, por otro lado, no se daba cuenta de nada y se apartó el pelo de la cara, revelando unos pendientes de diamantes.

-Sí, cielo. Perdona que haya sido tan poco formal. Es que Damien y yo estamos tan emocionados por vernos que se nos han olvidado las buenas maneras -por fin, notando la expresión contrita de Helen, preguntó-. ¿Pasa algo, bonita?

Helen miró a Damien y después a Nanette.

-Los gatitos...

-Lo que quiere decir es que hemos rescatado unos gatitos y que están en el cuarto de baño. Espero que no sean una molestia para ti.

-Lo siento, señorita Bane.

-Oh, Helen -dijo Elissa con un leve tono de reproche.

-¿Que habéis rescatado qué? -preguntó Nanette a Damien-. ¿Tú también, Damien? Pero si tú odias a los gatos.

-Últimamente no soy yo mismo.

-Ya veo, cielo -dijo Nanette conciliadora, como si comprendiera cualquier comportamiento psicótico, dada su situación-. Pues la verdad, Hilda, es que soy terriblemente alérgica a los gatos -dijo, dirigiéndose a Helen.

-¿Ah, sí? -preguntó sorprendido Damien-. Creí que una de tus obras sociales favoritas era Salvad a los Felinos.

-Es verdad, pero no tengo que compartir el baño con ellos. El pelo de gato me da un terrible dolor de cabeza -dijo poniéndose un dedo en la sien y cerrando los ojos-. Supongo que habrá más cuartos de baño -añadió mirando a Helen.

-Hay uno en el ático. Pero podría sacar a los gatitos y limpiar el

baño.

-¡Un ático!. ¡Perfecto!. Además, yo paso tanto tiempo en el baño que necesito uno para mí sola -dijo tocando el brazo de Damien-. ¿No es verdad, cariño?

La pena de Helen por los gatitos se volvió un ataque de celos cuando oyó aquello; Damien conocía todos los detalles íntimos de la señorita Bane.

-Bueno, hay una habitación amueblada arriba. Pero no está...- empezó a decir Elissa.

-No seas boba, querida, seguro que es preciosa.

-Pero el baño sólo tiene ducha -añadió Lucy.

-¿Ducha? -preguntó Nanette, con expresión molesta-. Bueno, qué se le va a hacer-. Su expresión se volvió amable de nuevo cuando miró a Damien-. ¿Ves los sacrificios que hago para que estés cómodo, mi amor?

-Santa Nanette -dijo él bromeando, pero con un levísirno reproche en la voz.

-Por no hablar de los dos cambios de avión y el viaje de cuarenta kilómetros por caminos de cabras, desde un sitio llamado Springfield. ¡Por favor! ¿No podías haber elegido para recuperarte un sitio que no estuviera perdido del mundo? -se volvió hacia Helen y le dio un golpecito en la mejilla, como si fuera una niña pequeña-. Sé un ángel y sube a decirle al taxista que tendrá que llevar las maletas al ático...

-Lo he oído y eso serán otros veinte dólares -contestó el taxista, apareciendo tras ellos.

-¡Peco eso es un robo! ¡Díselo, Damien! -exclamó Nanette, enfadada.

Cuando el taxista llegó al final de la escalera, Damien lo tomó del hombro en un gesto de camaradería.

-Nosotros nos encargaremos de las maletas -dijo, dándole un billete de veinte dólares.

El hombre lo miró de frente, con cara de a sorpresa.

-Dios mío, ¿ha tenido un accidente o algo así?

Aunque Helen contuvo el aliento, Damien lo miró, impertérrito.

-¡Por favor, qué grosero! -dijo Nanette-. ¡Damien, dile que te devuelva la propina!

-La verdad no es un insulto, Nan -dijo tranquilamente Damien.

El taxista, arrepentido por su inoportuno comentario, intentó devolverle el dinero pero, para sorpresa de todos, Damien sacó otro billete y se lo entregó.

-Tome, se lo ha ganado -dijo, indicando al taxista que podía irse-. Y, respondiendo a su pregunta, sí, ha sido un accidente.

La casa se quedó en silencio. Helen hubiera desea do decir algo para cambiar de tema, pero no se le ocurría nada. Su timidez aparecía en los momentos más inoportunos.

El único sonido que podía oírse era el ruido de los pasos del taxista, pero cuando llegó a la puerta se volvió.

-Oiga, perdone, ¿no era usted alguien famoso?

-Eso dicen, amigo.

El taxista pareció recordar en ese momento.

-Claro, usted era aquel domador de serpientes, ¿no? Le mordió una en la cara, qué mala suerte.

-Sí. Pero tenía que haber visto cómo quedó la serpiente -sonrió Damien.

Con una carcajada, el taxista se dio la vuelta.

El corazón de Helen se llenó de admiración por la fuerza de carácter de Damien. Sabía que era muy sensible sobre sus cicatrices, pero en ese momento nadie lo hubiera dicho.

Cuando se cerró la puerta de entrada, Nanette se dirigió a Damien:

-Bueno, cariño, ¿y cómo llevo ahora el resto de mis maletas hasta el ático? -dijo enfatizando la última palabra, como si estuviera hablando del Everest. Helen se preguntó por qué había insistido en instalarse allí si le disgustaba tanto. No se creía la historia del sacrificio ni por un segundo.

-Yo te ayudaré, mi amor -ofreció suavemente Damien.

-¡Pero si estás enfermo!

-Yo las subiré -dijo Helen, herida en lo más hondo por aquel «mi amor», dirigiéndose hacia la recepción, donde estaba el resto del equipaje.

-Pesan un poquito, cielo -dijo Nanette, complacida de que fuera ella quien subiera las pesadas maletas hasta el ático.

-No importa.

-Las subiré yo -dijo una voz ronca, apartando su mano de la maleta.

Helen levantó los ojos y vio la mirada solemne de Damien. Sabía que tenía que hacerlo, tenía que probar que no era un inválido.

-La señorita Bane es muy guapa, Damien -susurró.

-Está un poco nerviosa, pero en realidad es muy agradable -contestó él, sonriendo con cierta tristeza.

Helen vio cómo cojeaba, alejándose con la maleta en la mano y suspiró, sintiéndose privilegiada porque él compartía con ella sus sentimientos. Pero también se sintió terriblemente triste pensando que compartía muchos más y, sobre todo, compartía su intimidad con Nanette.

-Helen, tendrás que encerrar a Thalia en tu habitación - dijo Elissa bajando la escalera con el gato en sus brazos y entregando el gato a su hermana-. La señorita Bane tiene jaqueca, así que no podemos tener a esta gata soltando pelos por todas partes.

-Pero, Elissa, desde que he traído a los gatitos Thalia cree que no la quiero. Si la encierro en el sótano se deprimirá aún más -dijo Helen, apretando a Thalia contra su pecho.

-Espero que no tengamos que pagarle un psiquiatra, pero...

-Nanette no es alérgica a los gatos.

Las dos mujeres se dieron la vuelta al oír la voz de Damien. Intercambiaron una mirada y se dirigieron a la recepción, donde Damien estaba barnizando el mostrador.

-Damien, ¿qué estás haciendo? -preguntó Elissa.

-Le hace falta otra mano -contestó Damien.

Estaba tan molesto porque Nanette no salía de su habitación y por la jaqueca, que había buscado una actividad para descargar sus energías sexuales, pensó Helen tragando saliva.

-Bueno, supongo que una cuarta mano no le irá mal, pero no sé... -dijo Elissa mirando a su hermana. Las dos sabían que no era verdad.

-Damien, ¿qué has dicho hace un momento sobre los gatos?

-Nanette no es alérgica a los gatos; lo que pasa es que necesita estar a solas un tiempo para acostumbrarse a todo esto. Creo que esperaba que yo ya estuviera curado.

Helen y Elissa se miraron preocupadas. ¿Podría ser verdad aquello?. ¿Podría Nanette estar inventando excusas para no estar con él hasta que se hubiera acostumbrado a sus cicatrices?

-Oh, no, yo creo que estás equivocado -dijo Elissa y Helen se lo agradeció porque se le había hecho un nudo en la garganta y no podía hablar.

-No pasa nada; conozco a Nanette. Sólo necesita un poco de tiempo.

Helen apenas podía mirar aquella valiente cara y dejó que sus ojos se centraran en sus largos dedos sobre la brocha.

-¿Helen? -preguntó Bella saliendo de la cocina, con la boca apretada. No había duda de que la cocinera seguía pensando que ella era una «casquivana».

-¿Sí? -contestó Helen intentando ignorar su tono de reproche.

-Lucy dice que te llaman al teléfono. Un tal Jack Gallagher.

-¡Jack! -exclamaron Helen y Elissa al mismo tiempo.

Mientras Helen salía corriendo, Elissa advirtió:

-Seguro que acaba de acordarse de que ha sido tu cumpleaños. Regáñalo por olvidarse y dile que sólo le perdonarás si viene personalmente a felicitarte.

Diez minutos más tarde, entró en la cocina cuando Bella estaba sirviendo unas deliciosas pechugas de pollo a la naranja y se sentó en su silla habitual a la izquierda de Damien, sonriendo.

-Jack está en Londres -anunció-. Me ha pedido mil disculpas por olvidar mi cumpleaños y me ha dicho que ha enviado un regalo.

-¿Se habrá enviado a él mismo, espero? -preguntó Lucy.

-Eso espero. Lleva fuera demasiado tiempo -dijo Elissa. Después, volviéndose hacia la cocinera, añadió:

-Bella, ¿podría preparar un plato y subírselo a nuestra invitada?

Bella asintió y tomó la fuente de la mesa para apartar una de las pechugas.

-¿Quien es Jack? -preguntó Damien mirando a Helen-. Te has puesto colorada. ¿Otro novio?

Si antes se había puesto colorada, entonces se puso como una llama.

-Jack es el primer hombre con el que durmió Helen -dijo Elissa.

Helen dio un grito sofocado y Lucy empezó a reírse.

-¿Ah, sí? -preguntó Damien mirando brevemente a Elissa, aunque su atención seguía fija en Helen-. ¿El primero, dices?

-Elissa, eres mujer muerta -dijo Helen mirando su plato, incómoda por la mirada de Damien.

-No te olvides de que yo también dormí con él -dijo Lucy.

-Ese es un tipo con suerte -dijo Damien mirando a Elissa-. ¿Y tú?

-No, a mí no me daban miedo las tormentas -contestó Elissa riendo.

Damien pareció confundido por un segundo y después hizo como que entendía.

-Ah, el miedo a las tormentas es un afrodisíaco para dos tercios de las hermanas Crosby. Eso tengo que apuntarlo.

-Jack es nuestro hermanastro -dijo Helen, mortificada.

-Me alegra oírlo. Pero el incesto es un poco de mal gusto.

-Desde luego -rió Lucy, sirviéndose verduras y ofreciendo la fuente a Damien.

-Antes de que a Helen le dé un ataque, será mejor que te lo explique, Damien. Cuando murió nuestra madre, mi padre se casó con la madre de Jack. Jack era mayor que nosotras y nos protegía cuando teníamos miedo.

La sonrisa reluciente de Damien volvió a aparecer, mientras tomaba la fuente de verduras.

-Ah, y os dejaba meteros en su cama cuando había tormenta.

-Éramos unas cobardicas -broméo Elissa-. Cuando mi padre y Rita se divorciaron, nosotras nos negamos a divorciarnos de Jack. Lo queremos como a un hermano.

-Me sigue pareciendo un tipo con suerte -dijo Damien, mirando a Helen.

-Es una persona maravillosa -añadió ésta.

-¿Por qué está en Londres?

- Seguro que alguna vez has comido en el restaurante Gallagher de Nueva York - dijo Lucy, pasándole el arroz.

-Muchas veces.

-Pues es de Jack. Ahora está en Londres para abrir otro Gallagher.

-Ah, qué bien.

-Señor Lord -interrumpió Bella tras él-. La señorita dice que esto es suyo -dijo dándole un abultado sobre-. Dice que se lo enviaron a ella del hospital porque no tenían su dirección.

Damien apenas lo miró.

-¿No será la factura? -preguntó Helen bromeando, encantada de cambiar de tema.

-Tiene el mismo tamaño, pero no -contestó Damien riendo.

-Entonces, ¿qué?

-Una cosa que escribí en el hospital para pasar el tiempo -dijo dejando el sobre en el suelo, al lado de su silla.

-¿Un libro?

-No, nada. Olvídalo.

-¿Puedo leerlo? -preguntó, agachándose para tomar el sobre.

-Helen, es muy malo -dijo Damien sujetando su muñeca.

-Perfecto, porque yo tengo muy mal gusto -contestó Helen sin soltar el sobre y aún sonriendo-. Si me dejas leerlo, me comprometo a dar de comer a los gatitos a las cinco de la mañana -dijo, intentando disimular el temblor que le producía aquel roce-. ¿Qué dices? Tú me dejas leerlo y yo te dejo dormir.

Él la miró durante unos segundos fijamente. Cuando finalmente la soltó, dijo:

-Si tienes tantas ganas, por mí no hay problema.

Helen tenía que intentar comportarse normalmente; era absurdo que cualquier contacto físico con aquel hombre la dejara en estado de catatonia. Aquello debía ser el amor, pensó, y el hecho de que la permitiera leer su libro era, al menos, una forma de compartir su intimidad.

Durante la mañana del domingo, las hermanas habían estado

cosiendo frenéticamente las cortinas del cuarto de Nanette, mientras Damien partía leña para la chimenea. Helen había observado desde la ventana de su cuarto con qué rabia lo hacía y pensó que se sentía frustrado. No lo culpaba en absoluto; eran las dos de la tarde y Nanette aún no había salido de su habitación.

Un poco más tarde, cuando Damien se dirigió hacia la cocina, apoyándose en el bastón, Helen se irguió en su silla. Cada vez que entraba en una habitación en la que estuviera ella, el aire se cargaba de electricidad. Se sentó, con el pelo mojado de la ducha. Olía a jabón.

Damien sonrió a Bella cuando ésta le pasó un plato de asado y Helen sintió un ataque de ternura ante su valentía para disimular. ¿Cómo se atrevía Nanette a hacerlo sufrir de ese modo? La hubiera estrangulado.

Como si hubiera conjurado su nombre, la alta morena apareció en la cocina. Tenía un aspecto muy elegante con un jersey beige y un pantalón de lino.

-Aquí está todo el mundo -dijo abrazando a Damien por detrás-. Buenos días, cariño -le dio un beso en la mejilla y se irguió, seria-. Damien, estás pálido, ¿seguro que comes bien?

-No he probado bocado desde el desayuno.

-¡Tonto! -dijo echando su pelo hacia atrás-. Bueno, pues yo estoy muerta de hambre. Si encuentro una silla, me sentaré aquí, a tu lado.

-Toma la mía, Nanette -dijo Damien, levantándose.

-No seas bobo. Tú tienes que descansar. Usaré aquel taburete.

Aunque Damien no hubiera querido que se sentara en el incómodo taburete, no discutió con ella porque ya estaba colocándolo a su lado. A pesar de que él había dejado sitio a su izquierda, ella se colocó a su derecha.

-Ya está, ¿estamos todos cómodos?

-Espero que hayas dormido bien -dijo Elissa.

Nanette hizo un puchero.

-No te lo tomes como una ofensa, cielo, pero me he pasado toda la noche dando vueltas. La jaqueca, ya sabes.

Elissa murmuró que lo sentía y Lucy bajó la mirada. Helen apretó los dientes, preguntándose si alguien, además de ella, se estaría dando cuenta de que evitaba mirar la cicatriz de Damien. Si eso no era un comportamiento inmaduro, que alguien se lo explicara.

-Tengo una sorpresa maravillosa. Te lo hubiera dicho anoche, pero me dolía tanto la cabeza.

-¿No me digas que has encontrado una cura para las puntas abiertas?

-No, bobo -dijo, llenando la cocina con su risa cantarina y tomando

una de las manos de Damien entre la suyas-. Damien, ¿qué te ha pasado? ¿Te has hecho una quemadura? -preguntó, mirándole las manos.

-No, son ampollas -contestó él-. He estado cortando un árbol.

-Pero, cariño, ¿por qué?

-¿Por qué? -dijo riendo con una risa masculina que a Helen le sonó falsa, pero a los demás les pareció real-. No me digas que también eres socia de Salvad los árboles.

La morena negó con la cabeza, sonriendo.

-Ya veo que te has convertido en un auténtico leñador. Bueno, ¿quieres que te diga cuál es mi sorpresa, o no?

-Me lo estoy pensando.

-¡Damien, no seas tonto! ¿Te acuerdas de que conocí a Stony Silva, el cantante country, en aquel concierto en Boston? Es ideal, ha ganado un montón de Grammys. Bueno, dentro de una semana va a venir aquí a hacer un programa para la televisión local y yo he conseguido el gol de la temporada. ¡Ha aceptado acudir después del programa a una de mis fiestas benéficas!

-¿Para qué perversión sexual esta vez?

-¿Quieres tomártelo en serio? Stony opina que lo mejor sería que los beneficios fueran para la investigación de las enfermedades coronarias.

-Vaya hombre, por Dios.

Helen rió por el sarcasmo de Damien, pero Nanette se puso muy seria.

-Ya sé que tengo poco tiempo, pero con mis conexiones puedo conseguir que todo aquel que sea alguien venga a esa fiesta. Y estoy segura de que se podría grabar para la televisión, si hacen una donación, claro. Sé que tendré que trabajar mucho, pero ¿no estás orgulloso de mí, cariño?

-No sabes cuánto, Nanette -contestó él, palmeando su mano de forma cariñosa, pero un poco indiferente.

-Por supuesto, tú no tendrás que asistir. No quiero que te fatigues demasiado.

Durante una milésima de segundo, Helen pudo ver el dolor y la vulnerabilidad en los ojos de Damien, aunque él lo escondió con rapidez tras una fachada galante.

-Y mis cicatrices podrían ofender a la gente.

Aquel comentario, aunque suave, pareció llenar la habitación y repetirse como un eco por todas las esquinas.

-¿No es así, Nanette?

-¿Cicatrices? Pero Damien, yo... si casi... si casi no me he dado

cuenta -dijo Nanette, incómoda.

-¿De verdad? -susurró él. Tomando la mano de Nanette, la apretó fuertemente contra la cicatriz en su mejilla-. Aquí están mis cicatrices.

Con un gemido, Nanette apartó la mano, diciendo:

-¡Pero, cariño! Yo no quiero... hacerte daño.

El corazón de Helen dio un vuelco de amor desesperado. Algo dentro de ella gritó: «¿Pero es que no lo ves, Nanette? ¡Ya lo estás haciendo!»

CAPÍTULO 8

LAS ATENCIONES de Nanette hacia Damien eran una extraña mezcla de cercanía y alejamiento; lo seducía pero manteniéndolo aparte. Aunque lo último que Helen hubiera deseado era saber que Damien y aquella mujer estaban haciendo el amor en el hotel, le dolía aún más ver cómo él sufría aquellos elegantes desprecios, escondiendo sus sentimientos como un hombre acostumbrado a poner buena cara ante las cámaras.

Nanette llevaba todo el día colgada al teléfono y las hermanas Crosby apenas podían ponerse en contacto con el resto del mundo. Aunque Helen estaba encantada de pasar el día a solas con Damien, lijando, barnizando y pintando y Lucy se ocupaba cosiendo sábanas y cortinas, a Elissa le estaba costando trabajo controlar su mal humor. Llevaba toda la semana intentando contratar a una camarera y, como el teléfono estaba continuamente ocupado, no había podido recibir ninguna llamada de las solicitantes.

Helen no se imaginaba que aquello podía cargarse aún más de tensión, pero el jueves por la mañana Elissa la llamó cuando ella y Damien estaban pintando la pared de una de las habitaciones del ático. Hirk Boggs estaba esperándola en la puerta.

-Ah, vuelve el ex-novio -se burló Damien.

-Te vas a tragar la brocha -dijo ella, sonriendo.

-Más tarde, si no te importa -dijo indicando la puerta-. Ahora te está esperando tu admirador.

Helen miró al cielo con desesperación y salió, seguida por la risa de él. No había reído mucho desde que llegó Nanette.

Helen bajó los escalones de dos en dos, pensando que cuanto antes viera a Hirk antes podría despedirlo. Cuando llegó al final de la escalera, vio a Nanette en el salón hablando por teléfono.

-Claro, Harrington, sólo mil dólares la entrada. Ya sabes que Alexandra se moriría antes de perder una oportunidad de aparecer en televisión con su traje de Helmut Lang. ¡Pues claro que lo va a grabar la televisión! -rió ella-. ¡Si pierde esta oportunidad, te matará! Ella misma me ha dicho que engordó cinco kilos antes de los Oscar y tuvo que ponerse... Sí, y ahora que ha adelgazado otra vez, por supuesto querrá lucirse -dijo con una sonrisa triunfante-. Entonces, ¿os apunto en la lista, verdad cariño? El sábado por la noche, sí. ¿Te importaría convencer a Martha y Tad también? Eres un cielo. Los apunto también, estupendo.

Después de colgar, vio a Helen mirándola desde el pasillo.

-Dime, Hildegard -dijo, dejando de sonreír.

-Nada, Nelly -contestó Helen, apretando los dientes.

Nanette levantó las cejas, sorprendida, pero no se molestó en corregirla.

-Querida, ya que estás aquí, me muero por una taza de café.

-Enseguida te la traigo.

-Eres ideal -dijo Nanette apartando la mirada y volviendo a tomar el teléfono.

Helen se dio la vuelta, sintiéndose como una criada. Cuando llegó a la puerta, miró a través del cristal emplomado, preguntándose qué querría Hirk. Aunque sólo había pasado una semana y media desde el baile, a ella le parecían años. Suspirando, salió de la casa y bajó los escalones corriendo.

-Hola, señorita Crosby. No la he visto en mucho tiempo -dijo Hirk, enseñando sus mellas.

Ella negó con la cabeza, avergonzada, recordando el baile. Se preguntó si él también se habría dado cuenta de que aquello no iba a funcionar.

-Supongo que no estoy nunca fuera cuando trae el pedido.

-No -contestó él poniéndose colorado-. No está.

-¿Qué quería, Hirk?

-Quería saber si le apetecía ir conmigo el sábado al concierto de Stony Silva.

A Helen no le gustaba desilusionar a la gente, pero aquella vez no tenía más remedio. Como Hirk no era su destino, no tenía ningún sentido seguir animándolo. Además, Elissa y Lucy tendrían que ir al concierto y ella se quedaría con Damien.

-Lo siento, Hirk, pero ya tengo planes.

-Ah, bueno, sí, claro -dijo él, quedándose serio.

Helen vio por el rabillo del ojo que llegaba por el camino una mujer en bicicleta. El ruido de las ruedas en la gravilla también llamó la atención de Hirk, y se volvió.

La mujer aparentaba unos treinta años y tenía el físico de una atleta. Con el pelo corto y rojizo y unas gruesas gafas, llevaba un chándal amarillo y zapatillas de deporte.

-¿Es éste el hotel Crosby? -preguntó sujetando la bicicleta.

Helen asintió, mirando a la mujer que medía casi un metro ochenta.

La recién llegada echó una mirada rápida sobre Hirk y volvió a mirar a Helen.

-He intentado llamar, pero el teléfono siempre está comunicando.

-Sí, es cierto. Lo siento -contestó sin explicar nada más-. ¿Qué quería?

-He venido a solicitar el puesto de camarera. ¿Es con usted con

quien tengo que hablar?

-No, mi hermana Elissa se encarga de las contrataciones -dijo indicando la puerta-. Está dentro.

-Muy bien -dijo la mujer sonriendo y mostrando que le faltaba uno de los incisivos-. ¿Puedo entrar?

-Lo mejor será que la acompañe -dijo, volviéndose después hacia Hirk y levantando las manos como gesto de disculpa-. Tengo que irme.

-Ya nos veremos, Helen. Adiós, señorita -dijo tocándose el ala del sombrero.

La mujer volvió a echarle una mirada y después de observarlo detenidamente, dijo:

-Encantada de conocerlo, amigo -dijo saludando con una mano grande y fuerte-. Me llamo Julienne Amber Sweet.

-Hirk -dijo él, sonriendo de nuevo-. Hirk Boggs.

Helen se dio cuenta de que los dos eran de la misma altura, pero Julienne debía pesar al menos quince quilos más que Hirk.

La señorita Sweet estrechó su mano con las dos suyas, haciendo que él perdiera ligeramente el equilibrio.

-Encantada de conocerlo. Llámeme Jule.

-Gracias... gracias, Jule.

-Espero que nos veamos, Boggs -dijo soltando su mano y volviéndose a mirar a Helen-. ¿Usted cree que su hermana me contratará? Llevo un chándal porque he tenido que venir en bicicleta.

-Yo no creo que... -dijo ella, subiendo los escalones.

-Espero que sí.

Las dos mujeres se volvieron hacia Hirk, que era el que había hablado.

Jule sonrió y le dijo adiós con la mano.

-Es mono, ¿verdad?

Aquel comentario era tan sorprendente para Helen que no supo qué decir. Obviamente, la belleza era un concepto extraño.

-Entonces, ¿qué le parece mi ropa? ¿Cree que debería haberme puesto algo más elegante?

-No, yo creo que así está bien, señorita Sweet -dijo Helen, oyendo que arrancaba la furgoneta de Hirk.

-Jule, llámeme Jule. Perdone, ¿ese Hirk Boggs no estará casado? -preguntó tomando a Helen por el brazo.

Helen negó con la cabeza, incapaz de no sonreír.

-No, Jule, está soltero.

-Creo que buscaré su teléfono en la guía y le haré una llamadita.

Helen no pudo evitar la risa. Parecía que Jule encontraba a Hirk irresistible y tenía la impresión de que si Elissa contrataba a aquella

mujer enorme y franca no sólo dejaría el hotel inmaculado, si no que algún día el mellado Hirk también saldría beneficiado.

Recién salida de la ducha, Helen subió corriendo la escalera con el pelo mojado. Cuando vio a Damien entrar por la puerta trasera, el corazón le dio un vuelco. Estaba guapísimo, tal alto y con el pelo mojado como ella.

-Hola -dijo esperando que su voz sonara más tranquila de lo que lo estaba ella-. ¿Has dado un paseo para abrir el apetito?

-Un paseo corto -contestó él sonriendo.

-La cena huele bien.

-¿Tenemos barbacoa? -preguntó él, pasándole un brazo por los hombros.

-Me parece que sí -el peso de su brazo era muy agradable. Entraron así en la cocina y la encontraron vacía-. ¿Dónde está todo el mundo?

-He visto a Elissa fuera, hablando con esa mujer que llegó en bicicleta.

-Jule? Espero que le caiga bien -Damien había apartado el brazo de sus hombros y ella decidió que debía hacer algo, en lugar de quedarse allí mirándolo-. Chuletas y patatas al horno -dijo abriendo la puerta del horno-. Bella es una buena cocinera. Ójala yo le cayera mejor.

-¿No le cae bien mi pequeña Jezabel? -preguntó Damien, sonriendo.

Aquella sonrisa hizo que sintiera mariposas en el estómago.

-Parece que a Bella lo de la libertad sexual no le gusta tanto como a ti.

-Hablando de Bella; el otro día dijo que nunca veía la televisión.

-¿Y qué?

-Entonces no debe saber quien soy, ¿no?

-Supongo que no.

-Elissa utiliza buenos métodos de contratación.

-Ha decidido no contratar a nadie que te pudiera reconocer. Hasta ahora hemos tenido suerte.

-Creo que soy yo el que tiene suerte -dijo Damien, apoyándose en la encimera.

Helen se lo hubiera comido con los ojos.

-¡Querido, no sabes lo mal que lo estoy pasando! -desde el comedor, se oyó la voz de Nanette a través de la despensa. Helen y Damien se volvieron a la vez-. Estoy prisionera aquí, en medio del desierto, en Missouri ni más ni menos. Gracias a Dios he encontrado un proyecto que me mantiene ocupada, porque si no, me hubiera

vuelto loca de aburrimiento. Ya sé que hay muchos cines aquí pero, créeme, Damien no puede ser visto en público en su estado.

Helen tragó saliva, mirando a Damien. La expresión de éste se había vuelto helada.

-Supongo que se está recuperando, claro -Nanette hizo una pausa y cuando Helen iba a decir algo, Damien la interrumpió con un gesto-. Está horrible, horrible de verdad. Tenías que verlo, cariño. Unas cicatrices asquerosas. Y casi no puede ni andar, el pobre. No me malinterpretes, él siempre ha sido importante para mí, pero ha cambiado tanto. Ya no es nuestro Damien.

Helen lo observó y vio el dolor en su mirada.

-Damien -susurró ella, pero él la tocó el hombro, en un gesto para que se callara.

-Además, -siguió Nanette, bajando la voz- sin su trabajo ya no puede mantener nuestro estilo de vida, Jarvis. He decidido romper con él antes de irme. Al final será lo mejor -dijo con un suspiro teatral-. Como comprenderás, es muy difícil sacar el tema, pero no te puedes imaginar el daño emocional que me está haciendo tener que guardar las apariencias. Bueno, cariño, me tengo que ir. Besos a todos en Venecia -dijo riendo-. Sí, especialmente al conde, claro. Te veré pronto -oyeron cómo colgaba el auricular y después el familiar ruido de sus tacones en el suelo de madera. Se dirigía hacia la cocina.

De repente, Helen tuvo una inspiración y, al ver el dolor en los ojos de Damien, no se lo pensó dos veces. Se lanzó sobre él y, rodeándole el cuello con sus brazos, susurró:

-Bésame con todas tus fuerzas.

El deseo que sentía desde hacía tantos días se desató y buscó ansiosamente su boca. El roce de sus labios la hizo temblar, dejándola mareada de excitación y haciendo que se apretara más contra él.

Sabía que lo había pillado desprevenido de nuevo, pero no la importó porque notó cómo él devolvía el abrazo. Suspirando, sintió un deseo profundo de que la apretara contra él hasta atravesarla.

Él la besó con rabia al principio, pero ella lo comprendía; las palabras de Nanette lo habían herido profundamente. Pero, después de unos segundos, aquella boca firme y masculina la besaba con un beso tierno y lento, tan profundo que dejó sus sentidos drogados, enviando una corriente eléctrica de deseo por sus venas.

¡Qué tontería estaba haciendo! ¿Cómo iba a poder besar a otro hombre después de aquello? Ningún hombre en el mundo podría hacerla sentir aquella pasión. Era muy joven, pero aquella era una verdad absoluta, una certeza dolorosa.

Su gemido de melancolía se confundió con un grito de horror.

-¡Damien, ya veo que no has perdido el tiempo! -dijo Nanette dando un portazo para enfatizar su enfado-. Lo sospeché desde el primer día. Sabía que había algo entre esta criadita y tú. ¡Y ahora veo que mi instinto no me engañaba!

Aunque mareada por el poder de aquel beso, Helen sabía que tenía que apartarse. Su plan no era quedarse besando a Damien para el resto de su vida, aunque le pareciera una idea maravillosa. Con desgana, se apartó de él y se volvió hacia Nanette, intentando parecer arrepentida.

-Lo siento, Damien, pero quizá es mejor que lo sepa.

Helen lo miró de reojo y vio que él, aún con los ojos entrecerrados, la miraba perplejo. Apartando sus brazos, miró a Nanette con la barbilla levantada.

-La verdad es que Damien y yo tenemos una aventura. Creo que será mejor que lo sepas -dijo acariciando su mejilla, sin percatarse de que era la mejilla de la cicatriz-. Es un mujeriego, pero es tan sexy que no pude decir que no. Eres demasiado buena para perder tu tiempo con él.

-¿Es verdad eso? -preguntó mirando a Damien, sorprendida.

-¿Qué puedo decir? Soy un bastardo, lo sé -contestó él.

-¡Desde luego! -dijo Helen, sintiéndose aliviada de que él siguiera el juego. Pero el alivio se volvió preocupación cuando vio que Elissa, Lucy y Bella entraban en la cocina. Ójala ellas también siguieran el juego, pensó-. Pero no lo hemos podido evitar. ¿No es verdad Lucy, Elissa? -preguntó mirándolas con la mirada más profunda que encontró-. ¿No os ha hecho proposiciones a vosotras también?

Lucy tragó saliva y Helen se dio cuenta de que su hermana estaba intentando comprender, pero no sabía qué debía hacer.

-Bueno, Damien no ha hecho más que darme pellizcos. Me ha dejado hasta cardenales.

-Pero si lo llamamos señor Líbido, ¿verdad Elissa?

-Sí. Es imposible resistirse... -la pelirroja buscaba algo que decir-. Es un semental.

-Un don Juan -añadió Lucy con una sonrisa avergonzada.

-Deberías ver lo que les pasa a las hermanas Crosby cuando truena -dijo Damien, con una sonrisa divertida.

Lucy empezó a reírse y después se tapó la boca con la mano, asintiendo.

-Es una perversión -dijo Helen, como admitiendo algo que la avergonzara.

-Quizá podrías organizar una gala benéfica para nosotros, Nan -dijo Damien-. Podrías llamarla Lujuriosos Sin Fronteras.

-¡Lo sabía! -exclamó Bella, señalando con el dedo a Helen-. Aquella

mañana cuando la pillé desnuda en la cocina con ese hombre, envuelta en aquel mantel, supe que en esta casa estaba ocurriendo algo raro.

Las exclamaciones de Elissa y Lucy se perdieron, cuando Helen dijo:

-Damien ha convertido este hotel en un auténtico lupanar. Yo que tú saldría corriendo, Nanette -dijo pasando el brazo por la cintura de Damien-. Nosotras somos débiles, pero tú eres fuerte. ¡Tienes que abandonarlo!

La joven parpadeó sorprendida y se pasó la mano por la brillante melena, como intentando decidirse.

-Bueno, no me lo puedo creer. Si no fuera por la fiesta me marcharía ahora mismo, pero tengo que hacer frente a mis obligaciones sociales -dijo con desdén-. Pero por compasión, Damien, seré noble. Te perdono.

-No seas noble, Nanette. No te reconocería.

Ella se puso una mano en el pecho, ofendida, con los ojos fuera de las órbitas.

-Damien, tú nunca me habías hablado así. Me estás rompiendo el corazón.

Él rió, apretando a Helen contra sí de forma posesiva.

-Eso sería anatómicamente imposible para ti, Nan.

Después, mirando a Bella que lo miraba con reprobación, dijo sonriendo:

-No me mire con esa cara, Bella. Hace tiempo que le he echado el ojo -dijo, sonriéndole.

Bella se puso de todos los colores.

-¡Señor Lord! -dijo aparentando confusión, aunque Helen se dio cuenta de que a la viuda le hacía gracia el comentario.

-Si no le importa, por favor, súbanos la cena a la habitación. Nos hará falta mucha salsa barbacoa, ya sabe, para las posturas más difíciles.

Cuando llegaron a la escalera del salón y las demás no podían oírlos, Damien se inclinó sobre Helen y susurró en su oído:

-Helen, te agradezco lo que has hecho, pero no tienes que salvarme todo el tiempo. Ya soy mayorcito.

-¿Me perdonas? Es que me dio tanta rabia -dijo ella mirándolo con los ojos entrecerrados.

Damien la besó en la sien con un beso de hermano.

Nunca iba a verla más que como una niña, pensó Helen. Cuando sus miradas se encontraron, la dulzura de sus ojos la mantuvo cautiva. Él frotó su brazo de forma familiar mientras subían la escalera y ella

volvió a sentir una punzada de deseo.

-Te perdonaré, pero sólo si tú me perdonas lo de las posturas.

Helen se mordió la lengua. ¡Nunca se atrevería a decirle lo que en realidad había pensado sobre aquello!

CAPÍTULO 9

AL DÍA SIGUIENTE, Elissa pidió explicaciones a Helen en la cocina. -¿Qué hiciste anoche en la habitación de Damien durante dos horas? -preguntó con expresión preocupada.

Helen abrazó a su hermana y le indicó que se sentara en una silla. Tomando la mano de Bella, y apartándola del horno, dijo:

-Usted también. ¿Dónde está Lucy?

-Estoy aquí -contestó ésta, saliendo de la despensa ron un paquete de harina.

-Siéntate. Tengo que explicaros una cosa.

-Desde luego que sí -dijo Elissa cada vez más preocupada.

Helen esperó a que las tres estuvieran sentadas y les explicó todo lo ocurrido la noche anterior.

-Y como respuesta a tu pregunta, Elissa, Damien y yo estuvimos cenando y jugando con los gatitos durante esas dos horas. Eso fue todo-dijo mirando las tres caras-. Me creéis, ¿verdad?

-¿Y qué es eso del mantel? -preguntó Elissa con su mejor cara de abogado.

-El sábado pasado iba a claros una sorpresa haciendo un pastel de higos, pero se me cayó encima. Como pensé que estaba sola, me quité el camisón para lavarlo y cuando Damien entró en la cocina, me puse lo primero que encontré -explicó ruborizándose por el recuerdo-. Fue el momento más humillante de mi vida y no me gusta recordarlo. ¿Satisfecha?

-Pobre Helen -dijo Elissa, suavizando su expresión.

-Personalmente creo que hiciste bien anoche, protegiendo los sentimientos de Damien. Yo hubiera hecho lo mismo si hubiera tenido valor para ello -dijo sonriendo tímidamente.

Las cejas de Bella se levantaron, con expresión dudosa.

-Nunca me gustó esa señorita Bane; no tiene sentido común. Cualquiera puede ver que el señor Lord es una buena persona y que trata a todo el mundo con educación. Bueno, a casi todas el mundo -dijo riendo, mirando a Helen-. ¿Qué clase de pastel se tiró encima?. Quizá yo pueda hacerlo.

-Pastel de higos.

-Se me da de miedo el pastel de higos -dijo, señalando su prístino mandil-. Y a mí no se me caerá una gota. Soy una profesional.

Las hermanas se rieron de la broma, pero Helen comprobó que los ojos de Elissa estaban llenos de tristeza. Era evidente que su hermana sabía lo que sentía por Damien y tenía miedo por ella, pero no dijo nada. Debía saber que no estaba en sus manos y que, dijera lo que dijera, no cambiaría las cosas. El corazón de Helen se rompería

cuando él se fuera. A través de la historia, los corazones rotos han tenido que recomponerse solos y eso lo sabían las dos.

Llegó el sábado por la noche y terminó la fiesta. Había sido una noche de gala en el hotel excepto para Damien y Helen. Aunque ella había fantaseado con miles de posibilidades de lo que podría ocurrir cuando todo el mundo se fuera al concierto de Stony Silva, ninguna de esas posibilidades se convirtió en realidad.

Damien había salido a dar un paseo, y después se había retirado a su habitación. Helen se fue a la cama, pero no pudo dormir. Dio vueltas y vueltas, pensando en cómo podría levantar el ánimo de Damien, cómo podría ayudarlo a curarse del desprecio de Nanette, pero no sabía cómo hacerlo.

El domingo por la mañana ya no había más habitaciones que pintar, así que Damien se ofreció a encender la chimenea en el salón. Aunque estaba exhausta, Helen lo ayudó, encantada de ver el primer fuego en el hotel. Los paños que cubrían los muebles habían desaparecido y se habían colocado las alfombras. Con el agradable olor de la leña y el movimiento de las llamas en la chimenea, el salón estaba precioso.

Sus hermanas aún no se habían levantado. Damien y Helen estaban solos en el salón, pero no como ella se había imaginado.

Thalia estaba durmiendo en la alfombra frente a la chimenea y Helen estaba acurrucada en el sofá, cosiendo el dobladillo de unas cortinas. Cracker estaba tumbado a su lado. A su izquierda, en el sillón de piel que había pertenecido a su padre, estaba Damien leyendo el periódico.

Por primera vez, Helen sintió que aquel lugar podía convertirse en su hogar. La silenciosa presencia de Damien marcaba la diferencia. Dejando de coser, se apoyó en el brazo del sofá y se quedó observándolo.

Sólo podía ver su perfil izquierdo, con sus rasgos en reposo y sus masculinos labios apretados como si estuviera profundamente concentrado en la lectura.

El sonido de unos tacones en la distancia advirtió a Helen que Nanette se acercaba. Apartando la cortina, Helen bajó del sofá y se acercó al sillón de Damien.

-Unos amantes nunca estarían separados frente a una chimenea -dijo en voz baja. Quitándole el periódico de las manos, lo tiró al suelo y se sentó en sus rodillas. Él emitió un sonido de sorpresa e incomodidad, pero ella no le prestó atención porque estaba besándole

en el cuello. Un segundo más tarde, Nanette entró en el salón y el sonido de sus tacones cesó abruptamente.

-Oh... -la joven levantó la barbilla, humillada-. Sólo quería comprobar si había llegado mi taxi -dijo acercándose a la ventana-. No sé qué le puede haber pasado.

Damien le pasó los brazos a Helen por la espalda y subió una de sus manos hasta su nuca, enredándola en su pelo. Con la otra mano la acariciaba la cintura dulcemente.

-Me han dicho que la fiesta ha sido un éxito, Nan -dijo sin mirarla.

-Por supuesto, la organicé yo. Hemos recaudado más de cien mil dólares.

-Has trabajado mucho. Felicidades.

-Qué amable -contestó ella con tono cortante, mirando por la ventana.

-Espero que tengas buen viaje -dijo Damien sin parecer afectado por el tono seco de ella, aunque a Helen le costaba trabajo poner buena cara.

-El viaje será incomodísimo y tú lo sabes.

-Siempre te he admirado por eso -dijo él sonriendo.

-¿Por qué? -preguntó ella suspicaz.

-Por tu espíritu aventurero.

-¿Sabías que tu nombre ha salido este mes en la revista Newsweek en la lista de los que ya no están de moda? El público es tan cambiante -dijo ella, moviendo la melena-. Desapareces durante un par de meses y a todo el mundo se le olvida tu nombre. No sabes cómo lo siento, cariño.

Los brazos de Helen se apretaron sobre los hombros de Damien. ¿Por qué insistía aquella mujer en hacerle daño? Era ella quien pensaba abandonarlo. El orgullo es algo impredecible, pensó Helen y tuvo que morderse los labios para no decirlo en voz alta.

-Sí, cielo. Desde luego que lo sientes.

La joven se irguió y abrió los labios para decir algo, pero cuando Cracker pegó un salto, exclamó:

-¡Mi taxi!

Salió corriendo de la habitación y abrió la puerta de entrada.

-¿Por qué ha tardado tanto? -preguntó. Después, cerró la puerta y sus recriminaciones dejaron de oírse.

-Adiós, señorita Bane -murmuró Helen, volviéndose hacia Damien-. ¿Qué te apuestas a que no vuelve a entrar y deja que el pobre hombre cargue con todas las maletas?

Aunque Nanette se había ido, él siguió pasándole los dedos por el pelo.

-Tienes, razón. Ya ha desaparecido de la escena y no volverá nunca más.

La voz profunda, la dulce caricia de sus dedos, hacía que ella deseara seguir sentada en sus rodillas para siempre.

La puerta volvió a abrirse de golpe y el taxista que había llevado a Nanette la primera vez, entró con cara de pocos amigos.

-¿Qué le habrá ofrecido esta vez? -preguntó Helen.

-A lo mejor, ir callada durante todo el camino.

Helen le miró a los ojos, sonriendo. Aún seguía teniendo sus brazos alrededor de sus hombros y él seguía jugando con su pelo. Cuando sus miradas se encontraron, dejaron de sonreír.

-Supongo que podemos dejar de hacer el papel -dijo él.

Ella asintió, apartando los brazos, herida. Él la recordaba que sólo estaban fingiendo.

-Por cierto, ya sé que soy uno de tus proyectos benéficos y que lo tuyo es dedicación total, pero casi me rompes la pierna al sentarte encima.

Su aliento era cálido y suave y Helen sintió un poderoso deseo de apretar su boca contra la de él y experimentar de nuevo la sabiduría de sus labios. Pero, ¿cuántas veces se había lanzado sobre él? ¿Cuántas veces más se iba a humillar frente a él antes de enfrentarse al hecho de que aquel hombre no estaba interesado en ella?

Tenía que controlar sus emociones y dejar de fantasear sobre un hombre que pensaba que ella era una niña. Fingiendo despreocupación, le dio un golpecito en la barbilla, como si fuera la maestra.

-Ya eres mayorcito, Damien. Lo puedes soportar.

Su sonrisa era difícil de resistir. Con gran fuerza de voluntad se apartó de él, pero le temblaban tanto las piernas que decidió sentarse en la alfombra para disimular.

Durante los minutos siguientes, lo único que oyeron fue el crepitar del fuego y los gruñidos del taxista mientras subía y bajaba las escaleras con las pesadas maletas de Nanette. Por fin, el ruido del motor les dijo que la elegante morena se había marchado.

Pasaron varios minutos más, en un silencio tan espeso que Helen estuvo a punto de saltar. No había oído a Damien tomar de nuevo el periódico ni levantarse del sillón. Entonces, ¿qué estaba haciendo? ¿Pensar sobre las despreciativas palabras de Nanette? Aunque sentía el calor de las llamas en la cara, también sentía que algo le quemaba en la espalda, como si él la estuviera mirando. Por fin, incapaz de aguantar aquel silencio, se volvió.

-¿Damien?

El la estaba mirando muy serio, pero consiguió sonreír y ella tuvo que calmar su respiración antes de poder hablar.

-He leído tu libro -dijo poniéndose de rodillas. Llevaba varios días intentando hablar del tema y quizá aquél sería un buen momento para apartar a Nanette de sus pensamientos-. Es maravilloso, deberías publicarlo. Con el talento que tienes para escribir, no necesitas volver a hacer crónicas desde las trincheras.

-Ya -contestó él, dejando de sonreír.

A ella le dolió aquel tono, pero no se desalentó.

-Damien, tienes mucho talento como escritor. Si quieres mi opinión, tu éxito como periodista ha estado escondiendo tu verdadera vocación. Tienes mucho que ofrecerle al mundo, mucho más que simples noticias.

-Helen, no eres muy objetiva -dijo él apoyándose en el bastón para levantarse-. Todo lo que tocas, se convierte en maravilloso para ti. Cualquier cosa que rescatas tiene valor. Es una cualidad preciosa y tú eres un cielo, pero tienes que aprender la diferencia entre el mundo real y el mundo de los sueños -terminó, apartando la mirada de ella y alejándose hacia la puerta.

Damien era un hombre formidable cuya vida se había convertido en una tragedia. El desprecio de Nanette había sido el golpe final que lo separaba de un mundo al que había pertenecido; tenía derecho a estar amargalo. Helen dejó caer sus lágrimas, pensando qué podría hacer ella para ayudar a aquel hombre a encontrar de nuevo su camino.

A la mañana siguiente, Helen se sorprendió al encontrar a Damien sentado en el suelo del cuarto de baño dando a los gatitos un plato de leche que él mismo debía haber preparado.

-Creí que tú no te comprometías -dijo ella, agachándose a su lado y acariciando al gatito blanco.

-Te lo debía -dijo él, levantando la mirada.

-¿Sabes lo que pienso, Damien?

-Nunca sé lo que piensas.

Ella sonrió ante aquella muestra de confusión masculina.

-Creo que el haber salido de esa sociedad tan falsa te ha hecho mejor como hombre, más auténtico.

-Estupendo. Soy un hombre auténtico, sin carrera y sin futuro -dijo él, sonriendo con amargura.

-Yo creo que tú puedes hacer todo lo que te propongas, Damien -dijo ella, extendiendo la mano para acariciar su cara.

-Eso es una fantasía -dijo él con tono paternalista-. Espera a que todo el mundo te diga que estás acabado y después me vuelves a leer el cuento-. ¿Es que no lo entiendes? Ya no soy Damien Lord y no sé quien demonios soy.

-¿Has pensado en... la cirugía estética? -preguntó. Una pregunta que llevaba días intentando hacer.

-Sí. Después de seis o siete operaciones aún podría protagonizar El fantasma de la Opera -dijo él amargamente-. ¿Por qué no puede el público aceptar periodistas que no sean guapos? ¿Qué le pasa al mundo que no puede aceptar a la gente por lo que es, sino por lo que parece?

Ella estaba completamente de acuerdo con él, pero como no respondió inmediatamente, él siguió:

-¿Es que no lo ves, Helen? No puedo hacer nada de lo que quiero. Así que, en el futuro, guárdate tus fantasías para tus gatitos y tu perro de tres patas.

Aquella manera de desacreditar su opinión como si hubiera sido la de una niña, la irritó. En su corazón se había dado cuenta de que él ya no pensaba en ella como en una niña. Ya no la llamaba niña como antes y el día anterior, en el salón, estaba segura de que él por fin la había visto como a una mujer. Pero, por alguna razón, había intentado esconderlo.

-¡De una vez por todas, señor Lord, -dijo indignada, levantándose- no soy una niña y tú lo sabes!

Aunque se había jurado a sí misma no volver a lanzarse sobre él, no pudo resistir su mirada de confusión. Poniendo las manos en su cara, acercó sus labios a los suyos, murmurando:

-¿Es así como besa una niña?

Un gemido salió de sus labios, pero Helen no supo si era de deseo o de rechazo. Sus labios eran ardientes, estimulantes y hacían que sintiera deseos primitivos hasta entonces desconocidos para ella. Incapaz de contenerse, apretó su cuerpo contra el de Damien, sintiendo todos sus músculos en tensión. Se daba cuenta de que él estaba intentando controlarse, intentando resistir el deseo de dar rienda suelta a su pasión, pero no había nada que pudiera sujetarla y se apretó contra él como si de ello dependiera su vida.

Unos segundos después, Damien la sujetó por los brazos y la apartó. Con movimientos poco firmes, buscó su bastón y se levantó. Tenía la mandíbula apretada y respiraba con dificultad.

-Maldita sea, Helen -susurró con voz ronca-. Las niñas pequeñas no deben jugar con fuego. No vuelvas a hacer eso a menos que quieras llegar hasta el final.

Aunque sorprendida y mareada, se levantó con el corazón acelerado.

-¿Y si te digo que quiero llegar hasta el final?

-No lo hagas -ordenó él-. Yo uso a las mujeres cuando me convienen. Ahora me doy cuenta de que mi relación con Nanette también era de conveniencia. Pero tú... -dijo mirándola de arriba a abajo con una pasión que intentaba controlar- nunca dejes que un hombre sea sólo eso para ti. Te mereces un compromiso tan grande como el que tú ofreces y eso yo no puedo dártelo.

Helen estaba destrozada por aquel rechazo. ¿Cuántas veces podía el corazón humano ser humillado antes de partirse en pedazos? Con lágrimas en los ojos, agachó la cabeza para que él no la viera llorar.

-Yo estaba equivocada. sigues siendo un hombre vacío, que no quiere comprometerse con nada. Has hecho tu carrera por tu cara bonita y tu valor. ¡Qué irónico que antes te gustaran tanto los halagos de tus fans y ahora quieras cambiar las reglas para tu conveniencia! ¿Cómo se puede ser tan egoísta? -dijo golpeándolo en el pecho-. ¡Pues adelante! ¡Vuelve corriendo a tus superficiales amigos y a los periodistas de éxito que te gustan tanto!

-Te lo he dicho. Ya no puedo hacer eso -dijo él con una amargura que a Helen le heló el corazón-. ¿No lo entiendes? Me han ofrecido un trabajo en una oficina, haciendo informes para otros periodistas. Así nadie se asustaría de mi horrible cara -dijo tragando saliva para controlar sus emociones-. No lo he aceptado.

-Y ese es el problema, ¿verdad, señor Lord? Como no tienes nada, no eres nadie. ¡Felicidades!

Damien palideció, pero Helen estaba tan indignada con aquel hombre que podía ser tantas cosas y no se daba cuenta, que le dio igual. A pesar de ello, se enfadó consigo misma por su brutalidad y hubiera deseado con todas sus fuerzas abrazarlo, reconfortarlo y besarlo para borrar todo el dolor de su corazón.

Desesperada, salió del cuarto de baño dando un portazo, sintiendo que si esperaba un segundo más, volvería a hacer el ridículo y se lanzaría de nuevo a sus brazos.

Durante la siguiente semana, Helen preparó un plan para librarse de Damien. Por supuesto, eso era lo último que deseaba de verdad, pero sabía que tenía que hacerlo por él. Para que se diera cuenta de que no podía seguir encerrado en sí mismo, ella tenía que ponerlo furioso y hacer que se fuera. En cuanto dejara de lamer sus heridas, se daría cuenta de su propia fuerza y se convertiría en el hombre que

estaba destinado a ser.

Para que su plan funcionara, se alió nada más y nada menos que con Hirk Boggs. Había necesitado el apoyo de su nueva novia, Jule Sweet para convencerlo. Pero ante la insistencia de las dos mujeres, por fin accedió.

Helen no estaba segura de que el plan funcionase, pero confiaba en que aquella noche fuera el detonante que Damien necesitaba para empezar de nuevo su vida.

-Ahora, recuerda, Hirk -susurró mientras lo acompañaba a la puerta de entrada de la casa-. Tenemos que hacer como que estamos enamorados, para que el señor Lord crea que no estoy libre y se marche. Está tan enamorado de mí, que me da mucha pena que sufra -mintió descaradamente, pero la mentira sería mejor que,la verdad para Hirk.

El golpeó cariñosamente la mano que ella tenía en su antebrazo.

-Me imagino por qué ese hombre está tan... enamorado de ti -dijo él bajito-. Durante un tiempo yo también lo estuve.

-Pero ahora que has encontrado a tu verdadero amor, veo que estás muy feliz -sonrió ella.

-¿A que Jule es maja? -preguntó él sonriendo y mostrando sus mellas.

-Majísima -contestó Helen.

-¿Te ha dicho que a lo mejor me pongo dientes nuevos?

-¿De verdad?

-¿Tú crees que me hacen falta?

Ella asintió, buscando tiempo para dar una respuesta que no hiriera sus sentimientos.

-Yo creo que a ella le gustaría mucho. Además, así te sería más fácil comer.

-Eso es lo que ella dice.

-Bueno, Hirk. Tenemos que empezar la función.

-No sé si lo voy a saber hacer -dijo él ruborizándose.

-Sólo haz como si yo fuera Jule.

Él asintió con la cabeza varias veces, sonriendo.

Elissa y Lucy estaban sentadas alrededor de la mesa de la cocina. Ya habían sido informadas sobre el plan de Helen y cuando entraron, sonrieron encantadas. Ellas también deseaban que Damien se encontrara a sí mismo.

-Hirk, ¿quieres darme el sombrero? -preguntó Elissa levantándose.

-Gracias, señorita -dijo él, quitándose el sombrero torpemente.

Mientras Elissa salía para colocarlo en el perchero, Helen susurró a Hirk:

-Por cierto, Hirk, sobre los extraterrestres...

-Jule dice que no pueden robarte el cerebro cuando estás dentro de una casa. Y Jule es muy lista -dijo él bajito.

Helen se lo quedó mirando de nuevo, sorprendida.

-Yo también creo que tiene razón -dijo Helen mirándolo, preguntándose si poco a poco, Jule convertiría a aquel hombre en un ser normal. El amor podía hacer cosas extraordinarias.

Cuando Elissa volvió a entrar, dijo señalando la mesa:

-Hirk, ¿por qué no te sientas? Damien llegará en un segundo.

Como por ensalmo, oyeron los pasos de Damien acercándose a la cocina. Aunque estaba de espaldas a la puerta, Helen oyó cómo Damien se paraba, sorprendido al ver al invitado.

-¿Qué es esto, una fiesta? -preguntó, observando que Helen y Hirk se estaban dando la mano.

-Sí -contestó Helen intentando sonreír e intentando parecer natural-. He invitado a Hirk. Últimamente hablamos mucho por teléfono, ¿verdad?

Él asintió. Su sonrisa parecía real. No era mal actor, después de todo.

-Estoy más que encantado de la invitación. Siempre he dicho que soy admirador de las hermanas Crosby, especialmente de mi pequeña Helen.

-¿No te sientas, Damien? -preguntó Elissa-. Bella está a punto de servir la cena.

Cuando Damien se sentó, la cocinera empezó a colocar platos sobre la mesa. Como siempre, todo estaba delicioso, pero Helen apenas pudo probar bocado. Su mente estaba puesta en cada uno de los movimientos de Damien.

En un momento en que Hirk encontró valor para besarla en la mejilla, Helen creyó notar sorpresa en los ojos de Damien y sonrió a Hirk con coquetería. Damien se aclaró la garganta, pero, desgraciadamente, en su cara no se reflejaba nada. Estuvo encantador y divertido durante toda la cena.

-¿No hacen buena pareja? -preguntó Elissa con su sonrisa más encantadora-. Me parece que empiezo a oír campanas de boda.

-¡Yo también! -la mirada de Lucy era tan alegre como la de cualquier mujer que discutiera los planes de boda de su hermana-. ¿Cuándo vais a decidir la fecha?

Helen estaba asombrada ante la habilidad interpretativa de sus hermanas. Se merecían un Oscar.

-A mí me encantaría casarme en primavera -dijo Helen, intentando que su voz sonara enamorada-. Siempre he soñado casarme en abril -

en realidad nunca había pensado en ninguna fecha en absoluto, pero miró a Hirk pestañeando con coquetería-. ¿Qué te parece, cariño?

-Cuanto antes mejor... cielito -dijo él ruborizándose y tragando saliva.

-¿Casaros? ¿No es eso demasiado repentino? -preguntó mirando inquisitivamente a Helen.

-Bueno, Damien, ya sabes lo que dicen. El amor es como una bola de nieve -dijo intentando pensar por qué el amor era una bola de nieve-. Tarde o temprano, te arrolla -dijo intentando sonreír ante la tontería que acababa de decir, pero consiguiéndolo sólo a medias.

-¿El amor es como una bola de nieve? Nunca lo había oído.

-Bueno, pues tendrías que leer más.

-Eso parece -dijo él, sonriendo paternalmente.

La cena parecía no terminar nunca, al menos para I Ielen. Pero si hubiera sabido lo que iba a ocurrir después, se hubiera quedado comiendo el primer plato hasta la eternidad.

Bella llevó a la mesa una bandeja de plata con un pastel de higos. Cuando Helen lo vio, su corazón dio un vuelco. Sabía que Bella había prometido hacerlo pero nunca se le hubiera ocurrido pensar que lo haría precisamente aquella noche y delante de Damien.

-Pastel de higos -murmuró él, burlón-. A mí me gusta que me lo sirvan con un guante de horno.

Aunque aquel comentario había sido parcialmente cubierto por las exclamaciones de sus hermanas, Helen lo oyó y lo miró a los ojos. Él la miró sólo durante un segundo, pero Helen pudo ver el brillo de burla. La estaba tomando el pelo, recordándole aquel incidente. Por suerte ella no le había contado a nadie que antes de ponerse el mantel, se había cubierto con un guante de horno.

-¿Ha dicho que quiere qué, señor Lord? -preguntó Bella.

-No, nada, da igual -contestó él riendo.

Hirk apretó la mano de Helen.

-Helen, cielito, estás muy colorada. ¿Te has atragantado?

-No, no. Estoy bien.

-¿Estás segura? -preguntó Damien-. No tienes muy buen aspecto.

-Nunca me he encontrado mejor -contestó ella, mirándolo desafiante.

-Perdona.

Bella estaba encantada por los halagos a su pastel y Helen por fin consiguió respirar. Sin apetito, jugó cor el pastel, mirando de reojo a Damien. El parecía esta muy cómodo, haciendo bromas con sus hermanas y contándoles historias de su época como reportero.

Hirk se reía de vez en cuando. Helen intentaba reía también, pero

no le salía. La mano de Hirk acariciando la suya a la menor oportunidad la hacía sentirse triste porque hubiera deseado que aquella mano fuera la de Damien.

A las ocho y media, su novio dijo que tenía que irse porque tenía que levantarse a las cuatro de la mañana y Helen lo acompañó apresuradamente hasta su furgoneta.

-¿Tú crees que debemos besarnos? -preguntó él.

-¿Qué te parece esto? -preguntó Helen, besándolo en la mejilla-. Has estado estupendo, Hirk. No creo que tenga que volver a preocuparme por las proposiciones del señor Lord.

Qué tristemente cierto era, pensó Helen.

-Espero haber ayudado.

-Has estado muy bien. Ahora llama a Jule y dale las gracias por mí.

-¿A que es una persona muy maja?

-Los dos lo sois.

-¿Helen? -preguntó Hirk desde la furgoneta-. Jule quiere saber cuándo debe empezar a trabajar.

-Abriremos dentro de una semana, así que dile que llame a Elissa.

-Eso haré. Y buena suerte con el de las manos largas.

Con ese comentario, la furgoneta se puso en marcha.

Qué ironía que hubiera dicho aquello. Por desgracia, no había nada que fuera menos cierto. Cuando volvía hacia la casa, empezó a reírse pensando en la estupidez que acababa de hacer. ¿Cómo había podido pensar que a Damien iba a afectarle en absoluto aquella parodia con Hirk Boggs? ¿De verdad había creído que él se iría, creyendo que Hirk y ella eran novios? Damien Lord no se comprometía nunca. A él le daría igual.

Sin darse cuenta, empezó a caminar hacia el jardín de atrás, mirando al cielo. Hacía una buena noche, pero ella no se daba cuenta.

-¿Me quieres explicar que estás haciendo?

El sonido de aquella voz hizo que se volviera, pero no vio nada más que sombras. Cuando Damien salió a la luz, se quedó mirándolo sin poder hablar.

-¿Has perdido la cabeza, cielito?

CAPÍTULO 10

L A PANTOMIMA había surtido efecto y Damien estaba enfadado. Ahora lo que tenía que hacer era mantenerlo enfadado para que se fuera. -¿De qué estás hablando?

-¿Qué clase de juego ha sido ése? ¿Crees que me voy a tragar que estás enamorada de Hirk Boggs? -preguntó él con expresión seria.

-No es ningún juego, Damien. Es sólo que desde la última vez que hablamos, he tenido lo que puedes llamar una revelación.

-¿Una revelación? ¿Es así como llamáis en Kansas a los ataques de nervios?

-Muy gracioso. ¿Qué hay de malo en que me haya enamorado de Hirk Boggs? Es encantador y divertido y...

-Y le falta un tornillo.

-Tu opinión no me importa.

-Esa era también tu opinión la semana pasada.

-Como te he dicho, he tenido una revelación sobre mí misma y sobre Hirk. Quiero tener hijos con un marido sencillo y normal. Hirk tiene un buen negocio y es un hombre muy dulce.

-¡Maldita sea, Helen! Tú eres una mujer inteligente. Demasiado inteligente para pasarte la vida mirando cómo ronca en el sillón después de leer el último tebeo de Superman.

-Te crees muy superior, Damien -dijo, dándose la vuelta. Estaba temblando, hacía demasiado frío para mantener aquella conversación en el jardín. ¿0 era su proximidad lo que la hacía sentirse así?-. No todo el mundo tiene que ser un genio para ser una persona maravillosa y un buen marido.

-¿Tienes frío?

-¡No!

Damien le pasó el brazo sobre los hombros, cálido y protector, la respuesta a una muda plegaria que ni siquiera ella misma sabía que había formulado.

-A lo mejor es que no eres tan inteligente -dijo él, frotando su brazo-. Estás helada.

-Eres un pesado.

-Helen -susurró él, acariciando su mejilla con su aliento- ¿por qué me estás mintiendo?

Helen no se atrevió a mirarlo a los ojos y se puso tensa.

-No estoy mintiendo. Quiero a Hirk y he aceptado su propuesta de matrimonio. Si no te gusta, puedes marcharte.

-¿Marcharme? -preguntó, apretando aún más su brazo.

Helen miró hacia la oscuridad del bosque. Apretó los labios y asintió.

-Pero, Helen, como amigo tengo que decirte que ese matrimonio no te hará feliz.

Su aroma, su proximidad, la atormentaban, pero no podía apartarse de él. Con desgana, lo miró.

-La amistad es un compromiso, Damien -dijo con voz ronca-. Ten cuidado.

-¡Maldita sea! -dijo él, enfrentándose a ella con expresión aún más enfadada-. Una cosa es recoger a un pobrecillo y otra casarse con él.

-Con quien me case es asunto mío.

-No puedo soportar que te cases con ese retrasado. Tu vida sería un fracaso.

Helen tragó saliva, reuniendo valor. Era ahora o nunca.

-Y tú de fracasos sabes mucho, ¿verdad, Damien?

Incluso bajo aquella oscuridad, pudo ver cómo lo afectaba aquel insulto. Se quedó parado, en silencio, observando su cara.

-Eso es lo que crees que soy, ¿verdad? -aquella pregunta hizo que Helen sintiera una punzada de dolor-. ¿Crees que soy un fracasado?

¡No, no era eso lo que creía!, le hubiera gustado gritar. ¡Lo quería y creía que podría volver a ser alguien importante si lo intentara! Pero tuvo que guardarse esos pensamientos para sí misma y seguir mintiendo.

-Abriremos el hotel dentro de una semana, así que nos va a hacer falta tu habitación. Además, cualquiera podría reconocerte y tendrías que buscarte otro escondite -decir aquello le provocaba un enorme dolor, pero tenía que mantener la máscara.

-Ya veo.

En su tono había tal tristeza que Helen sintió un escalofrío. Le dolía el corazón. Se dirigió a toda prisa hacia los escalones y cuando cerró la puerta tras de sí, no pudo contener los sollozos.

A la mañana siguiente, Helen bostezó tapándose la boca con la mano, para disimular que no había pegado ojo en toda la noche. ¿Qué había conseguido mintiendo a Damien? Eran casi las diez y aún no lo había visto. Elissa y Lucy le dijeron que había desayunado en su habitación.

-Un paquete para ti, Helen -dijo Elissa, entrando con el correo-. Es de Jack. Debe ser el regalo que te prometió.

Helen se sintió feliz al recordar a su hermanastro. Tomó el paquete de las manos de su hermana y empezó a abrirlo.

-Lucy -llamó Elissa-. Ha llegado el regalo de Jack para Helen. Y hay un postal de Stadler para ti.

Mientras Helen abría la tapa de la caja, su hermana mayor le dijo al oído:

-Mira lo que dice la postal. «Lucy, estoy muy ocupado. Me han hecho una críticas estupendas. Te las enviaré por correo para que las pongas en el álbum. Besos. Stad». Por favor, también podría haber escrito: «Me lo estoy pasando bomba y no me acuerdo de ti más que cuando necesito una esclava».

Helen frunció el ceño y le indicó a Elissa que bajara la voz cuando vio entrar a Lucy.

-¿Hay algo para mí?

Elissa le dio la postal como si fuera algo contagioso.

-Tu amoroso novio ataca de nuevo.

Lucy tomó la postal y, cuando la leyó, su expresión de alegría desapareció.

-Bueno, por lo menos está bien. Menos mal.

-Qué emoción -dijo irónica Elissa.

Después de abrir la caja, Helen retiró el papel con cuidado y destapó una figura de porcelana de Limoges que representaba a una joven sentada sobre un cofre, con un gatito en los brazos. La figura tenía un ligero parecido con Helen, con el pelo castaño, los ojos grises y la piel muy clara. La cerradura labrada del cofre era una obra de arte.

-Es precioso -susurró Helen.

-Abre la cajita -dijo Lucy-. A veces esas cajas llevan una sorpresa dentro.

Helen abrió la cajita y lanzó una exclamación de sorpresa al ver que dentro había otro gatito de porcelana.

-No debería haberme comprado esto. Es demasiado caro.

-Pero es perfecto -dijo Elissa-. Eres tú.

Helen sonrió mirando aquella colección de objetos preciosos. Su corazón hubiera estallado de alegría si su mente no hubiera seguido preocupada por Damien. Intentando quitarse aquel recuerdo de la mente, suspiró:

-Bueno, Jack es mi hombre favorito.

-Ah, mira, aquí hay una nota -dijo Elissa tomando un sobre.

Helen leyó la nota en voz alta.

-Helen, ya eres toda una mujer. Guárdeme un beso. Jack -Helen sonrió con melancolía. Al menos Jack sí pensaba en ella como en una mujer.

Cuando oyeron un ruido en la escalera, las tres mujeres se volvieron para mirar. Damien estaba en el último escalón, con una maleta en la mano. A Helen se le cayó la nota de Jack de la mano

cuando sus miradas se encontraron. Se preguntó cuánto tiempo había estado allí, observando.

-Damien -dijo Elissa, dirigiéndose hacia él-. ¿Qué significa esto, qué haces con la maleta?

-Puedes decir que tuve una revelación después de la cena. Y me di cuenta de que debía marcharme.

Lucy se acercó a ellos con tristeza.

-¿Tienes que irte? -parecía extraño que las dos hermanas hubieran ayudado a Helen la noche anterior con su pantomima y ahora parecieran sentirlo-. ¿De verdad?

-No estoy seguro de nada, excepto de que debo irme.

Lucy y Elissa se volvieron hacia Helen. La mirada de Lucy pedía que hiciera algo y la de Elissa le decía cuánto sentía que se fuera, porque sabía que su hermana sufriría cuando aquel hombre desapareciera.

Cuando Helen se quedó sin decir nada, Damien pareció entender y se dirigió hacia la puerta.

-Pero... -dijo Lucy siguiéndolo-. ¿Cómo vas a...?

-He llamado a nuestro taxista favorito.

Elissa abrió la puerta y las dos hermanas salieron tras él.

Helen se quedó de pie, mordiéndose los labios. Era mejor que fuera así, se dijo a sí misma. Mejor que no le dijera adiós. Cerró los ojos y agachó la cabeza. El dolor de saber que nunca volvería a verlo era imposible de soportar y sintió que iba a caer al suelo. Tenía que decirle adiós, tenía que ver su cara una última vez para desearle suerte. Pero, ¿qué debía hacer?, ¿qué era lo mejor para él?

El sonido del capó de un coche cerrándose, la llenó de pánico. ¡Se marchaba! Sin pensarlo un segundo más, escuchó a su corazón y salió corriendo hacia la entrada. Damien estaba despidiéndose de Elissa.

-Como dije una vez, ese Jack es un tipo con suerte -dijo sonriendo y volviéndose hacia Lucy, que tenía lágrimas en los ojos-. Y Stadler también. No te merece.

Después se volvió hacia Helen, que estaba frente a la puerta, apretándose las manos.

-Helen, ¿oyes eso?

Confundida por la pregunta, se quedó escuchando. Pero no oyó nada, excepto el ruido de las ramas mecidas por el viento.

-¿Qué?

-Es el sonido de mi caja. Mi tapa se está abriendo -dijo él, sonriendo.

Helen bajó corriendo los escalones y tomó su mano entre las suyas.

-Damien, cuídate.

-Seguro que le dices eso a todos los animalitos que recoges -dijo él apretando sus dedos.

Ella sonrió débilmente, sintiendo sus fuertes dedos en su mano.

-Al final nunca te dije cómo te llamaba, ¿te acuerdas? Te llamo mi béte noir y significa alguien que siempre dice lo que piensa. Gracias -dijo, inclinándose hacia ella.

Ella estaba de pie, tan cerca de él que sentía todo el poder de su presencia. No podía hablar y, aunque hubiera podido, no hubiera sabido qué decir. Incluso aquel nombre, béte noir, hablaba de la diferencia entre ellos. Él hablaba francés, era un hombre mundano, sofisticado. ¿Y ella? Una chica sencilla que nunca había salido de Kansas, sin formación, tímida. Era mejor que se fuera, que no volviera a verlo nunca más.

-No te vas a casar con Hirk, ¿verdad? -preguntó él, dejando a un lado su expresión despreocupada.

El dolor la desarmó. Sabía que ya no podía mentirle y negó con la cabeza.

-Pero crees que soy un fracasado.

Helen casi no podía respirar ante aquella pregunta tan directa. ¿Cómo podría seguir viviendo, sabiendo que lo había herido? Tragando saliva, susurró:

-Sólo si quieres serlo.

El alivio se marcó en sus rasgos. Durante un rato no dijo nada y la miró como si quisiera fotografiarla en su mente.

-Eres como un dolor de muelas -susurró él. Apartando su mano de las de ella, le acarició el cuello con ternura y levantó su barbilla.

-Dicen que el dolor se olvida -dijo acercando sus labios a los de ella. Después, como si ni él mismo pudiera evitarlo, apretó su boca contra la de Helen fuertemente, saboreando sus labios.

Helen experimentó sensaciones que la hacían bailar por dentro, marcando aquel momento milagroso en su existencia por toda la eternidad. Damien la estaba besando, la estaba besando de verdad, como un hombre besa a una mujer. Aunque era un adiós, sabía que no lo olvidaría nunca.

Cuando él apartó su boca de la suya, tenía la mirada llena de emoción.

-Pero a ti no te olvidaré nunca.

El taxi desapareció dejando una estela de polvo antes de que Helen pudiera moverse.

Damien se había ido un 28 de octubre. Era curioso cómo los meses

pasaban uno tras otro, noviembre, diciembre y enero.

El hotel estaba lleno y las hermanas Crosby se mantenían ocupadas. Aunque Helen estaba intentando olvidar a Damien, el día uno de febrero se celebró una boda que trajo recuerdos.

Hirk y Jule se casaron en el salón del hotel aquel día. Hirk sonreía orgulloso mostrando su nueva dentadura y Helen se asombró de cómo transformaba su cara. No era un hombre feo, al fin y al cabo.

Helen estaba feliz por la pareja, pero no hacía más que pensar en Damien y en sus sueños perdidos de una vida con él. Aunque él se hubiera ido, era parte de ella y siempre estaría en su corazón.

Había escrito un par de veces. Cartas cortas, preguntando cómo les iba y diciendo que a él le iba bien, pero sin contar lo que estaba haciendo. Había escrito que había visitado a sus padres en Francia y que volvería a Estados Unidos. Eso había sido el mes anterior. Desde entonces no sabían nada de él, pero Helen noto culpaba. Ella no había contestado a sus cartas. Era demasiado para ella.

Aquella tarde, después de la boda, se enteraron de que había habido un terremoto en California. Afortunadamente no había habido demasiadas víctimas, pero los daños habían sido enormes. Como, durante las vacaciones de Navidad, habían colocado un aparato de televisión en el salón a petición de los huéspedes, después de cenar solían reunirse frente al televisor. Aquella noche estaban viendo la cadena CNN.

Helen estaba sentada en el sofá con Thalia en el regazo y uno de los gatitos acurrucado a su lado. Bella se había llevado a los otros dos y les había llamado Pisto y Flan, dos de las comidas favoritas de su difunto marido.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Lucy, llamando la atención de Helen, que estaba jugando con el gatito.

-¿Qué ocurre? -preguntó Helen y Lucy señaló la televisión con expresión atónita. Helen miró el aparato y el corazón se le puso en la garganta.

-¡Damien!

Allí estaba, micrófono en mano en medio de las ruinas de lo que había sido un parking. Aunque seguía usando bastón, su actitud era más segura.

Tras él, ruinas, coches destrozados, pedazos de metal. Damien llegó hasta un brillante Jaguar rojo que estaba prácticamente vertical y se apoyó en él como si fuera un monumento a la superioridad de la naturaleza, con el rico sonido de su voz llenando su corazón de recuerdos amargos.

Llevaba unos pantalones de color marrón y un jersey de punto que

enfatizaba su musculatura. Llevaba el pelo un poco largo, como ella lo recordaba, cayendo sobre el parche en su ojo.

Durante un primer plano, la cámara capturó la cicatriz de su cara. Seguía siendo evidente, pero en televisión le daba un aire muy masculino. Era irónico que su presencia fuera aún más poderosa desfigurado que antes de haber sufrido el accidente.

Frente al paisaje de ruinas, aquel hombre que obviamente había sufrido tanto parecía natural, lógico. Como si su presencia asegurase a los televidentes que, en medio del desastre, también había esperanza.

Helen se acercó más al televisor, absorbiendo aquella imagen con toda su alma, sin escuchar lo que decía porque su corazón latía tan fuerte que no podía oír nada más.

-¡Lo ha conseguido! -gritó Lucy-. ¡Elisa, ven, corre! ¡Damien está en la tele! -dijo saliendo a buscar a su hermana.

Lo había conseguido. Él solo había conseguido volver al mundo que conocía tan bien.

Helen estaba temblando. Sus oraciones por el hombre que amaba habían sido escuchadas. Llena de felicidad, se concentró en su cara, intentando ignorar el vacío que sentía en el corazón.

CAPÍTULO 11

E L MES de abril empezó maravillosamente, con narcisos por todo el jardín y hojas verdes en los árboles. El calor del sol era bienvenido y el hotel seguía marchando bien, constantemente lleno.

Llegó la revista Newsweek y el corazón de Helen dio un vuelco cuando vio que Damien estaba en la lista de los personajes de moda. No es que la molestara, si no que aquello le hacía recordar momentos con Damien que nunca volverían. Aquella mañana, el destino volvió a jugarle una pasada. Cuando estaba desayunando, se tiró el café encima cuando vio una fotografía de Damien en la portada de la revista People, como el hombre más sexy de América.

El parche sobre el ojo le daba un aire romántico al que, aparentemente, ninguna mujer en América era inmune. Helen no era una excepción. Aunque sabía que no debía hacerlo, conservó la revista. Nunca hacía las cosas bien cuando se referían a Damien Lord.

En un intento por salvar su corazón, Helen evitaba ver la cadena CNN, pero debía ser la única mujer que no lo veía, considerando su increíble ascensión en popularidad.

Lucy y Elissa lo veían siempre que tenían tiempo, gritándole a Helen que fuera a verlo. Pero Helen no volvió a hacerlo. No se atrevía; tenía que curar su corazón de alguna forma. Tenía que seguir viviendo, aunque fuera sin él. Y salir corriendo para ver su cara en televisión no era la manera de olvidar a aquel hombre al que amaba y al que no tendría nunca.

Pasó la primera semana de abril y el lunes de la semana siguiente fue tan agotador como el resto de los días. Helen, destrozada, se dirigía hacia su habitación en el sótano cuando una voz la interrumpió.

-¿Señorita Helen?

Helen se volvió, perpleja por el triste tono de voz de Jule. La camarera tenía un aspecto serio y limpio con su uniforme azul, pero su cara estaba pálida como la cera.

-¿Ocurre algo?

Jule se puso una mano temblorosa sobre la frente.

-Creo que tengo fiebre -dijo apoyándose en la pared y dejando que se le cayera la escoba.

-No tienes buen aspecto -dijo Helen, sujetando a la mujer y acompañándola hasta el salón. Aquella noche sólo un par de huéspedes estaban en el salón jugando a las cartas-. La coca-cola es buena para el dolor de estómago. ¿Quieres una, Jule?

-Se lo agradecería, señorita -dijo la mujer sentándose en un sillón-. Se lo agradecería mucho.

Un minuto después, Helen volvió a entrar en el salón con un vaso.

-Bebe despacio.

-Enseguida estaré bien. Es que estoy un poco mareada -asintió Jule, dando un traguito.

-¿Mareada? -preguntó Helen.

-No es nada serio. Es que estoy embarazada -se sonrojó la mujer, sonriendo-. Nunca he estado enferma en mi vida y ahora me pongo mala todas las mañanas. Hirk está que no se lo cree.

-Me alegro por los dos.

La criada terminó de beber y se sentó en el sillón, más tranquila.

-Ya me encuentro mejor. Gracias, señorita.

-¿Cuándo tendrás el niño?

-En noviembre. Hirk está tan nervioso que casi no recuerda la ruta que tiene que hacer cada día. Ayer le llevó a la señora Plunket doce kilos de mantequilla por error.

Elissa entró y se dirigió hacia la televisión.

-¿Nadie está viendo la tele? -dijo encendiendo el aparato-. ¿Les importa si veo la CNN?

A nadie pareció importarle. Los huéspedes siguieron jugando a las cartas.

-¿Me podría tomar otro vaso? -preguntó Jule.

Helen dio un salto, avergonzada por haberse quedado mirando el televisor, esperando ver aparecer la cara de Damien.

-Enseguida -dijo con una sonrisa forzada.

Cuando volvió, Lucy saltó del sillón y tomó la mano de su hermana.

-Helen, ven a ver esto.

Helen no se había imaginado que la mano de su hermana podía tener tanta fuerza, pero claramente no pensaba soltarla.

-Mira. Es Damien.

-Calla -dijo Elissa-. ¿Dónde está el mando? No oigo nada.

Helen se sentó en el sofá. Allí estaba él y, como se temía, no podía apartar la vista. La brisa removía su pelo en la playa desde la que retransmitía la noticia.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó Lucy-. ¿El tornado ha llegado a Florida?

-No sé, no oigo nada -dijo Elissa, dando un salto-. Ahí está el mando.

-Bueno, yo tengo muchas cosas que... -empezó a decir Helen.

-¡Calla! ¿No quieres oír lo del tornado? -dijo Elissa sentándose a su lado.

-No creo que estemos en peligro.

-Espero que tampoco lo esté Damien -dijo Lucy-. Está guapísimo. Debes estar orgullosa de su recuperación.

Helen intentó contenerse cuando Elissa subió el volumen y pudieron oír la voz de Damien.

-Ya que el peligro ha pasado, aprovecho esta oportunidad para anunciar que se me ha asignado el despacho de noticias de CNN en Moscú.

-¡Qué maravilla! -exclamó Lucy.

-Está consiguiendo todo lo que quería -dijo Elissa, volviéndose hacia Helen-. Hiciste algo maravilloso por él, cariño. Intenta recordarlo así.

-Pero no voy a ir a Moscú -continuó Damien en la televisión.

Las tres hermanas se quedaron sorprendidas, mirando la televisión.

-Porque mi primera novela aparecerá dentro de un par de meses y estoy trabajando en un nuevo libro. Debo informar también que he aceptado una oferta del New York Times para escribir la columna política, así que éste será mi último reportaje para CNN.

-¡Su primera novela! ¡Sabía que era buena! -exclamó Helen, atónita.

-Pero antes de despedirme, tengo que decirle algo a una mujer que ha significado mucho para mí -dijo, haciendo una pausa-. Espero que me estés viendo, Helen.

-¡Señorita Helen! ¿El señor Lord está hablando con usted? -preguntó Jule.

Todo el mundo en la habitación se quedó callado. Los jugadores miraban a Helen.

No podía estar refiriéndose a ella, pensó Helen. Debía conocer miles de Helen. ¿Por qué iba a decirle algo a ella? No se habían visto en seis meses.

La cámara emitió un primer plano de Damien, con aquellos ojos oscuros que Helen recordaba tan bien y aquella sonrisa. Pero ahora la sonrisa era diferente, más dulce, más vulnerable.

-Helen. He decidido que yo también creo en los mitos. ¿Quieres casarte conmigo?

Nadie emitió el menor sonido. Incluso el presentador del estudio estaba sorprendido cuando terminó el reportaje. Helen se encontró a sí misma mirando fijamente una anuncio de pasta dentífrica. ¿Había dicho eso realmente o es que se estaba volviendo loca?

-¿Qué ha dicho? -preguntó temblorosa.

-He dicho que yo también creo en los mitos -dijo una voz profunda tras ella.

Helen se dio la vuelta y vio la silueta del hombre en la entrada del

salón. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando, él empezó a caminar hacia ella. Aquel hombre, que se parecía terriblemente a Damien no llevaba bastón.

-Y te he pedido que te cases conmigo -murmuró.

-Ay, Dios mío... -suspiró Lucy.

-¡Vaya! -dijo Elissa levantándose y tocando el brazo de Helen-. ¿Te encuentras bien?

Cuando Helen pudo asentir con la cabeza, Elissa le pegó un empujoncito.

-Entonces, contéstale.

Sólo había podido levantarse y Damien se acercó a ella y la tomó de las manos.

-Hola -dijo mirándola a los ojos. Helen no pudo evitar sentirse afectada por la masculinidad de su sonrisa-. ¿No te ha dicho nadie que eres una horrible escritora de cartas?

Helen tenía el corazón tan acelerado que casino podía oír lo que decía. Con la garganta seca, dijo:

-Pero si no te he escrito nunca.

-Por eso -dijo él rozando sus labios con los suyos-. Menos mal que tu hermana -dijo, señalando a Elissasí lo hizo. Como yo no podía romper el contacto con mi béte noir, ella me mantuvo informarlo sobre ti. Así que le pedí que se asegurara de que veías la televisión esta noche.

Helen parpadeó, pero no podía contestar.

-Helen, ¿me estás oyendo?

-Creí que el matrimonio no entraba en tus planes -dijo ella, recuperándose ligeramente.

-He sido un idiota durante mucho tiempo -dijo soltando sus dedos y tomando su cara entre las manos-. Te he echado de menos cada día. No quería, pero no lo he podido evitar. Cuando me dieron el trabajo en Europa, me di cuenta de que tenía que decir que no. Mi novela iba a ser editada, como tú habías pensado. La envié a la editorial por ti, por cierto -dijo él acariciando sus labios con el dedo-. Cuando me di cuenta de que abandonar el país era abandonarte a ti, no lo pude soportar.

Incapaz de contenerse, Helen le besó en los dedos con expresión alegre.

-Te quiero, Helen. Me he dado cuenta de que cuando un hombre se siente perdido sin una mujer, el matrimonio es una buena opción. Nunca había sabido lo que era el amor hasta que apareciste en mi vida.

Ella estaba asombrada. Aquellas eran las palabras que ella había

deseado que él dijera. Había pensado en ellas miles de veces en la cama, llorando.

-Damien... -gimió ella.

-Helen, no me digas que no -dijo él apretándola contra él. Podía sentir los latidos de su corazón contra su pecho y se dio cuenta de que él estaba tan emocionado como ella-. Cariño, quiero que compremos una casa en Nueva York suficientemente grande para media docena de niños, una docena de gatitos abandonados, un perro de tres patas y quizá uno o dos gorriones perdidos. ¿Qué te parece?

Tenerlo tan cerca, poder oler su aroma, era algo hipnótico, pero no tanto como oír aquellas palabras de amor. Helen no podía creerlo. No podía convencerse de que aquello era una realidad. Sujetándole por la camisa, le dijo:

-Esto no puede ser real. ¿Cómo puedes estar aquí?

-El milagro del vídeo, cariño. Ahora, responde a mi pregunta.

Inundada de tanta felicidad que creyó que podría explotar, lo besó en la mejilla, diciendo:

-Damien, aunque vivieras en la copa de un árbol y te dedicaras a criar arañas venenosas yo insistiría en vivir allí contigo.

-Eso es lo que quería oír, niña -dijo él con una risa masculina que Helen sintió en cada rincón de su cuerpo.

-No me llames niña -dijo a punto de llorar de alegría.

-Lo que tú digas, cielito. Si me prometes no retirar el sí cuando te dé la mala noticia.

-¿Qué mala noticia? -preguntó un poco confusa, pero demasiado alegre como para prestar atención a nada.

-Mi madre tenía una gemela. Puede que tengamos seis niños antes de lo que esperamos -le dijo él al oído.

El corazón le dio vuelco de puro hambre por aquel hombre que parecía encantado de tener tres pares de gemelos con ella. Cuando ello lo miró, tenía los ojos llenos de lágrimas.

-Si esa es la peor noticia que puedes darme, voy a ser una mujer muy feliz.

Damien besó una lágrima que rodaba por su mejilla con una sonrisa tan erótica que Helen creyó que se iba a caer al suelo convertida en gelatina.

-He oído que te gustan las bodas en abril -susurró él sobre sus labios.

Ella se sorprendió de que dijera aquello y un segundo después recordó que lo había dicho durante la cena cuando pretendió estar enamorada de Hirk, la noche antes de que se fuera. Se había acordado. Damien era tan dulce.

-Estamos en abril -dijo ella rozando su garganta con los labios-. Y admito quee es mi mes favorito para una boda.

-Veremos que podemos hacer -contestó él, mordiéndole suavemente el cuello-. Creo que debemos continuar esto en privado -susurró él.

-Tenemos que... hablar de tantas cosas -dijo ella comprobando el deseo en su mirada, un deseo que la hacía derretirse por dentro, anticipando lo que ocurriría.

-Eso es -dijo él, guiñando un ojo, con un aspecto aún más viril de lo que ella recordaba. Algo innegable había surgido entre ellos. Un amor compartido para siempre. En un segundo, él la tomó en brazos.

Entre exclamaciones de sus hermanas, Damien la llevó hasta su habitación.

Un par de días más tarde, se casaron y Helen probó a su marido que se había convertido en una auténtica mujer. Mientras Damien, que ya no era un extraño para sí mismo, confirmó apasionadamente que le parecía la mujer más bella del mundo.

El mito D'Amour se había hecho realidad.